

Mónica Benítez

DETECTIVES PRINGADAS



CONTENTS

CASO ALICANTE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

EL POZO

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

LA SOMBRA

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

DETECTIVES PRINGADAS
MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2024 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2405188023090

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

Diseño portada: Verónica Espinosa

SINOPSIS

CASO ALICANTE

Vero y Triana se acaban de ir a vivir juntas justo cuando Triana se queda en el paro y Verónica ha montado su despacho de detective privado en un pueblo donde nadie la conoce.

Su inicio no es el mejor, pero se quieren y están dispuestas a afrontar cualquier obstáculo por grande que sea, por eso, cuando a Vero le ofrecen un caso que no tiene nada que ver con su trabajo, pero que está muy bien pagado, deciden aceptarlo y se van juntas a resolverlo.

Una señora de ojos saltones que no deja de complicarles la vida, una serpiente venenosa y un sol de justicia formarán parte de su primera aventura juntas.

¿Saldrán airosas para que haya una segunda?

EL POZO

Cuando el teléfono del despacho suena, Vero lo coge emocionada pensando que por fin le va a entrar su primer caso de verdad, sin embargo, Isabel, la mujer que hay al otro lado de la línea, quiere contratarla para algo tan rocambolesco como el Caso Alicante.

Desde que resolvieron el asunto de la serpiente, la voz se ha corrido por el pueblo y parece que todos piensan que Vero y Triana son dos heroínas que se atreven con cualquier cosa.

Un pozo, un peluche llamado Papaya y un niño repelente que no deja de apuntar a Triana con su metralleta.

Esa combinación terminará con Verónica chapoteando en las aguas oscuras y frías de un pozo mientras Triana “*averigua*” la manera de sacarla de ahí.

LA SOMBRA

Verónica y Triana están muy tranquilas en su casa cuando su amiga Loli, antes de que amanezca, les aporrea la puerta como si la persiguiera una manada de lobos hambrientos. Ambas saltan de la cama temiendo que despierte a todo el vecindario y, cuando abren la puerta, la encuentran al otro lado, en pijama, despeinada y con cara de espanto.

Según explica, una sombra oscura está sobrevolando su salón y necesita de su ayuda inmediata para sacar al intruso de su casa. Vero y Triana se miran entre ellas, tienen sueño y pocas ganas de salir de su casa, pero con tal de no escucharla, deciden entrar en la de su vecina para echar un vistazo.

Las dos lo hacen con cierto escepticismo, pero enseguida descubrirán que su amiga no ha tenido una pesadilla ni les está gastando una broma pesada; hay algo dentro de su casa y, está tan asustada, que no les queda más remedio que quedarse para ayudarla a sacarlo. Sin cobrar, claro.

CASO ALICANTE

CAPÍTULO 1

Triana termina de fregar los platos y se seca las manos con el trapo antes de girarse y mirar el reloj que tiene colgado en la pared de la cocina. Son las cuatro y cinco y ha quedado a las cuatro en punto en casa de su amiga Loli para tomar algo y ponerse al día. Mira de soslayo su móvil encima de la mesa y enseguida ve una luz parpadeante que le indica que tiene una notificación, no necesita abrirlo para saber que Loli ya le está echando en cara su falta de puntualidad.

—Venga, Vero, que vamos tarde —dice al mismo tiempo que se guarda el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y sale al comedor.

Cuando lo hace, se queda plantada delante del sofá con la boca abierta. Verónica, su novia, está dormida como un tronco. Triana, por un momento piensa que no puede ser, que es imposible que se haya quedado dormida en los diez minutos que ella ha tardado en fregar los platos, pero cuando se acerca sigilosa como una gata para comprobarlo, la escucha roncar con suavidad, como suele hacer en cuanto se queda dormida.

—Qué fuerte —masculla mientras debate mentalmente si la despierta o la deja seguir durmiendo.

Verónica, hasta hace un mes que se mudó a ese pueblo de Córdoba para vivir con ella, vivía en Barcelona. Es una urbanita de manual a la que le cuesta mucho acostumbrarse a los horarios andaluces, donde irse a dormir a las diez de la noche como hacía ella en Barcelona, es casi un delito.

Finalmente, Triana es benevolente y tras mirarla con ternura, sale del comedor con delicadeza y cierra la puerta de la entrada con cuidado de no hacer mucho ruido.

—Dios mío, qué calor —dice en cuanto pone un pie en la calle.

Ningún andaluz que se precie, sale a esas horas en pleno mes de julio si no es para trabajar o por una urgencia, y ella no lo haría si no fuera porque su amiga Loli vive justo enfrente de su casa y solo tiene que cruzar la calle. Bueno, por eso y porque hace dos semanas que no se ven y le parece motivo suficiente para saltarse la siesta, aun así, Triana siente que las chanclas se le van a derretir sobre el asfalto mientras cruza.

—¿Y Vero? —pregunta Loli en cuanto abre la puerta.

—Se ha desmayado en el sofá —responde Triana, que se coloca debajo del aire acondicionado y se abanica con las manos como si estuviera a punto de desfallecer.

—Has caminado diez pasos, no diez kilómetros, exagerada —dice Loli con los ojos en blanco.

—Y casi fallezco.

Loli sacude la cabeza y abre la nevera para sacar dos cervezas muy frías.

—Toma, con esto seguro que se te pasa.

Triana la coge entre las manos y se relame. Según ella, no hay nada que una

cerveza bien fría no pueda remediar.

—Entonces, ¿Vero se ha dormido? —pregunta Loli con intriga.

—Como un lirón. A ver si se empieza a acostumar un poco y deja de despertarse a las seis de la mañana, leches, que yo a esa hora tengo más sueño que una canasta de gatos.

Loli brinda por eso y las dos se ríen.

—¿Y cómo lo lleváis? Ha sido una putada que justo cuando ella se muda aquí, tú te quedes sin trabajo.

—Bueno —Triana aprieta los labios con una mueca de tensión, pero después se relaja—, al principio nos asustamos un poco, yo sin trabajo y ella que se acababa de mudar montando su despacho aquí sin que nadie la conozca, pero ya sabes que tengo la casa pagada y con lo que me queda de paro tenemos para tirar hasta que encuentre algo. Además, solo necesitamos que a Vero la empiecen a conocer un poco y le entre algún caso.

—Claro que sí, ¿ya habéis hecho publicidad? Ahora que he vuelto de vacaciones, te puedo ayudar a repartirla.

—La repartí toda la semana pasada, estamos esperando a que nos llegue más para hacer publicidad en los pueblos de al lado.

—No te preocupes, que yo abro esta boca en cada sitio que pise y ya verás como pronto la conocen en todo el pueblo —dice Loli tocándose los labios—, además, que yo sepa, no tenemos a ningún detective privado por aquí, seguro que en cuanto la gente lo sepa, la comenzarán a llamar, ya lo veréis.

—Eso espero, porque no quiero que se agobie, que ya sabes que viene de la ciudad con mil cosas para hacer, y aquí como no bajas a Córdoba, solo puedes irte a los bares de la plaza a tomar algo, y ella eso no termina de entenderlo.

—Contigo dudo que se aburra, además, si ha decidido mudarse a más de 800 km de su ciudad para estar contigo, será por algo.

—Sí, claro, para ahorrarse los billetes del Ave cada vez que venía a verme, menudo robo —bromea haciendo reír a su amiga—. En fin, me vuelvo a casa, que van a dar las cinco y tengo que despertarla.

Triana se levanta y Loli la mira sin entender nada.

—¿Y por qué la tienes que despertar si la muchacha está tranquila durmiendo?

—Porque Vero es muy disciplinada, tenga o no trabajo, se mete en la habitación que usa de despacho y se pasa el horario laboral allí, repasando los manuales para refrescar la memoria —dice Triana con los ojos en blanco—. Mira que le digo que se venga al sofá a ver la tele, o al patio a darse un baño en la piscina, si suena el teléfono o llaman a la puerta, pues nos levantamos y vamos, pero ella tiene metidas sus rutinas y yo no pienso trastocárselas.

—Desde luego, la gente esta de Barcelona vive muy estresada —opina Loli horrorizada.

—Eso creo yo, por eso ahora la tía se tumba en el sofá, aquí que no hay ruido de coches ni de nada, y entra en coma, la tendrías que ver cuando se despierta, ayer no sabía ni dónde estaba.

Loli se ríe y se despide de Triana, que cruza la calle corriendo y entra en su casa apurada como si viniera del infierno.

—Ay, por Dios, qué sofoco —dice abanicándose con la mano.

Se asoma al comedor y como sospechaba, Vero sigue ahí, despatarrada con la boca medio abierta mientras duerme profundamente. A Triana le produce mucha ternura y recuerda el día que se conocieron en unas vacaciones en Madrid. Las dos viajaban solas y como ambas son muy rácanas, o de la Virgen del puño, como dice Triana, reservaron cama en una habitación compartida. Las dos llegaron al mismo tiempo y discutieron para ver quién se quedaba la cama de arriba de la única litera libre que quedaba cuando entraron en la habitación.

Vero da un ronquido repentino que la despierta como si tuviera una alarma interna, lo hace de manera tan repentina y abrupta, que asusta a Triana.

—Dios mío, nena, ¿te has tragado un marrano? —dice divertida.

Verónica la mira desde su posición horizontal sin ser capaz de verla con nitidez. Nota la barbilla mojada como si se le hubiera caído la baba y se pasa la mano espeluznada cuando el teléfono comienza a sonar con un tono muy particular, es el del despacho de Verónica, que suena por primera vez desde que se ha mudado allí.

Al principio, ninguna de las dos reacciona —sobre todo Vero, que en ese momento no sabe ni cómo se llama— les ha costado identificar la procedencia del sonido y tardan en moverse.

—Es mi despacho, ve, corre —le pide Verónica a Triana.

—¿Yo? —se sorprende Triana.

—Sí, joder, no querrás que conteste yo con esta voz de Manolo.

Verónica trata de incorporarse, pero siente que el cuerpo le pesa toneladas, como le pasa cada vez que se duerme en ese sofá.

—Sí, vale, ya voy.

Triana sale corriendo hacia la habitación que utilizan de despacho, pero cuando está a punto de coger el teléfono, la llamada se corta.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —pregunta Vero desde el comedor.

—No me ha dado tiempo.

—¿Cómo que no te ha dado tiempo?

Vero se levanta y camina con pasos torpes, descalza y con el pelo alborotado.

—Pues que no me ha dado tiempo, han colgado demasiado rápido.

—¿Y no puedes devolver la llamada? —las tripas le rugen de repente y siente como si el vientre se le estuviera moviendo.

—Esto no es un móvil, Vero —explica Triana, que ha escuchado el ruido de sus tripas y está mirando por la ventana porque se piensa que ha pasado un camión—, es un teléfono fijo y no contrataste el servicio de identificación de llamadas.

—Es que me cobraban dos euros más —se justifica indignada.

—Sí, es verdad, son unos ladrones —la apoya Triana, tan rata como ella—, no te preocupes, nos quedamos aquí, que seguro que vuelven a llamar.

—¿Y si llaman a otro? —se asusta Verónica.

—Aquí no hay más detectives, no te agobies, llamará.

—Sí, tienes razón.

Verónica se sienta en esa silla acolchada y tan cómoda que compraron y llegó hace un par de semanas. Podría haberla montado ella perfectamente, pero Triana insistió en hacerlo y ella la dejó porque nota que a veces su pareja se siente poco útil. Triana se sienta frente a ella y las dos se miran sonriendo, a Verónica le entran ganas de pasar al

otro lado de la mesa y sentarse en su regazo, pero justo cuando va a moverse, sus tripas se retuercen de manera más intensa y en su cara se dibuja una mueca de dolor que la deja tiesa.

—¿Qué te pasa? —pregunta Triana, que de nuevo mira por la ventana con gesto de intriga.

—Creo que tengo un apretón —dice Vero con la voz estrangulada.

—¿Crees? Yo cuando me cago viva lo tengo clarísimo —suelta Triana—. ¿Eso que ha sonado eran tus tripas? —pregunta aguantándose la risa.

Vero se levanta con tanto ímpetu, que la silla sale disparada contra la pared.

—Si suena el teléfono, lo coges, yo me voy al baño —dice cuando pasa por su lado como un relámpago.

—Claro, amor, tú relájate —le grita Triana riendo.

Verónica piensa en contestarle, pero tiene claro que si abre la boca se le afloja el culo, y no quiere cagarse encima. Mientras, maldice ese salmorejo que Triana hace y que la vuelve loca pero le descompone el cuerpo. Se está bajando el pantalón cuando escucha sonar el teléfono de nuevo y reza para que esta vez Triana sí lo coja a tiempo.

CAPÍTULO 2

Triana mira el teléfono como si tuviera vida propia y se lanza hacia delante para cogerlo de inmediato, pero cuando tiene la mano justo encima, se detiene y se toma unos segundos para concentrarse y pensar en lo que debe responder para parecer lo más profesional posible.

—¡Triana, coge el teléfono! —grita Vero desde el baño, temiendo que vuelvan a colgar.

—Joder, así no puedo concentrarme —reniega Triana.

Carraspea para aclararse la voz y por fin descuelga el auricular.

—Despacho de la detective Bas —dice y se siente orgullosa de cómo ha sonado.

—Hola, ¿es aquí donde buscan cosas? —pregunta una mujer con tono agitado.

—Bueno, buscar cosas es un término muy amplio —dice Triana con los ojos muy abiertos—, más bien las investigamos, pero si hay que encontrar algo, pues se encuentra, claro que sí —afirma convencida.

—Perfecto, ¿pueden venir ahora mismo?

—¿Ir a dónde, señora? —pregunta Triana descolocada.

—A mi casa, acaba de entrar una serpiente por la puerta del patio y quiero que la busque y se la lleve.

Triana se queda clavada en el sitio, si les están gastando una broma, a Vero no le va a hacer ninguna gracia.

—Oiga, ¿sigue ahí? —pregunta la mujer con tono angustiado.

—Sí, sigo aquí.

—¿Van a venir o no?

Triana eleva las cejas y abre los ojos como platos, la mujer parece que habla en serio.

—Vamos a ver, señora, dice que le ha entrado una serpiente en casa, ¿la he entendido bien?

—Sí, cojones —contesta nerviosa—, y quiero que la saquen ya.

—Pero señora, de estas cosas se encarga el Seprona, debería usted llamarlos a ellos —dice Triana al notarla tan angustiada.

—¿Y cree que no lo he hecho ya? En el Seprona de aquí nadie me ha contestado, ni siquiera la Policía Local del pueblo que no sé para qué demonios tienen el teléfono de emergencias si salta el contestador.

Triana se muerde los labios y se aguanta la risa, mira la hora, son las seis de la tarde, si espera que alguien le haga caso a esa hora en el pueblo, va apañada.

—Entonces he insistido otra vez por si me había equivocado con el número, pero tampoco me ha contestado nadie —sigue explicando la mujer, cada vez más nerviosa—,

y finalmente he llamado al 062. Ahí me ha contestado por fin un Guardia Civil, pero cuando le he explicado el problema, me ha dicho que ellos no se ocupan, que iba a contactar con el Seprona, y ¿sabe qué he hecho yo?

—¿Qué? —pregunta Triana, que se ha cruzado de piernas y la escucha con mucha intriga.

La mujer responde con una pedorreta intensa y fuerte que hace que Triana se aparte el teléfono de la oreja y suelte una carcajada.

—El hombre me ha dicho que no me preocupase, que lo iba a gestionar y me llamaba en unos minutos.

—¿Y la ha llamado?

—Sí, hace un rato, para decirme que ha logrado contactar con la patrulla del Seprona que se ocupa de esta zona, que están en no sé qué sitio de la sierra, que apenas tenían cobertura y no sabían cuándo iban a poder pasarse, pero que pasarían, claro. ¿Sabe lo que significa eso?

—¿Qué? —a Triana solo le faltan las palomitas.

—Que pueden pasar horas hasta que alguien venga a buscar a ese monstruo. Si viene usted, le doy mil euros.

—Perdone, ¿cómo ha dicho?

Triana se incorpora y se aplasta el teléfono contra la oreja hasta que se le pone roja.

—Ya me ha oído, mil euros si viene ahora mismo y saca a ese bicho de mi casa.

Triana no sabe qué decir, ella ha vivido en el pueblo toda su vida y no conoce a nadie a quién se le haya colado una serpiente en casa, aunque ella no tiene porque saberlo todo y están hablando de mil euros.

—¿Usted la ha visto entrar?

—¡Claro que la he visto! ¿Cómo cree que sé que está dentro? —se exalta la mujer.

—Vale, vale —trata de apaciguarla Triana.

—Se ha plantado delante de la mosquitera de la puerta del patio y le ha dado varios cabezazos hasta que la ha abierto y ha entrado.

A Triana se le deforma la cara imaginando la escena, ¿qué tipo de serpiente da cabezazos de esa manera? Seguramente ninguna, la mujer está muy asustada y exagera.

—¿Qué tamaño tenía?

—Yo qué sé, era grandísima, por lo menos un metro.

Triana sonríe, seguro que es una culebra, ella ha visto muchas a lo largo de sus cuarenta años y ninguna medía más de dos palmos.

—¿Viene o no?

—Sí, por supuesto —dice pensando en lo bien que les vendrán esos mil euros para tirar un par de meses, además, a Vero le irá bien tener algo que hacer para motivarse—, deme la dirección.

Triana toma nota y cuelga la llamada justo cuando Verónica aparece por la puerta.

—¿Quién era?

—Tu primer caso, nena —dice y le enseña el papel con la dirección.

—¿En serio? —a Verónica se le ilumina la cara y salta sobre Triana cuando esta se levanta de la silla.

—En serio.

—¿Quién es? ¿Qué necesita?

Se le ha subido encima rodeando su cintura con las piernas. Triana nota un latigazo

en la parte baja de la espalda que le corta el aire, pero aguanta el tipo porque no quiere romper el momento.

—Es una señora de aquí del pueblo, se le ha colado una serpiente en el salón, necesita que vayas a sacarla.

Verónica deja de sonreír de golpe y contrae el gesto al mismo tiempo que pone los pies en el suelo y se aparta de Triana.

—Supongo que es una puta broma, ¿no?

—No, va en serio, pero tú escucha, amor —dice Triana con los dedos índice en alto—, al parecer se le ha colado una culebrilla por la puerta del patio, esos bichos no hacen nada, solo buscan refugiarse de este calor mortífero. Seguro que está agazapada en cualquier rincón, solo hay que cogerla y sacarla.

—¿Cogerla y sacarla? ¿Tú te escuchas? —se exaspera Verónica—. Ese no es mi trabajo, Triana, que llame a los bomberos, a Protección Civil o a quién sea que se encargue de estas cosas.

—Aquí se encarga el Seprona, y la mujer ya ha llamado. Bueno, en realidad creo que se ha hecho un lío con los nervios, porque decía que la Guardia Civil iba a contactar con el Seprona cuando el Seprona pertenece a la Guardia Civil, no sé, todo muy raro. El caso es que van a tardar mucho en ir y ella está muy angustiada con el asunto. Te da mil euros, Vero. Mil pavos por sacar al bicho de su casa.

Verónica está a punto de protestar de nuevo, pero cuando escucha la cifra, decide no hacerlo.

—¿Mil euros?

—Sí, cariño, mil euritos —Triana sonríe de oreja a oreja.

—¿Y dices que es fácil de coger?

—Sí, claro, solo hay que tener cuidado, que tampoco son gatitos.

A Verónica le entra un escalofrío.

—Muy bien, pues como tú has aceptado y parece que entiendes tanto del asunto, te vienes conmigo.

—¿Yo? Pero si la detective eres tú —dice Triana sorprendida.

—Exacto, soy detective, no Frank de la jungla. Así que si yo pringo, tú pringas conmigo. O vamos las dos, o te olvidas de los mil euros.

—Ah, no, no, te acompaño sin problema, si eso es un momentito de nada, ya verás. Cazamos a la bicha esa y esta noche reservamos para cenar en el restaurante ese que te gusta para celebrarlo.

Vero no está muy convencida, pero ve a Triana tan segura, que deja salir todo el aire que ha estado conteniendo en los pulmones y sonríe.

—Vale, ¿cómo lo hacemos? ¿Necesitamos algo?

—Nada, cojo un saco de rafia de los que tenemos para las cosas del jardín y listo. La metemos ahí con una escoba y asunto resuelto.

—¿Y qué hacemos con ella? —pregunta Vero con cara de asco.

—Nosotras nada, que se espabile la señora, que para eso es suya —resuelve y sale al trastero del patio para coger el saco.

Vero la sigue como un perrillo faldero hasta que cogen las llaves del coche y se marchan a resolver un primer caso que nada tiene que ver con su trabajo, pero la cosa tampoco está para rechazar ofertas como esa.

—Por cierto, ¿has cagado normal o estás descompuesta? —pregunta Triana en

cuanto se suben al coche.

—¿Por qué quieres saberlo? —Vero se pone tensa.

—Porque la peste llegaba hasta el despacho —dice Triana muy seria.

—No es verdad —se asusta Vero.

—Así que olía fatal —confirma Triana sacando a Vero de quicio.

—Eres una capulla.

—Una capulla que hace el mejor salmorejo de toda Andalucía, es tan bueno, que a pesar de saber que después te cagas viva, no puedes resistirte —dice orgullosa.

CAPÍTULO 3

La señora de la serpiente vive a un par de kilómetros de su calle, por lo que, el trayecto es tan corto, que no da tiempo a que el aire acondicionado del coche salga frío y, para cuando se bajan, Triana está jadeando.

—No lo entiendo —dice Vero—, llevas toda la vida viviendo aquí y parece que te vas a desmayar cada vez que sales a la calle con un poco de sol.

—¿Un poco de sol?

Triana extiende los brazos y se los mira.

—Estamos a treinta y nueve grados, Vero, si nos quedamos quietas, creo que comenzaré a arder.

Vero se ríe, quizá sea porque el calor de Barcelona es más húmedo e incómodo y por eso el de Andalucía no le afecta tanto como cabría esperar, pero ella no lo considera tan grave como dice Triana, que además siempre tiende a la exageración.

—Encima no da la sombra en ningún sitio, cuando volvamos al coche seguirá siendo un horno como ahora.

—Deja de protestar, ¿qué casa es?

Triana se saca del bolsillo el trozo de papel donde ha anotado la dirección y lo comprueba porque ya no lo recuerda.

—El número doce.

—Es esa, venga, vamos —dice Vero.

Las dos cruzan la calle y llaman al timbre.

—Espero que no tarde en abrir —dice Triana situada detrás de Vero.

Ella se gira y la mira sonriendo.

—¿Vas a dejar de quejarte?

—Pero si no me he quejado, amor, yo solo digo que como no abra pronto se me van a derretir las chanclas.

Vero le mira los pies y se ríe, hasta que una voz que no tiene claro de dónde proviene, le da un susto que por poco le para el corazón.

—¿Qué queréis?

Las dos miran a un lado y a otro de la calle, pero no ven a nadie.

—Aquí arriba —dice la mujer.

Triana y Vero dan un paso hacia atrás y alzan la mirada para encontrarse con una mujer de pelo canoso y ojos saltones que las mira asomada desde una ventana de la segunda planta de la casa.

—¿Quiénes sois? —pregunta intrigada.

—Yo soy Triana y ella es Vero, venimos por una serpiente, ¿nos ha llamado usted?

La mujer parpadea un par de veces y asiente.

—Sí, he sido yo, pensaba que vendríais con herramientas, ¿cómo la vais a coger?

—Usted no se preocupe por eso, señora —dice Triana y le muestra el saco—. ¿Nos abre la puerta?

—No puedo.

—¿No puede? —interviene Vero, que ahora sí que comienza a comprender por qué a esas horas no se ve un alma en la calle.

Ella, que no suele sudar nunca, nota como empiezan a resbalarle gotas por el canalillo y por la espalda. El cuerpo se le está calentando a una velocidad espeluznante.

—No, claro que no —dice como si fuera evidente.

—¿Y entonces cómo espera que entremos y cojamos a esa serpiente? —pregunta Triana.

—Tendréis que ir por la parte de atrás, saltar la valla y entrar por la puerta del patio, que está abierta.

—Perdone, ¿cómo dice? —Vero mira de reojo a Triana, pero está tan pasmada como ella.

—Ese bicharraco está en la planta de abajo campando a sus anchas. En cuanto ha entrado, yo he subido aquí arriba y he cerrado la puerta del pasillo —argumenta la mujer.

—¿Y no hay nadie más en casa? —pregunta Triana.

—¿Crees que te habría llamado si hubiera alguien aquí capaz de sacar a ese monstruo?

—Vale, pues tírenos las llaves por la ventana y problema resuelto.

—Las llaves están puestas en la puerta.

—Pero señora, si baja con cuidado es un momento, después se vuelve a subir —propone Triana.

—Ni hablar, no pienso bajar ahí. Si giráis por esa bocacalle de ahí —dice y señala a su izquierda con toda la naturalidad del mundo, como si entrar en su casa saltando la valla del patio fuese lo normal—, llegáis hasta el final y veréis que hay acceso a unos huertos, os metéis por ahí y buscáis la parte trasera de mi casa, no es difícil, la valla es de madera maciza.

—Joder, lo está diciendo en serio, quiere que entremos como si fuéramos unas vulgares ladronas —murmura Vero con cara de espanto.

—Tú piensa en los mil euros, nena, además, será divertido —dice Triana.

—Sí, divertidísimo.

Vero pone los ojos en blanco.

—Muy bien, señora, pues allá vamos, usted no se preocupe que enseguida tenemos el asunto liquidado —anuncia Triana y coge la mano de Vero para arrastrarla con ella.

—No me puedo creer que esté accediendo a todo esto, es una locura —protesta mientras camina.

—Una locura era seguir ahí paradas hablando con la vieja loca esta, seguro que no es ni una serpiente, esta mujer ha visto una lombriz y ha montado el drama.

—No, si al final habremos venido aquí para cazar un gusano —ironiza Vero.

—Mejor un gusano que una serpiente de verdad, ¿no?

—Calla, calla.

Las dos llegan al final del callejón y se encuentran con que todas las casas de ese lado de la calle, dan a una enorme extensión de terreno que por un lado está lleno de olivos y por el otro de huertos.

—La leche —dice Triana—, esto es un paraíso para las serpientes, claro que le habrá entrado una, o una docena.

—¡Triana! —Vero le da un tortazo en el brazo que resuena con fuerza.

—¿Qué? —pregunta con cara de incertidumbre.

—Bastante repelús me dan esos bichos como para que vayas tú metiéndome miedo. Cállate y busca la casa de la señora de la ventana.

—Sí, vale, vale. A ver.

Triana empieza a caminar pegada a las vallas, Vero la sigue de cerca, no quiere perderla de vista y quedarse sola en el paraíso de los reptiles.

—No sé, puede ser esta o esa, las dos tienen valla de madera y están juntas.

—¿Y cómo lo sabemos? Tú reconocerás la casa, ¿no? —pregunta Vero.

—¿Yo? ¿Por qué tengo que reconocerla?

—Yo qué sé, tú te has criado aquí, a mí me parecen todas iguales.

—Porque son iguales, Vero. Paredes blancas y patios grandes. Ya se podría asomar la vieja por las ventanas de este lado. ¿Por qué no vas a decírselo?

Vero se limpia el sudor que le está pegando el flequillo a la cara y la mira resoplando.

—Yo no voy, no pienso caminar sola por aquí. Ve tú.

—Me tiene que dar otros mil euros para que yo vuelva a patearme todo esto con este sol abrasador. Yo creo que es esta, pero nos podemos asomar, dice que tiene la puerta del patio abierta, ¿no? Seguro que es la única, porque ya me dirás tú quién coño abre con el calor que hace.

—Vale, pues nos asomamos a mirar —accede Verónica.

—Sí, eso, nos asomamos.

Las dos se plantan frente a la valla, que consiste en un muro de hormigón de un metro sobre el que hay varios postes con paneles de madera maciza que se alzan otros dos metros y ocultan completamente el interior.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunta Vero, a quien le parece imposible pasar al otro lado.

Se han subido sobre el muro de hormigón y están agarradas a los bordes superiores de la madera con las manos.

—Es muy alto para impulsarnos sin más.

—Sí, tienes razón. Hay que utilizar los pilares. A ver si puedes meter el pie entre el pilar y el panel, justo en el soporte, así te impulsas hacia arriba —dice Triana.

—¿Y tú?

—Yo te espero aquí detrás por si te caes.

Vero se gira y la mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué me voy a caer? ¿Lo dices porque soy de ciudad?

—Yo no he dicho eso —Triana la mira y se aguanta la risa.

—Pero lo piensas —Vero se ofende.

—Que no, nena, de verdad, que confío mucho en tus habilidades.

—Ya claro, por eso me pones las manos en el culo.

Vero acaba de subir el pie derecho para buscar apoyo y está preparada para impulsarse.

—Bueno, es que ya sabes que tu culo me vuelve loca, pero ante todo debo evitar que te esfuerces mucho y se te escape un pedo, que después del salmorejo ya sabemos lo

que te pasa y solo me falta que me lo sueltes en toda la cara, con eso y este calor, seguro que me desmayo.

—Eres idiota —dice Vero riendo y se impulsa hacia arriba con esfuerzo.

Parece algo muy fácil, pero, incluso con la ayuda de Triana que la empuja por el culo, le cuesta mucho esfuerzo.

—Joder, tengo que dejar de comer flamenquines y todas esas comidas riquísimas que me haces —exhala Vero apurada—, desde que estoy aquí ya me he engordado casi un kilo.

—Buah, pues espera a que te haga el cerdo estofado —se ríe Triana, que la ayuda hasta que logra encaramarse por encima de la valla.

—¿Qué coño hace?! —grita una voz ronca que deja paralizada a Verónica.

En el patio hay un hombre cambiando la pastilla del cloro de su piscina. Vero se queda tan pasmada que no sabe qué decirle.

—¿Vienes a robar? Te voy a quitar yo las ganas ahora mismo.

El hombre coge una escoba dispuesto a darle con el palo, pero es tan mayor, que sus pasos son torpes y lentos y solo puede mascullar improperios mientras se dirige hacia ella. Vero sabe que se ha equivocado de casa y debe bajarse de la valla, pero sus manos siguen cerradas sobre la madera como un cepo.

—Espere, espere —le pide ella con cara de susto.

—¿Qué pasa, Vero? ¿Quién es? —pregunta Triana sin quitarle las manos del trasero.

—Nos hemos equivocado de casa, señor, vamos a la de su vecina —explica Vero ignorando a Triana.

—¿Vais a robarle a ella? No tenéis vergüenza —masculla el hombre, que todavía no ha llegado y Verónica no puede dejar de mirarlo fascinada por su lentitud.

—Déjalas, Miguel, vienen a sacar una serpiente de mi casa.

La mujer por fin se ha asomado por la ventana trasera, el hombre se detiene y la mira con ojos entornados como si tratase de reconocerla. Vero suelta un resoplido de alivio cuando comprende que está a salvo y se baja de la valla.

—No, si al final acabamos en el calabozo, ya verás —suelta mientras la señora le explica su drama al vecino y ellas recorren la valla hasta llegar a la que toca.

—Si es con mil euros en el bolsillo, no me importa, seguro que ahí se está más fresquito —dice Triana.

—Anda, tira, entremos de una vez y acabemos con esto —dice Vero chorreando de sudor.

CAPÍTULO 4

Una vez en la valla correcta, repiten el ritual, Vero apoya un pie en un anclaje y Triana la empuja por el culo, aunque esta vez lo hace con más fuerza para que llegue arriba y pase al otro lado.

—¿Por qué te quedas ahí? —pregunta Triana cuando Verónica se sienta en el pilar que separa las vallas.

—Porque alguien tendrá que ayudarte a ti.

—¿Crees que no puedo?

Triana la mira desde abajo con ojos entornados.

—No lo dudo, pero me temo que si no te das prisa, no necesitaremos cazar a la serpiente, la mataremos con mi peste a sudor.

Verónica se huele el sobaco y arruga la nariz.

—Joder, qué asco.

—¿Qué esperabas a casi cuarenta grados? ¿Oler a flores silvestres? —dice Triana —, podrías mirar si hay una escalera por ahí dentro, así me ahorro tener que trepar.

—Tú lo que no quieres es mover ese culo, venga, dame la mano.

Triana acepta a regañadientes y, con mucho esfuerzo, logra encaramarse por la valla y pasar al otro lado.

—Señora, esto va a tener un extra de peligrosidad —dice jadeando.

—Os invitaré a una cerveza fresca —canturrea la mujer, asomada cómodamente por la ventana.

—Eso sería perfecto, muchas gracias —contesta Triana mientras caminan por el patio.

—Qué barato te vendes —dice Vero.

—¿Tú sabes lo bien que entra ahora una cerveza fresquita? Ni los mil euros, Vero.

—Ya, pues tú quédate con la cerveza y ya me quedo yo con el dinero.

—Como se nota que eres catalana —bromea Triana.

Verónica va a contestarle, pero llegan a la puerta del patio y ambas se quedan plantadas delante. Está cubierta por una puerta mosquitera doble que se cierra por el medio con un sistema de imanes. Las dos se miran sin entender cómo ha entrado una serpiente por una puerta como esa.

—¿Está segura de que ha entrado por aquí, señora? —pregunta Vero.

—Segurísima.

—Pero si esto está cerrado y para abrirlo hay que empujar y separar los imanes —dice Triana.

—La ha abierto a cabezazos, ya te lo he dicho.

—¿A cabezazos?

A pesar del calor que tiene, a Vero se le ponen los pelos de punta con un repentino escalofrío.

—Estaba ahí, enroscada en esa esquina —la mujer señala un lateral junto a la puerta—, y de repente ha levantado la cabeza como en las películas y ha dado golpes con ella hasta que ha conseguido abrir y entrar.

—Dios mío, debe ser inmensa —sisea Vero aterrorizada.

—Gilipolleces —dice Triana en voz baja—, aquí no hay serpientes tan grandes, amor, te digo yo que esta mujer está exagerando. Vamos a entrar y terminamos con esto. Señora, ¿ha visto hacia donde ha ido?

—Se ha metido por debajo del sofá, pero no sé si sigue ahí, en cuanto la he visto, me he subido aquí y he cerrado la puerta.

—Entonces podría haber salido otra vez —dice Vero esperanzada.

—¿Con este calor? Ese bicho ha venido aquí precisamente buscando algo de fresco, te aseguro que no ha salido —dice Triana abriendo la mosquitera para entrar.

Las dos se quedan quietas en la entrada, el comedor es muy espacioso y el sofá está al fondo encajonado entre las dos paredes.

—Vaya, ni siquiera podemos asomarnos con cuidado por detrás, lo vamos a tener que mover.

—¿Mover? —Vero tiembla—, ¿y si sale mientras lo movemos? Voy en pantalón corto, debería haberme puesto unos vaqueros —se mira las piernas y siente otro escalofrío, cada vez está más arrepentida de haber aceptado.

—Pues sí —Triana también se mira—, porque estos bichos si te muerden te suelen dejar algún colmillo dentro. Con unos vaqueros lo evitaríamos, en fin, peor soy yo, que encima voy en chanclas.

Vero tiene la cara descompuesta.

—Vámonos, que la saque ella si quiere.

—Venga, no seas tonta, te digo que esto será una culebrilla que no medirá más de un palmo, ya lo verás.

Verónica mira el sofá y tuerce el gesto.

—Está tan encajado que parece que lo hayan hecho a medida, de pared a pared. Hasta que no lo movamos, no podremos ver si está detrás, y me da mucho miedo acercarme —dice la detective.

Sus ojos no dejan de escanear el suelo por si a la serpiente le da por salir.

—Pues lo movemos, tú por un lado y yo por otro, tranquila, que no pasará nada, ya lo verás.

Triana parece tan decidida que, hay momentos en los que Verónica piensa que realmente no puede pasarles nada malo. Que moverán el sofá, encontrarán esa culebra de un palmo enroscada en una esquina, la sacarán de la casa y se irán con mil euros en el bolsillo. Pensando en eso, se acerca con cautela por el lado derecho del sofá, Triana lo hace por el izquierdo y las dos estiran el cuello para intentar ver algo por la fina ranura que queda entre el sofá y las paredes, pero es imposible.

—Podemos mirar por debajo con las linternas de los móviles, a lo mejor la vemos —propone Vero.

—Sí, buena idea —aplaudiv Triana, que se inclina sobre una mesilla auxiliar para apartarla y hacer sitio.

Vero da dos zancadas y vuelve al centro del comedor con el corazón desbocado.

—¿Qué haces? —pregunta Triana asombrada.

—¿Y si está ahí debajo y no debajo del sofá?

Ahora la que se aparta de un salto es Triana, que ni siquiera lo había pensado.

—Joder, ya me has puesto nerviosa, nena.

Sin que Vero pueda contestarle, Triana coloca la planta del pie derecho en el borde de la mesa y le da tal empujón, que la empotra contra la pared provocando un estruendo que altera más a Vero. Las dos se han apartado bien lejos de la mesa, pero comprueban aliviadas que debajo no hay nada, ni siquiera polvo.

—Qué mujer más limpia —opina Triana.

—Hubiera preferido que estuviese debajo de la mesa —dice Vero, que se imagina moviendo el sofá y se le ponen los pelos de punta.

—Con suerte se habrá asustado y estará quietecita en el rincón.

Triana enciende la linterna de su móvil y se arrodilla delante del sofá dejando una distancia prudencial.

—No veo nada, tú podrías mirar por ese lado —Triana señala la parte izquierda del sofá y Vero la mira con terror.

—Yo creo que es mejor que me quede aquí vigilando y me asegure de que no sale por un lado sin que la veas, podría atacarte.

Triana deja de enfocar debajo del sofá y levanta la cabeza para mirar a Vero.

—¿Y qué harás si me ataca, Vero? ¿Cogerla con las manos y retorcerle el cuello hasta asfixiarla?

El cuerpo de Verónica se sacude en un intenso escalofrío y da un paso atrás sin ocultar el repelús que acaba de sentir.

—Lo imaginaba —dice Triana riendo—. Por debajo es imposible ver nada, vamos a moverlo y acabamos con esto de una vez.

Verónica quiere protestar, pero la mirada exigente de Triana se lo impide y, con mucha inquietud, se colocan una a cada lado del sofá y empiezan a hacer pequeños movimientos, primero por un extremo y después por el otro debido al poco espacio hasta que logran separarlo un par de palmos de la pared por la parte de atrás.

—Vale, espera —dice Triana sofocada por el esfuerzo—, me subo en el sofá y miro a ver si la veo por detrás.

—Dios mío, esto es muy mala idea, Triana —Vero no puede estar más tensa, no hay nada que le dé más asco y miedo que una serpiente.

—Tarde para eso —Triana, sin quitarse las chanclas por si necesita salir corriendo, se sube en el sofá por el lado izquierdo y asoma la cabeza por detrás.

—¿Ves algo? —pregunta Vero muerta de miedo.

—No —Triana niega también con la cabeza y da un paso hacia el centro del sofá.

El movimiento hace que algo se mueva y a Verónica le parece ver una cosa asomar por la parte baja del sofá en el lado derecho. Su mente tarda en procesarlo, pero sus ojos se focalizan ahí hasta que la ve completamente. La serpiente es gorda como una manguera y zigzaguea alrededor de la pata del sofá con tanta destreza, que le es imposible calcular su tamaño, pero tiene muy claro que mide mucho más de dos palmos.

—¡Está ahí! —su grito coge tan desprevenida a Triana, que no sabe si le gasta una broma, pero cuando se gira y le ve la cara, el susto se le mete en el cuerpo y salta del sofá lo más lejos que puede.

Vero interpreta ese movimiento como una huida y sale corriendo hasta que llega a

la escalera en la que la dueña de la casa, que la ha escuchado gritar, no deja de preguntar qué pasa desde la parte de arriba.

—Triana, ven aquí, corre —la insta Vero, con los ojos clavados en la serpiente, que se ha quedado quieta junto a la pata del sofá.

—Me cago en mis muertos —dice Triana sin dejar de mirarla—, eso es una Alicante.

—¿Una qué? —a Vero le tiembla el labio inferior, tiene tanto miedo que está a punto de llorar.

—Una Alicante —repite Triana impresionada.

—¿Y eso es malo?

—¿Malo? Hay un dicho que dice que si te muerde una Alicante, ya puedes ir a que el cura te cante.

—¡¿Qué?! ¿Es venenosa?

—Ya te digo, y grande, esa debe medir casi un metro.

—¿No habías dicho que aquí no hay serpientes grandes? —se enfada Vero.

—Y no las hay.

—¿Una serpiente de un metro te parece pequeña? —a Vero se le van a salir los ojos de la cara.

—Me parece medianita.

Verónica no se lo puede creer, con lo exagerada que es Triana para unas cosas y ahora le quita importancia al tamaño de esa bestia.

—Joder, Triana, ¿y qué hacemos?

—Matarla, no podemos dejar eso aquí. No la pierdas de vista, voy a buscar una escoba para atraparla.

Triana lo tiene clarísimo, en cambio, Vero solo quiere gritar.

—¿Atraparla con una escoba? ¿Tú te escuchas? Que venga el Seprona y se ocupen ellos.

—A saber a qué hora vienen, Vero, ¿te gustaría quedarte con este monstruo en casa? Piensa en la pobre señora.

Vero la mira confusa, por un lado, está aterrorizada y por el otro siente empatía por la señora a pesar de que no le cae bien.

—Por favor, hazle caso, máatala, te pagaré más. Esa serpiente es venenosa, no la dejéis aquí, por lo que más queráis —suplica la mujer desde la parte alta de la escalera.

Verónica ni siquiera la mira, pero asiente.

—Vale, está bien, ve a por la escoba, yo vigilo a esa bestia.

Triana se mete en la cocina y vuelve en menos de treinta segundos, pero cuando lo está haciendo, la serpiente decide cambiar de sitio y se mete por debajo del sofá hasta que vuelven a perderla de vista.

—Joder, qué cabrona, ahora no la veo —Triana da un paso hacia atrás, también está acojonada aunque intenta no aparentarlo.

—Súbete encima —dice Vero.

—Súbete tú, leches.

Vero se acerca lentamente, a pesar del miedo, se le está escapando la risa, es la primera vez que ve a Triana asustada. Desde su posición, ve a través de la puerta que da al patio, que apoyada en la pared, hay otra escoba al lado de un montón de hojas secas. Probablemente, ese era el motivo por el que la mujer tenía la puerta abierta, estaba

barriendo un poco y esa bestia ha aprovechado su oportunidad para colarse. Abre la mosquitera y se hace con la otra escoba.

—Venga, nos subimos una por cada lado y si no la pillas tú, la pillo yo —dice muy segura.

Triana la mira sorprendida, pero sabe que Verónica no va a tener un momento de valentía mejor que ese, así que parpadea un par de veces para centrarse y recomponerse y recupera su seguridad de golpe.

—Pues *ale*, vamos a por ella.

CAPÍTULO 5

Las dos se suben al sofá al mismo tiempo y miran por la parte trasera. Triana la ve de inmediato, enroscada en el rincón que forma la pared izquierda con la del fondo, sin moverse.

—Mírala, qué fresquita está ahí la muy espabilada.

Vero nota otro escalofrío, le produce mucho rechazo mirar a ese reptil, y más cuando piensa en lo peligrosa que es y en que no tiene ni idea de cómo se coge a una serpiente.

—Oye, Triana, ¿seguro que con la escoba la podemos atrapar?

—Sí, claro, yo he pillado más de una así —afirma sin perderla de vista mientras se prepara para cazarla con la escoba.

A Vero le recuerda a uno de esos pescadores que son capaces de pescar peces en un río con una lanza, eso le da una falsa tranquilidad, porque la realidad es que la serpiente no es un pez, y Triana no es pescadora.

—¿A cuántas exactamente? —pregunta Vero cuando Triana ya se siente lista para aplastarla con la escoba.

—Nena, me desconcentras.

—¿Yo? —Vero se ofende, está muy susceptible y no puede evitarlo.

—Si no paras de hacer preguntas, me distraes, y no querrás que se me escape, ¿verdad? Además, necesito que estés lista por si tienes que ayudarme —la mira de reojo y Vero intenta recordar alguna oración para rezar y que eso no suceda, pero no se le ocurre ninguna y se plantea que tal vez debería buscar alguna en internet y memorizarla por si alguna vez lo necesita.

—Está bien, ¿qué quieres que haga?

—Tienes que acercarte aquí a mi ladito —Triana sonríe divertida, ahora que se le ha pasado la impresión tras descubrir de qué tipo de serpiente se trata, sigue disfrutando con la inquietud de Vero—. Yo la voy a embestir con la escoba y trataré de mantenerla atrapada, pero como buena cabrona que es, no se estará quieta e intentará zafarse.

—Y quieres que yo haga lo mismo —deduce Vero con voz temblona.

—Exacto, si ves que se me va, le das tú y la mantienes atrapada.

—¿Y si sube por el palo de la escoba?

De repente, Verónica evoca la escena en su cabeza y se le ocurren un montón de posibilidades, y cada una de ellas es peor que la anterior.

—Eso no va a pasar —Triana aprieta los labios, la serpiente está en un sitio vulnerable y fácil para ellas, y teme que se acabe moviendo si Vero no deja de hacer preguntas.

—Ya, pero ¿y si pasa?

—Si pasa, sueltas la escoba y te apartas, Verónica. Sabemos que ese bicho es venenoso, lo único que hemos de tener claro en todo momento es que no puede acercarse a nosotras. Estamos encima del sofá y ella en el suelo, así que no hay peligro.

—Bueno —dice Vero.

—Bueno, ¿qué? —su respuesta no ha convencido a Triana.

—Que como levante la cabeza y me mire salgo corriendo. Porque las serpientes no saltan, ¿no?

Triana decide que si contesta no acabarán nunca, así que, ante la sorpresa y desconcierto de Vero, arremete con la escoba sobre la serpiente con un golpe seco y certero que la pilla de lleno. Al principio parece que la tiene atrapada, pero enseguida se retuerce ante el espanto de las dos mujeres y tanto la cabeza como la cola comienzan a sobresalir por los lados.

—¡Dale tú, Vero! —grita Triana.

Vero se lanza sin dudarle, sabe que si se para a pensarlo aunque sea un solo segundo, no se atreverá y saldrá corriendo, así que alza la escoba, mira la cabeza de la serpiente una sola vez y, después de cerrar los ojos con fuerza, la baja de golpe hasta que la atrapa con ella.

—¡Joder, sí, así se hace! —escucha que dice Triana—, ahora aprieta con fuerza y no te muevas.

—¿Que no me mueva? —Verónica abre los ojos aterrorizada y se atreve a mirar. La tiene cogida, pero la cabeza vuelve a asomar por uno de los lados de la escoba.

Triana quita la suya y rodea el cuerpo de Vero por detrás para pasar al otro lado. Esta vez puede calcular mucho mejor, y baja la escoba de tal modo, que puede colocar el cepillo con firmeza cerca de la cabeza del reptil y ejercer tanta presión, que por mucho que se mueve, no puede escaparse.

—¡Ja! —exclama triunfal—. Ya puedes soltarla —le dice a Vero.

—¿Estás segura?

—Segurísima, esta ya no se me escapa, ahora necesitamos que busques algo con lo que cortarle la cabeza.

—¿Qué? ¿Quieres cortarle la cabeza? —pregunta impactada, arrugando la nariz con una mueca de asco.

—Es la manera más segura de matarla. Le cortamos la cabeza, la metemos en el saco y esta ya no le muerde a nadie.

—¿Y no podemos meterla en el saco y tirarla por el monte? Que se vaya con sus amiguitas las serpientes.

Vero vuelve a tener la piel de gallina.

—¿Sabes otra cosa que dicen de estas serpientes?

—¿Además de ser venenosas? La verdad es que no sé si quiero saberla.

—Te lo cuento igualmente —en el fondo, Triana disfruta mucho asustando a Vero—. Vuelven a los sitios que conocen. Esta listilla de aquí, sabe que en esta casa está fresquita, así que cuando vuelva a hacer un día espantoso de calor como el de hoy, tratará de regresar.

—Dios mío, qué espanto, hemos de matarla —concluye Vero horrorizada, sin cuestionar ni por un segundo la veracidad de las palabras de Triana, aunque no ha mentido.

—Exacto. Así que baja del sofá y pregúntale a la señora si tiene algunas tijeras

grandes de podar, eso sería fantástico.

—¿Entonces quito la escoba? —Vero duda, la idea de que el reptil esté atrapado le está dando mucha seguridad, pero si vuelve a escapar, seguro que acaba gritando como una histérica.

—Sí, tranquila, la tengo bien cogida, esta te aseguro que no se mueve de aquí.

Verónica, no muy convencida, levanta la escoba con una lentitud que pone nerviosa a Triana, lo hace asegurándose de que es cierto que no se le va a escapar.

—Te lo he dicho —insiste Triana.

—Sí, lo que tú digas, pero soy yo la que se va a bajar del sofá.

—¿Sabes que me pones muy cachonda cuando estás así de nerviosa? —suelta Triana.

Verónica se queda clavada en el sitio, incrédula porque no entiende dos cosas; la primera que Triana piense en eso en un momento como ese. La segunda, que ella se acabe de poner tan cachonda ante un comentario tan soez en el lugar más inadecuado.

—Pues espero que después me compenses, porque todo esto es por tu culpa —dice señalando la serpiente.

—Te aseguro que sí que te voy a compensar, amor.

Triana se desconcentra. Cuando se excita se le nubla el juicio y le cuesta pensar en dos cosas a la vez, por eso, por un segundo, se olvida de la serpiente y afloja la presión que ejerce sobre ella con la escoba.

—¡No la sueltes! —grita Vero, asustando tanto a Triana, que apoya todo el peso de su cuerpo sobre el palo de la escoba evitando justo a tiempo que la serpiente se le escape.

—Hostias, ha faltado poco —dice sudando.

—Deja de pensar guarradas y céntrate en ese bicho asqueroso. Voy al trastero que he visto en el patio a ver si encuentro algo que pueda servirnos —dice Verónica con los ojos desorbitados.

—Sí, vale, las guarradas para después —acepta Triana tras aclararse la garganta.

—¿Qué guarradas? ¿De qué estáis hablando? —pregunta la dueña de la casa desde lo alto de la escalera.

Las dos se miran sin parpadear, notando como el bochorno se apodera de ellas. Vero y Triana todavía lidian con muchas miradas en un pueblo que parece vivir anclado en la prehistoria. Desde que empezaron a salir juntas, en todas las visitas de Verónica, tuvieron que aguantar miradas de extrañeza y cuchicheos, sobre todo de la gente mayor. En algunas ocasiones, las hacen sentirse tan incómodas, que cuando tienen un gesto de complicidad que no controlan —como un beso en la mejilla o algo tan simple como cogerse la mano por la calle— se sienten como si cometieran un delito y fueran a quemarlas en la hoguera.

—En este pueblo hay demasiada gente mayor que no ha salido de aquí en su vida —le decía Loli a Triana cuando esta, frustrada, le explicaba las impertinencias que habían aguantado tras cada visita de Vero —para ellos sois como una atracción nueva, solo tienen que acostumbrarse.

A Triana eso le daba pánico, sus dos relaciones largas las había vivido en Córdoba capital y allí no había tenido esos problemas, por lo que le cuesta mucho entender que, en un pueblo que está a menos de una hora, les esté pasando eso.

—La señora tiene la oreja puesta en todo lo que decimos —dice Vero en voz muy baja, sin dejar de mirar a Triana con cara de susto.

—Pues la señora debería meterse en sus cosas y no en las nuestras —protesta Triana, harta de esas situaciones—, si ella es tan maleducada como para escuchar conversaciones ajenas, nosotras lo seremos como para no contestarle —dice y le guiña un ojo a Vero que la hace sonreír.

—Tienes razón, que le den a la vieja —susurra y le devuelve el guiño.

—Venga, ve a por algo para matar a este bicho y nos vamos de aquí de una vez.

—Sí, voy —la detective sonríe, sus ganas de estar a solas con Triana han aumentado de manera considerable y también quiere marcharse de esa casa cuanto antes.

Vero todavía no se ha bajado del todo del sofá, acaba de poner un pie en el suelo cuando las dos escuchan un sonido que no reconocen y de pronto el comedor comienza a oscurecerse.

—¿Qué pasa?

Las dos miran en todas direcciones sin comprender nada hasta que se dan cuenta de que las persianas son automáticas y se están bajando solas.

—¡Señora, no deje que se bajen! —grita Triana con tanto empeño, que la voz le sale desgarrada como si hubiera estado dos horas cantando en un concierto.

La señora no contesta y Verónica tampoco espera a que lo haga, presa de un miedo visceral y desconocido para ella, corre hacia la persiana y comienza a golpear el cristal de la ventana con las dos manos como si así pudiese impedir que siga bajando. De ahí pasa a la persiana de la puerta por la que han entrado, pero, de manera inevitable, la persiana se cierra del todo y el comedor se queda completamente a oscuras.

Los gritos de Triana llamando a la señora para que vuelva a subir las persianas se mezclan con los de Verónica, que ante la oscuridad en una casa desconocida y que no controla, sumada al hecho de que sabe que hay una serpiente venenosa, ha entrado en pleno ataque de pánico y grita desgañitándose de tal modo, que Triana está segura de que se va a quedar afónica.

—Vero, tranquila, está todo controlado —dice Triana tratando de que deje de gritar.

La señora les habla desde la parte alta de la escalera, pero si Verónica no se calla, Triana no puede entender lo que les dice.

—¿Ves a la serpiente? —pregunta Vero con la voz temblona.

—¿Cómo voy a verla si esto está más negro que mi culo?

—Pues entonces no está todo controlado.

Triana coge aire y se arma de paciencia, sabe que le va a costar un buen rato conseguir que Verónica deje de gritar.

CAPÍTULO 6

Triana no sabe exactamente el tiempo que ha pasado hasta que Verónica ha dejado de berrear improperios y quejidos lastimeros, pero, de repente, ha enmudecido —ella supone que para respirar— porque está segura de que no lo ha hecho desde que se han quedado a oscuras, y ahora solo la escucha jadear como si acabara de correrse. Sus propios pensamientos la desconciertan, pero aprovecha el momento para hablar con la señora.

—¿Por qué ha bajado las persianas? —sabe que lo primero que debería exigir es que las suba, pero está tan indignada que necesita una explicación.

—Son persianas automáticas —argumenta la mujer.

—Eso ya lo he deducido, pero ¿por qué las ha bajado en un momento así? Haga el favor de subirlas ahora mismo.

—No las he bajado yo —la mujer lo explica con una calma que exaspera a Triana —, están programadas para hacerlo a esta hora, porque el sol ya está más bajo y entra de lleno, y no sabes el calor que da.

Triana sí lo sabe, pero decide no entrar en una conversación absurda, a ella lo que le interesa es recuperar la luz.

—Me parece estupendo, ahora haga el favor de subirlas.

—No puedo.

—¿Cómo que no puede? —pregunta Triana con los ojos abiertos de par en par.

Verónica emite un sonido que Triana no sabe descifrar y reza mentalmente para que no vuelva a ponerse histérica.

—Se suben con el mando, pero está ahí abajo, al lado de la ventana.

—Joder, con la puta vieja —masculla Triana para sí, aunque Vero sí que la escucha y emite otro quejido.

—Solo tenéis que darle al botón del medio y subirán solas otra vez.

Triana ni se molesta en decirle que baje y lo haga ella, sabe que le dirá que no.

—Vero, tendrás que buscar el mando y darle al botón —dice con voz suave, incluso melosa.

—Y una mierda, yo no pienso ir —suelta la detective en una exhalación.

—A ver, nena, tú estás ahí y yo...

—He dicho que no —la interrumpe con un tono glacial, entre infantil y tenebroso, que provoca que Triana tenga que aguantarse la risa.

—Vero, si voy yo, tengo que dejar suelta a la serpiente. Tú solo has de encender la linterna de tu móvil, buscar el dichoso mando y darle al botón, o el interruptor de la luz, lo primero que encuentres.

—¡Que no me muevo, Triana! —grita Vero cagada de miedo—, además, mi móvil

está encima del sofá, no tengo linterna y no pienso poner un pie en el suelo.

—¿Un pie en el suelo? —Triana arruga la frente—. ¿Dónde estás?

—Triana —Vero vuelve a tener voz de ultratumba, atronadora—, como no enciendas la luz en menos de un minuto, te juro que no follas en un año —amenaza sin que le importe un pimiento que la mujer la esté escuchando.

Triana parpadea varias veces seguidas, hay cosas —según su opinión— con las que no se juega, y ella sabe muy bien que Vero es una mujer de palabra.

—¡Señora! ¿Puede encender la luz de la escalera? —grita Triana, que acaba de caer en la cuenta de esa opción.

—¡Imposible, estoy al fondo del pasillo y me da miedo acercarme!

A Triana se le ocurren muchas cosas que puede contestarle en ese momento, pero sabe que será una discusión perdida con esa mujer.

—¿Y si intento encender la linterna de mi móvil y te alumbro desde aquí? —propone Triana.

Vero aprieta la mandíbula, cada vez más tensa.

—Esa linterna es una mierda que no enfoca más allá de un metro —contesta masticando cada palabra.

—Está bien, pero que sepas que voy a soltar al bicho y dudo mucho que se quede aquí esperando a que yo vuelva —avisa Triana.

—Me importa una mierda, haz que vuelva la luz.

Triana chasquea la lengua y mueve los dedos de los pies asegurándose de que tiene las chanclas puestas. Después afloja el agarre del palo de la escoba y se lleva la mano al bolsillo trasero del pantalón para coger su móvil y encender la linterna. Lo primero que hace, es enfocar el lugar donde tenía atrapada la serpiente.

—¿Lo ves? —maldice irritada—, se ha escapado.

Vero no contesta, solo suelta un resoplido de desesperación que pone más nerviosa a Triana. Se gira y enfoca hacia el suelo por el sitio por donde ha de bajar, solo le falta pisar a la serpiente y que esta se retuerza y le dé un mordisco. Pensarlo le pone los pelos de punta y en cuanto pone un pie en el suelo, el miedo se le mete en el cuerpo y es ella la que empieza a soltar quejidos lastimeros mientras va dando saltitos hacia la ventana con prisas.

Una vez allí, enfoca por todas partes hasta que encuentra el maldito mando dentro de un soporte que hay atornillado a la pared junto a la puerta por la que han entrado. Triana ni siquiera lo saca de ahí, simplemente le clava el dedo en el botón del medio con tanta fuerza, que la uña se le pone blanca. Inmediatamente después, tanto la persiana de la ventana como la de la puerta, comienzan a subir.

Triana suspira con alivio y se gira para buscar a Verónica y después a la serpiente, pero se olvida de la última cuando ve a su mujer subida de cuclillas sobre la mesa, agazapada como si fuera a saltarle encima. Le entra tal ataque de risa, que Verónica comienza a enrojecer de ira y siente ganas de matarla, pero, entonces, movida por el deseo de venganza, decide mentir como una perra y asustar a Triana.

—¡La tienes en el pie! —grita poniendo cara de susto y señalando hacia el suelo.

Su interpretación ha debido ser muy buena, porque Triana empieza a saltar entre gritos histéricos y cuando Vero se quiere dar cuenta, las dos están subidas encima de la mesa.

—¿Dónde está? ¿La ves? —pregunta Triana acelerada, sintiendo una ola de asco

recorrerle todo el cuerpo.

Verónica no puede hablar, está doblada de la risa con la cara roja y los lagrimones a punto de saltarle de los ojos.

—Eres una perra del infierno, seguro que ya tienes tu sitio esperándote —dice Triana, que se contagia de su risa y también se está desternillando.

Las dos se permiten ese instante y se ríen con la intención de hacerlo hasta que sus cuerpos digan basta, pero entonces, Vero percibe un movimiento por la esquina del sofá y se pone seria de golpe.

—Mira, Triana, ahí sigue, parece que el sofá le gusta —dice señalando con el brazo extendido.

—Pues vamos, ya estoy hasta las narices de ese bicho.

Triana baja de un salto, recupera la escoba y con mucha destreza, la vuelve a atrapar a la primera.

—¡Vaya! —exclama Vero sorprendida—, eres toda una profesional —se burla más tranquila tras el ataque de risa.

—Me ofende que dudes de mis capacidades —se pavonea Triana—, ahora trae algo para cortar la cabeza.

Verónica no discute, abre la puerta del patio y va directa hacia el trastero que han visto al entrar. En cuanto mira dentro, se da cuenta de que está en el lugar correcto, hay todo tipo de herramientas para mantener cuidado el jardín y también para la poda de los rosales y los dos árboles que hay al fondo del patio. Sobre una repisa de madera, encuentra unas tijeras de podar de las largas, de las que podrían cortar la rama de un árbol si se ejerce la fuerza necesaria.

—Esto es perfecto —dice esbozando una sonrisa siniestra.

Ella nunca ha matado a ningún animal, de hecho, en Barcelona colaboraba con una protectora y es firme defensora de estos, sin embargo, no siente ningún tipo de empatía con la serpiente, le produce una mezcla entre miedo, rechazo y asco que no puede controlar y está deseando acabar con ese ser repelente que además es venenoso. Solo de pensar en dejarla suelta y que acabe entrando en su casa, le entran escalofríos y los músculos se le tensan.

—Ya estoy aquí —anuncia con las tijeras en alto.

A Triana se le dibuja una sonrisa muy amplia al verlas, sabe que con eso es imposible fallar.

—Vale, ven aquí, tienes que cogerla justo por debajo de la cabeza y cortar.

—¿Yo? —Vero se detiene en seco cuando se da cuenta de que la serpiente no para de moverse.

—Vero, no me jodas, te juro que si la suelto otra vez, me marchó a casa y te espabilas tú sola.

—Tú no harías eso.

Triana le clava una mirada en la que ni siquiera pestañea.

—Estoy cansada, sudada, muerta de calor y tengo una sed que me muero. Solo puedo pensar en salir de aquí, llegar a casa, coger una cerveza fría de la nevera y bebérmela en la sombrita del patio después de haberme metido debajo de la ducha que tenemos al lado de la piscina. Te aseguro que sí, Vero, si la suelto, me voy y te espero con mi cerveza y mi tapita de patatas y olivas.

Verónica traga saliva y llena los pulmones hasta que no le cabe más aire, después

se acerca, sintiendo un escalofrío tras otro mientras intenta colocar la tijera en el lugar correcto. La serpiente no deja de moverse, pero Triana la tiene tan bien atrapada, que apenas tiene margen y a Verónica no le cuesta mucho encontrar el ángulo y cerrar la tijera.

La cabeza cae al suelo al mismo tiempo que una salpicadura de sangre sale despedida contra la pared. A Verónica le sube una arcada por el esófago y se aparta un par de pasos. Triana también siente mucho asco, pero en su caso es porque la serpiente, a pesar de estar muerta, todavía se sacude entre espasmos, algo que tiene a Verónica con la cara desencajada.

—¿Por qué no se está quieta? —pregunta horrorizada.

—Déjala morir como ella quiera —dice Triana, que harta de la situación, abre el saco de rafia, lo coloca delante de la serpiente y la empuja hacia el interior con la escoba.

—Joder, por fin —dice Vero cuando Triana hace un nudo.

—¡Señora, ya puede bajar! —grita con el saco en la mano.

—¿La habéis cogido? —pregunta la mujer desconfiada.

Las dos miran el saco, ya no hay movimiento y suspiran con tranquilidad.

—Así es, el problema está resuelto —confirma Triana.

Enseguida empiezan a escuchar los pasos de la mujer al descender por la escalera. La señora las mira y Triana le muestra el saco con gesto victorioso.

—Está aquí dentro y le aseguro que no va a salir.

—¿Y esa sangre? —la mujer señala el suelo y la pared con cara de espanto.

—Hemos tenido que matarla, ¿o prefería dejarla suelta para que vuelva a entrar? Es una Alicante, ¿sabe? ¿Quiere verla? —Triana le acerca el saco y la mujer da un salto hacia atrás.

—No, por Dios, esos bichos son muy venenosos.

—Exacto —confirma Triana.

Verónica vuelve a sentir un escalofrío, todavía no puede creerse que alguien como ella haya accedido a realizar un trabajo así y que la cosa haya terminado bien.

—En fin, si nos paga, nos marchamos ya, que olemos fatal —dice Triana olfateándose el sobaco derecho.

—¿No vais a limpiar esa sangre?

Vero y Triana se miran entre ellas, después miran a la mujer y niegan de manera categórica.

—Por supuesto que no —la que contesta es Vero para asombro de Triana—, usted nos ha contratado para sacar a la serpiente de su casa y es lo que vamos a hacer, limpiar es cosa suya. Bastante hemos hecho ya, no deberíamos habernos acercado a un reptil tan peligroso.

—Está bien, está bien —dice la mujer al ver que Vero está dispuesta a seguir argumentando más motivos por los que no piensa limpiar la sangre.

Al fin y al cabo, a ella le da igual tener que hacerlo, lo único que quería era que sacaran a ese monstruo de su casa y está muy agradecida.

—Voy a por el dinero. ¿Queréis una cerveza fresquita? Abrid la nevera y coged lo que os apetezca —las invita con amabilidad a pesar de que no deja de mirarlas con desaprobación.

Vero y Triana se miran, cuando han llegado lo deseaban más que el aire que respiraban, ahora solo quieren salir de ahí.

—Se lo agradecemos, señora, pero tenemos prisa —responde por las dos Verónica.

La mujer desaparece por la escalera y Triana deja el saco en el suelo para acercarse a Vero y pegarla a su cuerpo con autoridad.

—Me gusta cuando te pones borde y mandona —le susurra acercándose a su oído.

De manera inmediata, arruga la nariz y se separa.

—Joder, amor, hueles fatal.

—Y eso me lo dices tú, que parece que lleves horas encerrada en un ascensor.

Las dos se ríen, entre el calor que han pasado fuera y los nervios que han pasado dentro, huelen como dos puercas.

—Pues todavía no hemos acabado la misión —dice Triana mientras hace aspavientos con la mano para airear un poco el espacio entre las dos.

—¿Cómo que no hemos acabado? —Verónica deja de reírse de manera abrupta.

Está cansada, sudada y empieza a tener mucha hambre.

—No, amor, ahora hay que enterrarla —dice alzando el saco.

Verónica pone los ojos en blanco y mira hacia la escalera con incredulidad, dando por hecho que su mujer le está gastando una broma, pero entonces se encuentra con la mirada de ojos saltones de la dueña de la casa, que confirma las palabras de Triana con un movimiento afirmativo de cabeza que desmoraliza por completo a la detective.

CAPÍTULO 7

—¿Cómo que tenemos que enterrarla? —Verónica se cruza de brazos exigiendo una explicación—. Nosotras hemos aceptado sacar a ese bicho de aquí, lo tiramos al contenedor y listo.

—Ah, no, no —dice la mujer moviendo el dedo índice de la mano derecha de un lado a otro.

Vero la fulmina con la mirada.

—¿Cómo qué no?

—Es una Alicante.

—No me diga.

La detective suelta un bufido, tiene muchas ganas de salir de ahí y la pone muy nerviosa ver a Triana con el saco en la mano.

—A una Alicante se la entierra —dice la mujer y Triana asiente ante la mirada atónita de Vero.

—Pues entiérrela usted, que tiene mucho patio ahí fuera —concluye dando por zanjada la discusión.

A la mujer se le descompone el rostro. Triana no dice nada, se lo pasa bomba cuando Verónica se pone tonta.

—¿En mi patio? Qué espanto, ni hablar, os doy cincuenta euros más, pero os la lleváis y la enterráis vosotras.

—Cien —dice Verónica sin que la respuesta pase por su cerebro, como buena rácana, está acostumbrada a negociarlo todo y le ha salido sin pensar.

—Vale, cien euros más —la mujer le entrega los mil euros y vuelve a subir por la escalera para buscar lo que falta. Verónica se pone a contar, la cara le ha cambiado.

—No ha sido un mal negocio —dice Triana cuando Vero se mete el dinero en la bandolera que lleva cruzada en el pecho—. Mil pavos por una hora y media de trabajo.

—O dos, porque olvidas que ahora hay que enterrarla —Vero hace una mueca.

—Bueno, eso es un momento, pasamos por casa, cogemos una pala y cavamos un agujerito en el monte. Diez minutos.

Verónica entorna los ojos.

—Más te vale.

La señora regresa con los cien euros que faltan.

—Supongo que ahora podemos salir por la puerta, ¿no? —pregunta Vero, que no puede evitar ser protestona.

Triana se ríe y le pone una mano en la espalda para que camine hacia la entrada, donde se despiden de la mujer que, a pesar de haberles pagado un dineral, no deja de darles las gracias por haber sacado a ese monstruo de su casa.

—¿Me explicas por qué la tenemos que enterrar? —pregunta Vero una vez están solas en la calle bajo ese sol abrasador.

—Aquí se suele hacer así. No se tiran nunca al contenedor ni se dejan por ahí a la intemperie porque tienen veneno y los gatos o los perros, que ya sabemos lo marranos que son, podrían envenenarse. Además, imagina las moscas, se posan en el bicho, se llenan de veneno y después se ponen en el borde de tu vaso de Coca Cola o tu plato de comida.

—Vale —Verónica alza la mano para interrumpirla, no necesita más justificaciones —, pues vamos a enterrarla de una vez.

—Espera, el coche está ahí —señala Triana en la dirección opuesta a la que camina su mujer.

—¿De verdad crees que voy a meter esta cosa en el coche?

Triana siente que las piernas le flaquean, hasta su casa apenas hay diez minutos andando porque no tienen que dar tanto rodeo como con el coche, pero con ese calor, está segura de que puede desmayarse por el camino.

—Está muerta, Vero —Triana está segura de que es un argumento poderoso, pero Verónica sigue caminando.

—He dicho que no.

—Vale, pues a ver —se hace la pensativa—. ¿Qué te parece si yo me llevo el coche? Así no lo tenemos que venir a buscar después.

Verónica se detiene en seco y la mira de arriba abajo.

—¿Y por qué no me lo llevo yo?

—Porque tú quieres andar con esta chicharra que está cayendo.

—Yo no quiero andar bajo este sol infernal, pero tampoco quiero meter una serpiente decapitada dentro del coche.

—Pues por eso, yo me llevo el coche...

—No pienso tocar ese saco —la corta Vero.

Por orgullo de una y otra, las dos terminan yendo a pie hasta su casa. Cuando llegan a la puerta, sienten que la piel les arde y el sudor les perla la frente, la nuca y el canalillo.

—Entra a por la pala y saca una botella de agua fría, por favor —le pide Triana—, yo me quedo custodiando a Pepa.

—¿Pepa? —Vero mira el saco y después a Triana con cara de circunstancias.

—He pensado que, ya que vamos a enterrarla, podemos ponerle nombre.

—Claro, y le hacemos una lápida también.

Vero no se queda a escuchar la respuesta de Triana, entra en su casa, deja la bandolera con el dinero y de manera literal, abre la ducha que tienen en el patio y se mete debajo. Le da igual mojarse toda la ropa, tiene la piel ardiendo y una sed espantosa. Ahora entiende por qué a esas horas las calles suelen estar desiertas, nadie en su sano juicio camina más de diez minutos cuando el calor aprieta tanto.

Coge la pala pequeña que Triana tiene para el huerto, después pasa por la cocina para sacar una botella de agua de la nevera y regresa a la calle, donde Triana, se la quita de la mano para beber como si viniera del desierto. El agua le cae por la barbilla y sobre el pecho sin que ella se detenga mientras Vero la mira absorta, la escena le parece muy sensual y le entran ganas de lamer esas gotas que chorrean por la garganta de Triana, pero se contiene porque sabe que si empiezan, la serpiente se quedará en la puerta de su

casa mientras ellas se devoran bajo la ducha.

—Madre mía, qué delicia —dice Triana, que termina de beber y se vacía el resto de la botella por la cabeza.

—¿Mejor? —pregunta Vero, que se la come con los ojos.

Triana sonríe y le devuelve una mirada llena de lujuria, hasta ahora no había reparado en que Verónica también está empapada.

—Eres toda una provocación.

—Lo sé —Vero le guiña un ojo, el humor le ha cambiado por completo—. Acabemos con esto y celebremos nuestro primer caso como se merece. ¿Dónde la enterramos?

—Vamos al final de la calle, donde empieza la ruta hacia el peñón. La podemos enterrar en el borde del camino.

Verónica suspira y asiente. Tardan un cuarto de hora en llegar. El trayecto ha sido cuesta arriba y no solo están cansadas, sino que, ya se han secado por completo y no tienen más agua.

—Aquí mismo —dice Triana dejando caer el saco en un lado del camino.

A partir de ahí todo es campo y pueden cavar en cualquier sitio, así que no es necesario alejarse más. Vero coge la pala y la hunde en el suelo como ha visto hacer en las películas cuando entierran un cadáver en mitad de la noche. Durante todo el camino lo ha estado imaginando y le ha parecido muy fácil, sin embargo, a pesar de que ha impactado con todas sus fuerzas, apenas ha logrado hundirla un centímetro.

—Joder —se queja y examina la tierra con ojo clínico—, soy tan torpe que voy y la clavo en el único sitio donde hay una piedra debajo —se lamenta frustrada y prueba medio metro más allá, donde le pasa exactamente lo mismo.

—Me parece que no son piedras, es la tierra, que está seca y dura como una roca por la falta de lluvia —concluye Triana concentrada.

Vero la mira, tiene ganas de darle con la pala en la cabeza, pero se controla.

—¿Y por qué me traes aquí donde la tierra está más seca que la mojama?

—¿Crees que en otra parte de Andalucía está mejor? —Triana pone los ojos en blanco y le quita la pala—. Dame, que tú no sabes cavar.

Triana prueba en otro sitio y apenas consigue lo mismo que Verónica.

—La leche —dice y pone los brazos en jarra como si le resultase un misterio.

—La leche —repite Vero en tono burlón—. ¿Tú que te piensas, que esto es tu huerto lleno de abono?

Ahora la que quiere darle con la pala es Triana, pero también se contiene. Las dos otean a su alrededor, comprendiendo que lo intenten donde lo intenten, el resultado será el mismo.

—Mira, aquí como no vengamos con un pico o un martillo neumático, solo vamos a rascar la superficie —concluye Triana.

—Pues la dejamos en el saco y le ponemos pedruscos encima.

—Esa idea me gusta —Triana mira por el borde del camino, está lleno de piedras de un tamaño muy considerable—. Venga, empieza a traerlas.

—¿Yo? ¿Te crees que soy tu esclava? Mueve el culo tú también, bonita —rezonga Vero, que está hasta las narices de la serpiente.

Triana se ríe, le encanta lo fácil que le resulta provocarla.

—Me pones tanto cuando te enfadas —dice socarrona y se le acerca.

Vero le da un empujón suave y se va en busca de una piedra sin esconder su sonrisa. Triana la sigue y ambas se agachan al mismo tiempo para coger una cada una.

—Joder, como pesa —se queja Triana levantando el primer pedrusco.

Verónica, que sigue descompuesta, tiene que apretar las nalgas para que no se le escape un pedo al hacerlo, se pone roja y se siente mareada, pero prefiere desmayarse antes que escuchar las burlas y la risa de Triana.

Las dos van dejando caer pedruscos de cuatro y cinco kilos sobre el saco hasta que queda oculto por completo y consideran que es imposible que ningún animalillo la saque de ahí.

—Yo creo que nuestro trabajo ha terminado —dice Triana, después arranca unas flores secas y las coloca sobre las piedras—. Descansa en paz, Pepa.

—¿Eso también es tradición? —pregunta Vero mientras se seca los chorros de sudor que le resbalan por la cara.

—No, esto es respeto, no está bien matar animales.

—Pues no he visto yo que te temblase la voz cuando me has pedido que le corte la cabeza.

—Porque es venenosa y estaba dentro de una casa, no nos ha quedado otro remedio, pero, aun así, no está bien.

—Genial, ahora por tu culpa me siento mal por matar a la serpiente.

Vero se enfurruña y Triana la abraza para darle ánimos.

—Dios mío, olemos peor que ese bicho cuando lleve aquí tres días —dice Triana tras unos segundos.

Verónica olfatea el ambiente entre las dos como si fuera un perro y hace una mueca de asco.

—Vamos a por el coche y volvamos a casa, cuando te hayas duchado, dejaré que te comas este cuerpo —dice Vero y se señala como si fuera un manjar.

Triana la mira deseando hacerlo, pero no puede morderse la lengua.

—Entiendo que tú también te ducharás, ¿verdad?

—Claro, idiota —se ofende Vero cayendo en la provocación.

Minutos más tarde llegan a su coche, a esas horas, en el lado donde han aparcado, ya está dando la sombra, aun así, dentro es como un horno.

—Pon el aire a tope —dice Triana medio desmayada.

Verónica pulsa el botón y lo sube al máximo, después se pone en marcha y, cuando van a incorporarse al centro de la calle, ven llegar una patrulla de la Guardia Civil a casa de la señora.

—A buenas horas llegan estos —dice Triana sofocada.

Vero nota que le sube la presión y que los gases de su estómago se remueven hasta provocarle un pinchazo.

—Qué fuerte, vienen ahora que el problema está resuelto y nos hemos jugado la vida. Nos tendrían que dar su sueldo a nosotras.

—No seas dramática, nena, que te has llevado mil pavos en una tarde —se ríe Triana.

—Mil cien —matiza Vero con una sonrisa de satisfacción imposible de ocultar.

CAPÍTULO 8

Triana y Vero cruzan la puerta de su casa completamente exhaustas. A pesar de haber trabajado solo durante tres horas, sienten que han hecho una jornada de quince. Sin necesidad de cruzar una palabra, las dos van directas hacia el baño, se lavan las manos a conciencia y de ahí se dirigen hacia la cocina. Mientras Verónica saca las cervezas, los platos y abre una bolsa de patatas, Triana corta unos tacos de queso y otros cuantos de longaniza. De ahí salen directamente al patio, lo disponen todo en la mesa que tienen bajo el toldo y acto seguido, comienzan a quitarse la ropa y se meten bajo la misma ducha que Vero ha utilizado antes para refrescarse.

—Joder, qué alivio —suspira Triana al mismo tiempo que se echa el pelo hacia atrás haciendo que toda el agua le chorree por la espalda.

Vero se queda unos segundos más debajo del chorro, al estar la ducha bajo el toldo, el agua tiene una temperatura fresca que la está reconfortando.

—Un brindis por tu primer caso —dice Triana alzando la cerveza cuando las dos se sientan.

—Nuestro primer caso —la corrige Vero y hace impactar su botellín contra el de Triana.

Beben un trago largo y atacan los platos como si llevasen todo el día sin comer.

—Parece que hacemos buen equipo —comenta Triana con la boca llena.

—Por cantidades como la de hoy, puedes ser mi ayudante —sonríe Vero.

Triana mira hacia arriba como si no estuviese convencida y tuviera que pensarlo, pero lo cierto es que ha disfrutado mucho y le ha encantado ver esa parte histérica de Vero.

—Acepto, pero no pienso dejar que me explotes ni me conviertas en la chica del café —bromea y vuelven a brindar.

De ahí se van directas a la piscina para terminar de relajarse después de la que para ellas, ha sido la tarde más calurosa de todo lo que va de verano.

—¿Sabes qué? —pregunta Triana, sentada en una esquina con los brazos extendidos en ambos laterales.

Vero se le sienta encima a horcajadas, juguetona.

—¿Qué?

—Tengo el presentimiento de que a partir de ahora empezarán a llamarte con más casos.

—Pues espero que sean casos de verdad, de esos donde hay que investigar cosas y no buscar serpientes venenosas en casa de una señora que nos hace saltar la valla como unas vulgares delincuentes y después nos deja a oscuras como si fuera un juego macabro. Todo eso, mientras escucha nuestras conversaciones y nos juzga como si meditase si tenemos derecho a existir.

—Olvida a la señora. Ya verás como todo mejora a partir de hoy y nos llueven los casos —afirma Triana.

—Eso espero —dice Vero poco convencida.

Triana se ríe y abre la boca para contestarle, pero Vero se la sella con un beso que hace que la temperatura del agua suba un par de grados, aunque esta vez no les importa.

EL POZO

CAPÍTULO 1

—No aguanto más, si no como algo, voy a desmayarme —dice Triana entrando en la cocina como un huracán.

Verónica está terminando de guardar los platos que fregó anoche y se apresura a interponer su cuerpo entre la nevera y Triana.

—¿Qué haces, nena? Aparta o no respondo —amenaza Triana mirándola como si tuviera espadas en los ojos.

—Espera un poco, Loli debe estar a punto de llegar con los churros —le pide Vero en tono suave.

—Loli se los debe estar comiendo por el camino —farfulla Triana—, porque no me jodas, dijo que estaría aquí a las nueve y mira qué hora es —se queja señalando el reloj.

Verónica alza la mirada y la clava en el reloj de pared antes de soltar una carcajada.

—Como se nota que te acabas de levantar. Eres insoportable —dice y le da un beso en la mejilla—, y ciega, deberías ir al oculista de una vez. Solo son las nueve y cinco.

—Y hemos quedado a las nueve en punto. Que después llego yo un minuto tarde a su casa y la tía ya me está llamando como una histérica.

—Qué sí, cariño —Verónica se ríe y le señala una silla—, siéntate, anda, que estará a punto de llegar. ¿Te preparo un café mientras tanto?

—Yo lo que quiero es una tostada con aceite y embutido con unos huevos revueltos —protesta dejándose caer en la silla.

—Ya, claro, y los churros me los como yo sola.

—¿Mis churros? ¿Tú estás loca? Mis churros no los tocas, esos me los como de postre.

—Qué bocazas eres —se ríe Verónica justo cuando suena el timbre de la casa—. Mira, ya ha llegado.

—No, si ahora le tendremos que aplaudir por hacer aquello que dijo que haría —farfulla Triana muerta de hambre.

—Madre mía, amor, te has levantado más insoportable que ningún día —dice Vero—, anda, ve a peinarte un poco mientras yo abro la puerta, que parece que te has peleado con un gato.

—Un gato deberíamos tener nosotras aquí —espeta Triana mientras se mira en el reflejo del cristal de la vitrina donde tienen los platos—. La leche, qué susto —dice y se echa hacia atrás espantada de su propio reflejo.

—No quiero gatos, se portan mal y lo rompen todo —dice Verónica de camino hacia la entrada.

—También cazan ratones y serpientes —suelta Triana a voz en grito.

A Verónica se le tensa todo el cuerpo cuando escucha hablar del reptil. Ha pasado casi una semana desde ese extraño caso y todavía se le pone mal cuerpo cuando lo

recuerda.

—Buenos días —saluda Loli con euforia y dos bolsas de churros en la mano.

—Hola —Vero se hace a un lado y saliva con el olor—. Tienes a Triana desesperada, he tenido que pararla para que no se hiciera un desayuno de los que hacen historia.

—Desesperada estoy yo porque me contéis con detalle lo de la serpiente.

Loli cruza el salón y se dirige hacia la cocina como si estuviera en su casa. A pesar de ser vecinas, por temas personales de unas y la otra, no han podido reunirse para hablar hasta ahora.

—¿Sabéis que sois famosas en todo el pueblo? —dice Loli mientras saca los churros de la bolsa.

Triana vuelve en ese momento y le quita la otra bolsa para sacar el chocolate.

—Famosa me haré yo por estrangularte la próxima vez que llegues tan tarde.

—Venga ya, si solo pasan diez minutos, exagerada.

—Bien que cuando soy yo la que se retrasa me das la brasa por teléfono.

—Dejadlo ya, por favor, que tengo hambre —interviene Vero conciliadora.

—Pues eso —sigue explicando Loli mientras Triana coloca las tazas—, que estaba esperando para que me dieran los churros y en la cola estaban hablando de la serpiente que se coló en casa de Amparo. Por lo visto la mujer va contando que medía dos metros y era más gorda que mi brazo. ¿Es verdad?

—Pues casi —contesta Triana llevándose un churro a la boca después de mojarlo en el chocolate, más atenta al desayuno que a lo que explica su amiga.

—¿Pues casi? —se alarma Vero—. No le hagas caso, ni a ella, ni a esas chismosas de la churrería. Desde luego, los andaluces sois exagerados por naturaleza.

—Y los catalanes agarrados —la chinch a Triana.

—Tú no hables, que eres igual de rata que ella y naciste aquí —suelta Loli.

Triana la ignora, tiene tanta hambre, que puede soportar cualquier ataque mientras siga teniendo churros para llevarse a la boca.

—En fin, debisteis pasar mucho miedo, ¿no? —curiose a Loli.

—Vero se cagó como los mirlos —dice Triana—, y literal, porque ese día tenía el esfínter un poco suelto —añade y se pone a reír.

—Por culpa de tu gazpacho, y tú también pasaste miedo, guapa, que bien que te subiste en la mesa cuando se fue la luz.

—Dios mío, ¿eso pasó de verdad y yo no lo vi? —pregunta Loli muerta de la risa.

—Me hubiera gustado ver lo que haces tú si esta cabrona te dice que la tienes en el pie —se defiende señalando a Vero.

—Uff, calla, calla, que ese bicho es muy venenoso. Por ahí dicen que casi muerde a Amparo, pobre mujer.

—Pues lo veo difícil, la mujer se atrincheró en la planta de arriba y no bajó hasta que la teníamos dentro del saco —dice Vero con gesto contrariado.

Durante los siguientes minutos hablan sin parar sobre ese caso que se ha convertido en una anécdota en el pueblo que va de boca en boca. Vero y Triana se sienten como las protagonistas de un espectáculo ridículo que no querían protagonizar.

—Con un poco de suerte, a partir de ahora nos mirarán por ser las que cazaron la serpiente en la casa de Amparo y no por ser las bolleras del pueblo —ironiza Triana.

—No seas bruta, solo tienen que acostumbrarse a ver a dos mujeres juntas, en este

pueblo eso es una novedad, dadles tiempo —dice Loli—. Y ahora espabila si quieres ir a repartir publicidad al pueblo de al lado, que yo quiero estar de vuelta en un par de horas para hacer la comida con tranquilidad.

—No me agobies, que eres tú la que ha llegado tarde.

Triana moja el último churro y lo muerde lentamente para desesperación de Loli, que suelta un resoplido ante la risa de Verónica.

CAPÍTULO 2

Triana y Loli han aparcado el coche en la única plaza del pueblo al que han ido a llevar publicidad y han comenzado a repartir en la primera calle, caminando cada una por un lado de la acera, dejando panfletos en buzones y bajo los limpiaparabrisas de los coches.

—Qué calor, joder —se queja Triana y se da aire con el fajo de panfletos que lleva en la mano.

—Lo que tienes que hacer es dejar de quejarte y caminar más rápido, que, a tu ritmo, nos vamos a tirar aquí toda la mañana y ya te he dicho que quiero volver pronto —dice Loli desde el otro lado de la calle.

—Cállate, que esto es culpa tuya, si hubieras venido más pronto y no te enrollases tanto dándole a la lengua, ya estaríamos acabando.

—Mira, bonita, estoy de vacaciones y no me levanto antes de las ocho a no ser que caiga una bomba —dice y Triana la ve torcer al final de la calle.

—¿Qué se supone que haces? —pregunta jadeando, después de hacer una carrera para llegar hasta ella.

—¿Cómo que qué hago? Caminar, eso hago. ¿O piensas que esto se va a repartir solo?

Loli la mira enfurruñada, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¿Y el coche? —a Triana se le van a salir los ojos de la cara.

—¿Qué le pasa al coche? —pregunta Loli mientras deja un folleto en un buzón.

—Pues que está allí —dice y señala hacia atrás—. ¿No vamos a buscarlo?

Loli se gira y la mira de arriba abajo antes de soltar una carcajada.

—Mira, Triana, si te piensas que cada vez que terminemos una calle voy a coger el coche para ir a la siguiente, te dejo aquí para que te espabiles tú sola y me voy a mi casa.

—Hombre, en cada calle no, pero no sé, cada dos manzanas igual estaría bien, Loli, que cada minuto que pasa el sol calienta más y a mí las chanclas ya se me están pegando en el asfalto.

—No tengo intención de mover el coche de dónde está, ¿te enteras? Este pueblo es pequeño y vamos más rápido a pie que si lo tengo que estar moviendo todo el rato. Además, hacer ejercicio no te vendrá mal, que se te está poniendo el culo gordo.

—A la que se le va a poner gordo es a Vero —se ríe Triana—, se pasa el día sentada en el despacho y no se mueve. Ya le he dicho que, como no haga un poco de ejercicio, pronto no podrá sentarse en la silla porque no le entrará el culo.

—Mira que eres burra, está sentada porque no tiene nada que hacer, pero cuando nuestro esfuerzo comience a dar sus frutos —enfatisa mientras coloca un folleto debajo del limpiaparabrisas de un coche—, no parará de moverse y la que se pondrá como una mesa serás tú.

—¿Yo? Pero si voy a trabajar con ella, ¿no te lo he dicho? Seré su ayudante —

explica Triana ofendida.

—¿Tú su ayudante? —a Loli se le escapa una carcajada fuerte que hace resoplar a su amiga—, pero si no tienes ni idea de cómo investigar nada.

—No hace falta, ella me dirá lo que tengo que hacer y yo lo haré, nos tendrías que haber visto en casa de Amparo, formamos un equipo formidable y te aseguro que, sin mi ayuda, Vero no habría resuelto el caso —se pavonea con orgullo.

—Eso no era un caso, Triana —a Loli le cuesta contener la risa—, se trataba de coger a una serpiente, es normal que Vero no tuviera ni idea de cómo hacerlo, pero en casos de verdad, de los que investiga un detective privado, la que no sabrá hacer nada serás tú.

—Eso ya lo veremos —dice ahuecándose la camiseta de tirantes para que le entre un poco de aire—, yo aprendo muy rápido. Joder, qué calor hace, esto no está pagado con nada.

—Eso digo yo, vais a tener que invitarme a muchas cervezas —dice Loli tan sofocada como su amiga.

—Yo debería cobrar más que Vero, ella está sentadita en casa con el aire acondicionado y mírame a mí, aquí con este solazo que acabará conmigo.

—De tu parte, quiero la mitad —suelta Loli.

—Una barbacoa de las buenas y vas que te estrellas, abusona.

—Me sirve —dice Loli mientras llegan a la siguiente calle—, a ver si le entra trabajo pronto, que esto es más aburrido de lo que pensaba.

Triana suspira y mira al cielo, no hay ni una sola nube que pueda protegerlas y calcula que les quedan al menos dos horas antes de terminar, solo espera no desmayarse antes.

CAPÍTULO 3

Verónica está en el despacho sin saber qué hacer, ya ha quitado el polvo de todas las estanterías y la mesa y buscado en internet todos los sitios donde le puede resultar interesante anunciarse.

Ha calculado el presupuesto, tampoco pueden pasarse y ha elegido un par de revistas publicitarias de la zona y un cartel luminoso situado en la plaza del pueblo. Con eso y la publicidad que Triana y Loli están repartiendo, si no les entra ningún caso en el próximo mes, más vale que se plantee buscar otra alternativa como repartir paquetes de Amazon por la provincia.

Agobiada, se recuesta en la silla y mira hacia las dos estanterías que hay en el despacho. En la primera, están todas las carpetas de los casos en los que trabajó mientras vivía en Barcelona. La segunda espera llenarla con los casos en los que trabaje desde que se ha mudado a vivir con Triana, por ahora solo hay uno —el caso Alicante— y no solo no lo considera un caso como tal porque, en su opinión, no tiene nada que ver con su trabajo, sino que le provoca escalofríos cada vez que lo recuerda.

Su móvil vibra con una notificación y cuando la abre se encuentra con una foto de Triana y Loli después de haber metido la cabeza debajo de una fuente. Verónica se ríe y mira por la ventana, supone que ya deben estar por encima de los treinta grados a pesar de que son solo las once de la mañana, y siente compasión por Triana, sabe que se esfuerza y se lo agradece, así que le envía un corazón y le dice que la echa de menos. Está dejando el móvil sobre la mesa cuando el teléfono del despacho comienza a sonar.

A Verónica se le acelera mucho el corazón y carraspea para aclararse la voz antes de descolgar.

—Detective Bas —dice tratando de sonar lo más profesional posible.

—Buenos días —contesta una mujer que Verónica calcula que será de mediana edad—. Mire, tengo un pequeño problema y quería contratarla para que me ayude —dice la mujer.

A Verónica se le ensancha una sonrisa amplia y tiene ganas de saltar y chillar de alegría, pero aguanta el tipo como puede, ya lo celebrará con Triana cuando vuelva.

—Claro, por supuesto, ¿de qué se trata?

—Verá, es algo muy urgente, mi hijo de diez años ha tirado un objeto dentro del pozo y necesito recuperarlo hoy mismo.

Verónica se queda en silencio, descolocada y sin estar segura de haber entendido bien lo que le ha dicho.

—Disculpe, pero ¿ha dicho dentro de un pozo? —pregunta notando como un repentino mal humor se instala dentro de ella.

—Sí, en un pozo —confirma la mujer.

—¿Un pozo de verdad? ¿De los que tienen agua?

—Sí, claro, el que tenemos en el patio —señala con obviedad la mujer.

—¿Cómo se llama usted, señora? —pregunta Verónica haciendo una respiración profunda y lenta para calmarse.

—Isabel, Isabel Molina.

—Muy bien, Isabel. A ver si la he entendido, me ha dicho usted que su hijo de diez años ha tirado algo dentro de su pozo y usted lo quiere recuperar. ¿Es eso?

—Sí, exacto, eso mismo.

—¿Y cómo pretende que haga yo eso? —pregunta sin esconder su desagrado.

—Pues, mujer, bajando a por él, por supuesto.

—¿Quiere que me meta en su pozo para coger lo que su hijo ha tirado? —pregunta perpleja.

—Sí, justo eso.

—Señora, yo no me dedico a eso. Mi trabajo es investigar cosas, si su hijo ha tirado algo por el pozo, avise a los bomberos —dice ofendida—, que tenga un buen día.

—Espere, no me cuelgue —suplica la mujer en voz tan alta que Verónica la escucha cuando estaba a punto de dejar el auricular sobre la base—. Los bomberos solo acuden en caso de que se trate de animales o personas, no van a venir porque mi hijo haya hecho una travesura.

—Ni yo tampoco, Isabel —contesta Verónica—, ni siquiera sé cómo bajar a un pozo, además, seguro que es peligroso.

—Qué va, si casi no tiene agua. Venga a verlo, seguro que se le ocurre una manera.

—Ya le he dicho que yo no me dedico a eso. Pídaselo a su marido o a algún vecino.

—Mi marido está fuera trabajando y no vuelve hasta el fin de semana, y el único vecino con el que tengo confianza pesa más de cien kilos, si se mete por ahí, seguro que no podrá salir. Además, no sé por qué le da tanto reparo, me parece mucho peor lo que le pasó a Amparo con la serpiente y bien que fue usted a por ella y la sacó de su casa como una heroína —dice haciéndole la pelota.

Verónica se queda alucinada, el caso Alicante no solo le provocó pánico, sino que va a ser el causante de que en ese pueblo se piensen que pueden llamarla para cualquier cosa extraña que les pase.

—Por favor, solo le pido que venga a verlo —insiste Isabel—, le pagaré lo que me pida.

La detective se queda en silencio durante varios segundos en los que la mujer permanece expectante. Verónica decide no pensar en la barbaridad que le están pidiendo y centrarse en el dinero, no pueden permitirse rechazar entradas de efectivo por muy descabellado que sea el caso del que procede.

—Está bien, deme la dirección. Lo hablaré con mi socia y nos pasaremos a ver el pozo, pero no le prometo nada.

—Claro, claro —dice Isabel a punto de aplaudir—, tome nota.

—Una cosa más, Isabel —dice Verónica cuando termina de anotar la dirección—. ¿Qué es lo que ha tirado su hijo por el pozo? Porque si es algo de peso, se habrá hundido y la corriente subterránea se lo habrá llevado.

—Ah, no, no pesa nada, no se preocupe, está flotando, por eso la he llamado.

—¿Y no me va a decir qué es?

—Es un objeto de mucho valor personal para nosotros y prefiero no mencionarlo por teléfono.

Verónica intenta imaginar algo de valor que no pese lo suficiente como para hundirse, pero no se le ocurre nada.

—Está bien. La veré más tarde.

—Muchísimas gracias —dice Isabel.

En cuanto cuelga, Verónica coge su móvil y marca el número de Triana.

—Dime, preciosa —contesta Triana medio asfixiada.

—Deja de repartir publicidad y vuelve a casa, amor —le pide Vero en tono imperativo.

—A ver, nena —dice Triana sorprendida—, yo encantada porque nos estamos deshidratando, pero todavía nos falta la mitad por repartir, ¿por qué quieres que volvamos?

—Porque la gente de este pueblo se ha vuelto loca.

CAPÍTULO 4

—¿Seguro que no quieres entrar con lo chafardera que eres? —le pregunta Triana a Loli en la puerta de su casa.

—Yo no soy chafardera, bueno, un poco sí —reconoce con una sonrisa malvada—, pero estoy pegajosa y lo que quiero es darme una ducha antes de comenzar a hacer la comida. Después te llamo y me lo cuentas, o nos vamos a última hora de la tarde a la terraza de siempre y me invitáis a unas cervezas y unas tapas. Sí, eso mucho mejor —concluye mientras asiente y se dirige hacia su puerta.

—Qué morro tienes —dice Triana sacando las llaves de su casa.

—Morro el tuyo, que me has tenido repartiendo publicidad bajo el sol por la cara.

—Por la cara, no, que ya te lo vas a cobrar, so perra. Hablamos después.

Triana no necesita meter la llave en la cerradura, porque Verónica ha escuchado las voces desde el interior y ha salido del despacho para abrir la puerta.

—Hola —Triana le da un beso en los labios.

—Buff, qué mal hueles —dice Vero arrugando la nariz.

—Alguien tiene que hacer el trabajo duro en esta casa —protesta Triana y se quita la camiseta de camino hacia el baño—. ¿Me traes unas bragas? Voy a ducharme.

—¿No quieres saber por qué te he llamado? —pregunta Vero perpleja, no es que se considere una cotilla, pero si a ella Triana le hace una llamada como la que le ha hecho ella, la estaría interrogando desde el momento en que ha entrado por la puerta.

—Claro, pero también quiero oler bien, me lo puedes contar en el baño —contesta Triana.

Vero se ríe y va a la habitación, donde le coge ropa limpia para después ir hasta el baño, bajar la tapa del inodoro y sentarse en ella mientras Triana está en la ducha.

—Pues ha llamado una mujer para contratarnos —comienza a explicar.

Triana abre la mampara y se asoma con el pelo chorreando.

—¿De verdad? Eso es una noticia estupenda —dice sonriente—. ¿De qué se trata?

—Eso es lo malo, te vas a quedar muerta —rezonga Vero.

Triana vuelve a asomarse, esta vez intrigada.

—¿Por qué?

—Quiere que nos metamos en un pozo.

A Triana los ojos se le abren de par en par.

—¿En un pozo? ¿De qué hablas, Vero? ¿Qué clase de caso es ese? —pregunta Triana tan descolocada como se ha quedado la detective cuando ha recibido la llamada.

Esa reacción sirve de detonante para que Verónica explote y comience a explicarle —entre ofendida y escandalizada— todos los detalles de la conversación que ha tenido con Isabel sin apenas hacer una pausa para respirar.

—¿Tú conoces a esa mujer? Debe ser una loca —dice para terminar, mientras

aprovecha y recupera el resuello.

—No me suena ninguna Isabel —responde Triana, que acaba de salir de la ducha y se está secando el cuerpo con la toalla.

—Al final se ha puesto tan pesada que le he dicho que pasaríamos a ver el pozo, pero no pienso ir —dice y se cruza de brazos, está tan ofendida con los hechos que de pronto ya no le importa el dinero.

—¿Por qué?

La pregunta de Triana la deja clavada en el sitio.

—¿Cómo que por qué? ¿Tú has escuchado lo que te he contado o se te ha metido agua en los oídos y te has quedado sorda?

—Oye, relájate —dice Triana divertida—, que se te está inflando esa venita de la sien izquierda y te podría explotar.

—Perdona —se disculpa Vero—, es que no entiendo a qué viene tu pregunta.

—Pues a que no perdemos nada por ir a echar un vistazo, nena, es solo un pozo, nosotras tenemos uno en el patio, ¿lo recuerdas?

—Sí, claro que lo recuerdo, y nunca se me ocurriría meterme dentro por muy valioso que fuera lo que se me ha caído.

—No es difícil entrar, si es ancho como el nuestro se puede bajar haciendo oposición con la espalda y los pies.

—¿Qué? —pregunta Vero sin tener ni idea de lo que le dice.

—Da igual, ven, vamos a mirar el nuestro.

Triana no le da opción a protestar, se pone las chanclas, la coge de la mano y tira de ella hacia el patio.

Verónica mira el pozo casi con el mismo terror con el que miraba a la serpiente en casa de Amparo.

—Vamos a quitar la tapa —dice Triana y levanta la madera que cubre el agujero.

Las dos se asoman al interior, su pozo tiene una anchura considerable y una profundidad que ambas desconocen, pero Triana, la vez que lo vio más vacío, calculó que al menos se hundía siete metros sin llegar a la corriente subterránea, ahora tienen agua a tres metros de profundidad.

—Dios, qué miedo —dice Vero—, a saber la de bichos que hay ahí.

—¿Qué bichos? —pregunta Triana confusa—. Esta agua está limpiísima, amor.

—Ya, claro.

—Qué sí, ¿no ves que ahí abajo no hay luz? Si no hay luz, no hay vida.

Verónica no puede discutir un dato que desconoce, pero después lo buscará en internet porque no se fía mucho de Triana, sabe que dirá cualquier cosa para convencerla.

—¿Qué es eso de la oposición que has dicho antes? —pregunta Vero.

—Es algo que se utiliza mucho en espeleología —Triana pone cara de interesante, Vero de impaciencia—, vale, vale. Se trata de apoyar el culo, la espalda y las palmas de las manos en un lado de la pared y los pies en la de enfrente, siempre que la distancia lo permita, por supuesto. De ese modo puedes aguantarte de una manera sorprendente y subir y bajar entre paredes estrechas o desplazarte lateralmente, yo lo hice una vez en una cueva de Cantabria.

—¿Estás diciendo que bajemos así?

—Yo solo expongo opciones, Vero, ¿por qué no dejas de quejarte y vamos a ver el pozo de esa tal Isabel? Lo estudiamos bien. Si lo vemos factible y seguro, bajamos a por

lo que sea que ese niño diabólico ha tirado dentro, y si no, pues nos volvemos a casa y nos tomamos una cerveza fresquita en la sombra antes de comer, eso sí, el desplazamiento se lo cobramos, que salir con estos calores tiene que estar recompensado.

Vero la mira estudiando su expresión, Triana fue la que la convenció de que la serpiente de la casa de Amparo no mediría más de un palmo y se encontraron con una Alicante de casi un metro. Triana es muy exagerada para unas cosas y tiene tendencia a minimizar otras como esta, no puede permitirse correr riesgos.

—¿Me lo prometes? —pregunta entornando los ojos.

—¿Prometer qué? —Triana se ha perdido.

—Que si es peligroso no insistirás en que aceptemos, que tú por dinero haces lo que sea.

—Menos prostituirme —aclarar Triana—, aunque si me hacen una buena oferta...

Verónica se ríe por el comentario y las dos vuelven al interior de su casa dispuestas a ir a la de Isabel.

CAPÍTULO 5

—A ver, dime dónde vive nuestra amiga Isabel —dice Triana en cuanto salen a la calle.

Verónica saca el papel donde ha apuntado la dirección y la lee en voz alta.

—Anda —exclama Triana sonriente—, si esa calle se cruza con la de Amparo. Seguro que son amigas —dice haciendo una mueca tonta.

—O es la zona maldita —farfulla Verónica—, no deberíamos acercarnos.

—Al contrario, es la zona de la suerte, la nuestra —especifica divertida—, que de ahí vienen los billetes —dice y pone el coche en marcha.

—Espero no tener que saltar por encima de la valla para entrar —ironiza Verónica cuando llaman al timbre diez minutos después.

En este caso, la puerta se abre de inmediato y una mujer elegante y arreglada como si tuviese una comida importante, las recibe con gesto impaciente.

—Soy la detective Bas —se presenta Verónica—, y ella es mi ayudante, Triana.

—Para servirla —dice Triana muy dispuesta mientras se da aire con la mano.

—Ah, qué bien que hayan venido, pasen, pasen —Isabel se hace a un lado y las dos mujeres entran.

Triana frunce el ceño de inmediato y mira a Vero, pero ella no entiende qué es lo que le pasa hasta que abre la boca.

—Qué calor hace aquí, ¿no tiene el aire puesto, señora? —pregunta Triana, que lo está viendo en una de las paredes del comedor y no entiende qué hace apagado.

—No, tengo al pequeñín malo por culpa de ese trasto.

En ese momento, aparece un niño de unos diez años por una de las puertas, lo hace de sopetón, vestido solo con un pantalón corto mientras sostiene una metralleta de las que disparan dardos.

—¡Intrusas! —grita, y antes de que su madre pueda abrir la boca, dispara y le da a Triana en toda la frente.

—¡Ostras! —dice Vero entre sorprendida por la puntería del niño y divertida por la cara de circunstancias de Triana, que se ha quedado inmóvil.

—La leche, si tengo la boca abierta me lo mete dentro —murmura Triana.

—¡Dylan! —grita Isabel roja de vergüenza—. Pide perdón y deja ese cacharro ahora mismo.

Dylan, que a Triana le parece la misma reencarnación del diablo, sonríe de manera maquiavélica mientras niega con la cabeza antes de salir corriendo por la puerta del patio.

—Maldita la hora en la que su padre le regaló esa cosa —masculla la madre.

—¿Ha pensado en apuntarlo a tiro al plato? —dice Triana—, con esa puntería, en un par de años será campeón olímpico.

Vero le da un codazo para que se calle y deje de ironizar. Isabel le está dando pena, no se quiere imaginar cómo debe sentirse siendo madre de un niño como ese.

—Lo siento —se disculpa Isabel—, nos mudamos a este pueblo hace poco y todavía no tiene amigos. Se pasa el día haciendo trastadas para protestar, no le gusta estar aquí.

—No se preocupe, se acostumbrará, aquí hay mucho campo —dice Triana.

—¿Vemos ese pozo? —decide intervenir Vero para que Triana deje de hablar del niño como si fuera un salvaje.

—Sí, claro, por aquí.

Isabel tiene una mosquitera exactamente igual que la que tiene Amparo y, cuando Verónica la cruza, no puede evitar mirar hacia el suelo con repelús, esperando encontrar otra Alicante intentando entrar en la casa.

—Ahí lo tienen.

Isabel señala el pozo en el mismo momento en que se escucha llorar a otro niño en el interior de la casa. Triana se gira horrorizada, incapaz de contener sus pensamientos.

—¿Tiene otro? —pregunta con cara de espanto.

—Sí, ese es el pequeño, tiene tres años y ha cogido un buen resfriado. Si me disculpan un momento, voy a ver qué le pasa. ¡Dylan, pórtate bien! —le grita al de la metralleta de dardos, que está al fondo del patio haciendo puntería contra una diana que ha dibujado en el tronco de un olivo.

—Madre mía, qué estrés, solo con ese yo ya me habría vuelto loca —dice Triana señalando a Dylan.

—Por eso es mejor tener mascotas —suelta Vero en un ataque de sinceridad. Ella suele ser más correcta, pero Dylan la inquieta mucho.

—¿Ahora sí que quieres que tengamos una mascota? —pregunta Triana acercándose al pozo.

—No he dicho eso.

—Pero un gatito nos iría muy bien, nena —vuelve a intentarlo Triana—, si Amparo hubiera tenido uno, seguro que esa serpiente no se le hubiera metido en casa.

—¿Puedes no hablar de una serpiente cuando vamos a abrir la tapa del pozo? —se queja Vero.

—¿Crees que va a salir una en cuanto la levantemos? —se burla Triana.

—¿A que me largo?

—Vale, vale, ya me callo. Tú coge de ese lado y yo de este.

—Este pozo es más grande que el nuestro —comenta Verónica colocándose en el lado opuesto.

—Sí, ya me he dado cuenta. Venga, a la de tres. Una, dos y tres.

Al igual que en su pozo, levantan la tapa con poco esfuerzo, pero se encuentran con que se les queda bloqueada cuando apenas la han alzado diez centímetros.

—¿Por qué no se abre? —pregunta Triana a la vez que hace fuerza hasta ponerse roja, aunque a pesar de su esfuerzo la tapa no se mueve ni un centímetro de más.

—Para, para —dice Verónica.

Ella es de la opinión de que más vale la maña que la fuerza, por eso se ha agachado para ver si hay algo que obstruya la salida de la tapa y se ha dado cuenta de que está encadenada a la pared del pozo y sujeta con un candado.

—Está bloqueada con un candado por este lado —explica y le hace una señal a

Triana, que también se agacha para comprobar el suyo.

—Anda, por aquí también.

—Perdón, perdón —aparece de repente Isabel con una llave en la mano—. Mi marido lo puso cuando nos mudamos aquí, nos daba miedo que Dylan hiciera una de las tuyas y acabase dentro. Lo malo es que la cadena da algo de juego, el suficiente para que haya tirado lo que para mí es lo más preciado ahora mismo —explica mientras abre los candados—. Cuando vuelva, tengo que decirle que busque otra manera de cerrar esto para que no se levante ni un centímetro.

—Eso es fácil, se va usted al campo, se trae cuatro pedruscos de esos que pesan quince kilos y ya le digo yo que su hijo no vuelve a levantar la tapa —dice Triana mientras asiente convencida, orgullosa de su idea.

Isabel la mira sin parpadear.

—Bueno, vamos a quitarla —dice Vero aguantándose la risa.

Las dos mujeres dejan la tapa en el suelo y se asoman al pozo. Verónica siente un escalofrío, más o menos está igual de lleno que el suyo, solo que a este, ahora mismo el sol le da de lleno y le parece que la profundidad es infinita y oscura. De inmediato, las dos se fijan en algo blanquecino un poco más pequeño que una pelota de fútbol que flota pegado a la pared.

—¿Qué es eso? —pregunta Vero con cara de asco.

Triana clava la mirada y cabecea.

—Parece una rata muerta —comenta mirándolo desde diferentes ángulos.

—No es una rata, es Papaya, el osito de peluche de mi hijo pequeño.

—Ah —dice Triana.

—¿Y dónde está ese objeto de valor que dice que ha tirado Dylan? —pregunta Vero—, yo no veo nada más.

—Ese es el objeto —declara Isabel y las dos mujeres se giran y le clavan la mirada.

—¿Me toma el pelo? —pregunta Vero irritada.

—Para nada, es su peluche favorito.

—Pues vaya a la tienda y le compra otro —espeta Triana.

—No puedo, lo tiene desde que era pequeño y no se duerme sin él. Ustedes no lo entienden, si no recupero ese peluche, me espera una larga noche de insomnio. Una vez nos fuimos un fin de semana a casa de mi hermana y nos lo dejamos en casa, nos tuvimos que volver a las tres de la mañana porque era imposible dormir, no dejaba de llorar llamando a Papaya —explica agobiada como si estuviera narrando un hecho traumático—, está muy apegado a ese muñeco... ¡Y su hermano lo ha tirado al pozo! —exclama mirando a Dylan en un repentino ataque de histeria—. Vas a estar castigado toda la semana —le dice y lo señala, a Dylan le entra por un oído y le sale por el otro.

—Vale, relájese, Isabel —dice Triana sintiendo compasión por la mujer, no quiere ni imaginarse lo que debe ser aguantar a Dylan por el día y al pequeño llorando por la noche. A ella le explotaría la cabeza.

—¿Lo van a recuperar? —pregunta la mujer con tono suplicante.

Triana y Verónica se miran.

—¿Nos da un minuto para que lo estudiemos? —le pide Triana a Isabel.

—Sí, por supuesto, voy a ver si el pequeño quiere comer mientras tanto.

Isabel desaparece de su vista y Triana se mete debajo del tejado voladizo que sobresale de un trastero que hay cerca del pozo. Necesita cubrirse del sol.

—Madre mía, si me echas un huevo en el brazo seguro que se fríe —dice tocándose la piel con la mano.

—Qué dramática —dice Vero, pero también busca refugio en la sombra.

—Vale, yo creo que es muy fácil —dice Triana y a Verónica le cambia la cara.

—¿Fácil?

—Sí, cogemos una cuerda, le atamos un alambre con forma de gancho y pescamos a Papaya.

—Ah —a Vero se le ensancha una sonrisa, todo lo que no implique tener que meterse en el pozo, le gusta—, ese plan es muy bueno.

—Lo sé —Triana se regodea inflada como un pavo—, ese es el plan A. Si falla pasaremos al plan B.

—¿Y cuál es el plan B? —Vero pregunta con inquietud, presiente que ese no le va a gustar.

—Bajar a buscarlo.

—Lo sabía —resopla—, y según tú, ¿cómo vamos a bajar? Porque no sé si te has dado cuenta, pero me parece que es demasiado ancho como para bajar en oposición como tú decías. A ti las piernas no te llegan de una pared a otra, y a mí me llegaría muy justo, si calculo mal, me voy para abajo.

—Sí, ya lo tengo en cuenta —dice Triana con una sonrisa que a Verónica le gusta muy poco.

—¿Y entonces?

—Pues te ato una cuerda a la cintura y te sujeto, eso te dará seguridad para llegar abajo —dice con convicción.

—¿Pretendes que baje yo? —pregunta Vero horrorizada.

—Pues claro, tú pesas menos y yo sé cómo manejar cuerdas, además tengo más fuerza que tú y te puedo sujetar —dice y hace músculo con el brazo, aunque en realidad apenas se le marca nada.

—Y una mierda, yo no bajo.

—No, no, claro que no, si seguro que con el gancho lo *averiguamos* y queda resuelto —le asegura Triana.

—¿Lo averiguamos? —repite Vero exasperada—. ¿Por qué los cordobeses utilizáis la palabra averiguar para todo?

Hasta antes de mudarse al pueblo, Verónica pensaba que esa palabra era una muletilla que utilizaba Triana por algún motivo que ella era incapaz de imaginarse, pero desde que está allí, se ha dado cuenta de que es una expresión que los cordobeses utilizan para cualquier cosa que hacen, resuelven o buscan.

—Averiguar, resolver... Lo mismo da, lo enganchamos y punto.

—Eso ya lo ha intentado mi madre y no ha funcionado —las dos se giran hacia la procedencia de la voz infantil y se encuentran a Dylan con su metralleta entre las manos y una sonrisa malvada mientras mira el pozo.

—Tú, calla, niño, que nadie te ha preguntado —espeta Triana, que no está dispuesta a que el mocoso espante a Vero y pierdan un dinero que le parece muy fácil de ganar.

Sin que se lo espere, Dylan le apunta con el arma y vuelve a dispararle, esta vez le da en un ojo antes de salir corriendo ante la mirada atónita de Vero, que acaba de perder el mal humor.

—¿Estás bien? —pregunta la detective aguantándose la risa.

Triana se frota el ojo con gesto dramático, aunque en realidad, no le molesta en absoluto.

—Ese niño es Satanás, nena, y la ha tomado conmigo, hemos de recuperar a Papaya cuanto antes para largarnos de aquí.

—Sí, vale —secunda Verónica—, voy a pedirle a Isabel la cuerda y el gancho que ha utilizado para intentar pescar a Papaya. Tú procura que no te dispare de nuevo.

CAPÍTULO 6

Isabel está ocupada dando de comer a su hijo más pequeño, así que Verónica, después de escuchar sus explicaciones, se dirige hacia la repisa de la ventana de la cocina y allí encuentra la cuerda que la dueña de la casa ha utilizado para intentar recuperar el peluche.

—Este gancho es una porquería —dice Triana mientras lo examina—, es un alambre que no pesa, ni siquiera se hunde.

—No necesitamos que se hunda, solo que se enganche a Papaya por la ropa —dice esperanzada Vero, que se lo quita de las manos y se acerca al pozo.

Las dos miran hacia el fondo con inquietud; el peluche flota de manera tétrica junto a la pared, sobre un agua cuyo fondo es tan oscuro, que las dos ven sus siluetas reflejadas como en un espejo.

—Venga, Papaya, colabora un poco —sisea Vero al mismo tiempo que lanza la cuerda con el alambre y trata de engancharlo.

Tal y como había advertido Triana, el gancho no parece hundirse, pero tampoco pueden confirmarlo porque desde esa altura y con tan poca luz abajo, les cuesta mucho ver nada.

La detective hace varios intentos desesperados en los que mueve la cuerda de un lado a otro y va tirando hacia arriba con la esperanza de que en uno de ellos, el alambre se enganche al peluche, pero siempre fracasa.

—Pruébalo tú —le dice a Triana con gesto frustrado.

—Ya te he dicho que esto no sirve, lo mejor es bajar —suelta la cordobesa.

—¿Puedes intentarlo al menos? —insiste Vero comenzando a mosquearse.

Triana acepta la cuerda y se esfuerza todo lo que puede en rescatar a Papaya, pero todos los intentos son inútiles y la espalda le está ardiendo con el sol.

—Escucha, si bajas será un momento —le dice a la detective, todavía con el cuerpo inclinado sobre el pozo mientras la mira con la cabeza ladeada—. Esta cuerda es resistente, te la ato a la cintura y tú solo tienes que descender con cuidado, coges a Papaya y subes. Te aseguro que con esa técnica que te he explicado, el esfuerzo es mínimo, además, es muy divertido.

—Divertido para ti —bufa Vero.

Triana se incorpora y se acerca a ella mientras sube la cuerda para quitar el gancho.

—Venga, nena, serán diez minutos y le podemos sacar trescientos euros por el trabajo.

—Más doscientos por el plus de peligrosidad —dice Vero haciendo cálculos.

—Sí, por supuesto —la apoya Triana sonriente—, y si le parece caro, que baje ella a por el peluche ese tan horterá, o peor, que aguante el llanto del crío por la noche —añade con una sonrisa casi tan malvada como la de Dylan.

—¿Estás segura de que puedes aguantarme con la cuerda? —pregunta Verónica, que cada vez está más convencida.

—Pues claro, tú no te preocupes, que yo jamás permitiré que roces el agua.

Triana quita el alambre que hacía de gancho de la cuerda y lo deja todo sobre el borde del pozo para ir a hablar con Isabel, sin darle tiempo a Verónica de pensarlo más o arrepentirse de su decisión.

A Isabel la boca se le abre con espanto cuando escucha el precio, pero tras meditarlo unos segundos mientras mira a su hijo menor, finalmente acepta sin poner objeción alguna. Triana se pregunta cómo debe ser el llanto de ese niño y su capacidad pulmonar para que la madre esté dispuesta a pagar esa cantidad por recuperar un peluche que no debe costar más de diez euros.

—De acuerdo, ¿tiene alguna linterna de esas que se ponen en la cabeza? —pregunta Triana señalándose la frente—, así Vero tendrá más visión cuando esté abajo.

La detective la mira agradecida por tener en cuenta ese detalle en el que ella no había pensado y le sonríe.

—De esas no, pero tengo una para leer que se coloca alrededor del cuello como un collar y da mucha luz —explica Isabel poniéndose en pie—. ¿Sirve esa?

—Sí, por supuesto —contesta Triana—, cuanta más luz, mejor.

Isabel entra en su habitación y cuando sale les entrega la linterna, que Triana le coloca a Vero a modo de colgante.

—Fíjate, tiene una luz en cada extremo y la puedes mover hacia donde necesites —dice Triana sorprendida por el invento.

—Es una maravilla —interviene Isabel como si se llevase una comisión por venderla—, desde que la descubrí, puedo leer libros por la noche sin molestar a mi marido con la luz de la mesilla.

Triana asiente mientras piensa que ese puede ser un buen regalo para Vero, a la que le encanta leer libros en papel y no en formato electrónico.

—Bueno, vamos allá —dice la detective, que quiere acabar con el asunto cuanto antes.

Las dos salen al patio y lo primero que hace Triana, es localizar a Dylan para asegurarse de que lo tienen lejos, después coge la cuerda y ata un extremo bajo los brazos de Verónica.

—¿Estás cómoda? —pregunta mirándole el pecho.

—Todo lo cómoda que se puede estar con una cuerda sobre las tetas.

Triana sonríe y le da un beso en la mejilla.

—Venga, que después te haré un masaje de los que te gustan y prestaré especial atención a esta parte tan bonita de tu cuerpo.

A Triana se le van a salir los ojos y Vero la reprende.

—Céntrate, que si te pones cachonda no te funciona la cabeza y eres capaz de soltar la cuerda.

—Sí, vale, vale —Triana sonríe de manera perversa y carraspea.

Verónica pone los ojos en blanco y se sienta en la parte superior del pozo, colocándose al lado del agujero mientras se mentaliza de lo que va a hacer. Tras unos segundos, se coloca justo encima del agujero, situando el culo en el borde y las suelas de sus deportivas en el otro extremo.

—Pues vas a llegar mejor de lo previsto —dice Triana.

Verónica asiente, le había dado la impresión de que tendría que estirar las piernas al máximo para alcanzar el otro extremo, pero ahora se da cuenta de que se puede permitir tenerlas flexionadas, y eso le da mucha mayor estabilidad, y también seguridad en sí misma.

—Tú no mires hacia abajo —dice Triana—, ahora pon un pie en esa pared, después el otro y cuando te sientas segura, apoyas las palmas de las manos y el culo en este lado y comienzas a bajar.

La detective no puede evitar sentirse un poco nerviosa, pero por encima de eso, tiene otra sensación de emoción que la sorprende cuando se da cuenta de que, de repente, la idea de bajar utilizando esa técnica, le apetece y le parece divertida.

—Vale, voy a hacerlo —dice y mira a Triana con una sonrisa de satisfacción.

—Perfecto, amor —Triana le enciende la linterna, le da un beso en los labios y coloca las piernas en una posición que le permitan sujetar a Verónica con firmeza si lo necesita.

En realidad, las dos son conscientes de que, si Vero se resbala, Triana no podrá sujetarla y acabará dándose un chapuzón, pero ninguna lo dice porque están convencidas de que el plan va a funcionar sin contratiempos. Ambas se equivocan.

CAPÍTULO 7

Vero comienza a descender despacio, sorprendida porque, aunque jamás ha utilizado esa técnica, no le está costando bajar ni siente que se cansa. Lo que sí nota es el frío, conforme baja, el sol deja de darle y desde la profundidad del pozo percibe una gelidez que, por un lado agradece y por el otro, le produce una extraña sensación de inquietud.

—Esto está muy oscuro, Triana —dice cada vez más tensa.

—Para eso llevas la linterna, venga, que lo estás haciendo muy bien, ya llevas más de la mitad, un poco más y alcanzarás a Papaya y nos iremos de aquí con la semana arreglada.

Triana no puede verlo, pero Verónica sonríe mientras piensa en el dinero.

Cuanto más desciende, más húmeda está la pared del pozo y más miedo le entra de resbalar y caer. Se pone tensa y los músculos comienzan a dolerle, pero nada que no se resuelva después con uno de esos maravillosos masajes que Triana suele darle.

—Me falta muy poco —dice eufórica.

—Sí, ya te veo —Triana miente, desde esa altura, le cuesta distinguir la distancia entre la detective y el agua, pero dirá lo que haga falta para no poner nerviosa a Vero.

Verónica está a un palmo del agua, sin embargo, al bajar, no ha tenido en cuenta la posición del peluche y no llega con la mano.

—No puedo cogerlo —dice volviendo a pegar la mano a la pared, notando como el frío le está congelando las nalgas poco a poco.

—¿Cómo que no puedes? —pregunta Triana sin soltar la cuerda.

—No llego, me queda muy lejos.

Triana tensa la cuerda y se inclina sobre el agujero todo lo que puede para fijar la mirada. Tras unos segundos enfocando, logra ver el peluche muy cerca del pie derecho de la detective.

—Quita el pie y dale una patada hacia el lado, a ver si así lo acercas y puedes alcanzarlo —dice Triana escuchando el eco de su voz en las paredes.

—No pienso quitar el pie, si lo hago, seguro que pierdo el apoyo y me escurro.

—Tampoco pasaría nada, solo es agua y será un momento.

—Sí, claro —Vero suelta un bufido y por el tono, Triana sabe que la está enfadando—, si es tan fácil, ¿por qué no lo haces tú?

—Porque tú ya estás abajo —Triana tiene que contener las ganas de reírse, le encanta provocar a la detective—. Venga, amor, será un momento, tú inténtalo.

Verónica suelta un resoplido y no contesta, sabe que protestando no va a conseguir nada y empieza a sentirse muy incómoda ahí abajo. Engullida entre el cemento de ese agujero, apenas oye nada del exterior salvo cuando Triana le habla, hace frío y la oscuridad es casi total salvo que mire hacia arriba, donde puede ver un cielo completamente azul y despejado. De repente le entra el agobio, no sabe cuánta batería

tiene la linterna que tiene enroscada en el cuello y solo de pensar en que se le apague, le falta el aire.

—Venga, Vero —se dice así misma.

Con mucha inseguridad, comienza a tantear la pared moviendo el pie por ella, separándolo y volviéndolo a poner con rapidez para asegurarse de que, con uno solo, también puede sujetarse. Triana apenas puede apreciarlo desde arriba, pero la escucha jadear y prefiere no decir nada y esperar a que sea Vero la que se pronuncie.

La detective comienza a confiarse y por fin se decide a separar el pie derecho de la pared mientras ejerce una presión absoluta con el izquierdo, las palmas de las manos y la espalda en el otro lado, tanta, que los músculos cada vez le duelen más e incluso siente un ligero tembleque en la rodilla izquierda.

Con mucho cuidado y sin hacer movimientos bruscos, le da al peluche con la punta de su deportiva. Papaya se desplaza ligeramente, pero no lo suficiente como para que pueda cogerlo. Aun así, Verónica sonríe, sabe que con un par de toques más como ese, será suficiente, podrá agarrarlo y subir.

—Casi lo tengo, no aflojes la cuerda —dice nerviosa, notando que Triana da un ligero tirón que la hace sentir más segura.

—Tranquila, que yo no te suelto, antes me ahorco que dejarte caer.

En realidad, Triana no está haciendo ningún esfuerzo, Verónica se sostiene por sí misma y ella solo se limita a mantener la cuerda tensa para que la detective note que está ahí, pendiente de ella. Confiada y con las dos manos frente a la barriga sujetando la cuerda, Triana vuelve a inclinarse todo lo que puede para intentar ver los avances, pero en medio de esa concentración, le parece ver cómo algo se mueve muy rápido por su derecha. De manera inconsciente y en modo alerta, desvía la mirada lo justo para ver como una lagartija de tamaño muy considerable, corre por el borde del pozo y desaparece justo debajo de ella. Triana se pega tal susto al darse cuenta de que el bicho podría estar rozando su barriga, que se separa de un salto y solo se da cuenta de que ha soltado la cuerda cuando la ve escurrirse por el borde hacia el interior del pozo.

Vero tiene la mirada fija en Papaya y el brazo derecho completamente estirado porque está a punto de alcanzar el peluche con los dedos cuando nota que algo le cae encima. Es incapaz de discernir lo que es, solo nota que la roza por el cuello y por la cara y que parece no terminar nunca.

Su grito de espanto se escucha en medio pueblo. En lo primero que piensa Verónica es en la serpiente que vieron en casa de Amparo y la sola idea de que le haya caído una encima, la hace sacudirse de tal modo que, sin pensarlo dos veces y de manera completamente inconsciente, suelta manos y piernas para quitársela de encima y se va directa al agua.

Se hunde como una piedra y nota la gelidez del agua helarle los huesos. En cuanto saca la cabeza, escupe el agua que le ha entrado en la boca y grita como una histérica hasta que con una mano, roza lo que flota en el agua y se da cuenta de que es la cuerda.

—¡Nena, ¿estás bien?! —pregunta Triana con el corazón latiendo muy deprisa.

—Yo te mato —escupe Vero en medio de la oscuridad.

Mira hacia arriba sin dejar de mover brazos y piernas para mantenerse a flote mientras se pregunta por qué está todo tan oscuro, hasta que descubre que la linterna se ha apagado.

—¿Qué has hecho, Triana? —grita cada vez más nerviosa.

Triana tampoco sabe qué hacer, por un momento, se ha quedado bloqueada, sintiéndose muy absurda por dejar que la asuste una simple lagartija.

—Lo siento, amor, había una lagartija y pensaba que se me había subido encima.

—¿Y sueltas la cuerda por eso? Me estoy congelando, Triana, el agua está muy fría —dice sacudida por un escalofrío.

—Tú no te preocupes que esto lo *averiguo* yo enseguida. ¿No puedes apoyarte otra vez como estabas antes?

—¡Déjate de averiguaciones! —vocifera con la voz desgarrada.

—Vale, no lo averiguo, lo soluciono —se corrige Triana acojonada por el chillido.

Verónica quiere gritarle todo tipo de improperios, pero siente un miedo terrorífico cuando piensa en que está flotando en medio de esa agua sin saber lo que tiene debajo. Quiere salir cuanto antes, así que, en lugar de protestar y dejar que el frío le entumezca los músculos, decide intentar volver a ponerse en oposición. Lo intenta de todas las maneras, pero estar bajo el agua y tener que pelear por mantenerse a flote, no la ayuda y por más que se esfuerza, lo único que consigue es hundirse una vez tras otra.

—¡No puedo! —grita agobiada—, y me estoy helando. Como algún bicho me roce te juro que te mato, Triana.

—Me hago cargo —contesta mirando a un lado y a otro, encontrándose de repente a Dylan, que ha aparecido a su lado como un espectro—. Como me apuntes con eso te tiro el cacharro dentro del pozo —amenaza Triana señalándolo con el dedo.

—¿Igual que la has tirado a ella? —Dylan se ríe y deja la metralleta a un lado, ya tiene nueva distracción.

—Yo no la he tirado, niño, vete dentro con tu madre.

—No quiero —contesta y se sienta sobre un tronco, sin dejar de mirar a Triana.

—¡Triana! —el grito de Vero la devuelve a la realidad y decide ignorar a Dylan, tiene que concentrarse.

—Vale, hemos de recuperar la cuerda para que yo pueda sujetarte y así puedas volver a colocarte —piensa en voz alta.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Bajar a buscarla? Porque yo no puedo lanzarla y me estoy cansando de bracear. Como me ahogue, te juro que mi espíritu te visitará por las noches, te tiraré de los pies, te destaparé, encenderé las luces y las apagaré...

—Vale, vale, nena —la corta Triana acojonada de pensarlo—. Tú dame un segundo que esto lo soluciono yo en un pis pas.

—Un pis pas, tú todo lo solucionas y al final la pringada soy yo —escucha protestar a Vero, pero la ignora, su mirada se ha clavado en Dylan.

—Oye, niño, ¿tienes un flotador?

CAPÍTULO 8

Dylan le enseña una sonrisa de dientes mellados y asiente al mismo tiempo que extiende la mano con la palma hacia arriba. Triana abre los ojos como platos y parpadea sorprendida cuando ve que el niño no se mueve.

—No me jodas, ¿en serio?

Dylan asiente sin perder esa sonrisa con la que Triana está segura de que tendrá pesadillas. En cualquier otra ocasión, lo mandaría a freír espárragos, pero su única preocupación en ese momento es sacar a Verónica del pozo y no se puede permitir discutir con ese maleante. Se mete la mano en el bolsillo y aprieta la mandíbula con rabia cuando se da cuenta de que lo único que tiene es un billete de cinco euros y no alguna moneda suelta.

—Está bien, toma, Satanás —dice y se lo pone en la mano de mala gana—, ahora trae ese flotador de inmediato.

Dylan abre la boca sorprendido por la generosa propina, se la guarda en el bolsillo y sale corriendo.

—¿Cómo estás, Vero? —Triana vuelve a asomarse al pozo—. Enseguida te saco de ahí, de verdad, estoy solucionando el asunto —dice al mismo tiempo que se abanica con la mano.

El sol le está achicharrando la espalda, pero sabe que si se queja, Verónica se pondrá más histérica de lo que ya está.

—No soy un jodido asunto, Triana, soy tu mujer y estoy dentro de un pozo por tu culpa —ladra Vero desde abajo, agarrada con los dedos a una fisura de la pared para mantenerse a flote.

—¿Por mi culpa? Yo no te he tirado, has resbalado tú, amor.

—¡Has soltado la cuerda y me la has tirado en la cabeza! —grita fuera de sí, haciendo que su propio eco casi la deje sorda—. ¡Me has dado un susto de muerte, pensaba que era una serpiente!

A Triana se le escapa la risa imaginándola, pero se contiene y se mantiene todo lo seria que puede.

—No hay serpientes en los pozos, a lo mejor alguna rata.

A la detective se le tensan todos los músculos de golpe y siente un repentino ataque de asco que la hace chapotear de manera histérica. Triana abre mucho los ojos, consciente de lo inoportuno que ha sido su comentario, y trata de calmarla alzando la voz más que ella.

—Es una broma, nena, te juro que ahí abajo solo estás tú, bueno, y Papaya.

—Te voy a matar, Triana, te juro que cuando salga te estrangulo con mis propias manos —Vero tiene las pulsaciones disparadas, aunque debe reconocer que moverse tanto le ha venido bien para contrarrestar un poco el frío—. Esta agua debe estar a cinco

grados, voy a morir de hipotermia —dice tras sufrir un escalofrío.

En ese momento aparece Dylan.

—No seas exagerada, ya me gustaría a mí estar así de fresquita, que no sabes lo mal que lo estoy pasando aquí arriba con este calor espantoso.

—¡Quiero el divorcio! —grita Vero.

Triana no le hace mucho caso porque Dylan le entrega el flotador, desinflado.

—¿Qué mierda es esto, Belcebú? Inflalo.

—No —dice el niño con cara de circunstancias.

—Con lo que te he pagado es lo mínimo que puedes hacer, Lucifer.

—¿Quién es Lucifer? ¿Y Belcebú? —pregunta Dylan intrigado.

—¿Va todo bien?

Isabel por fin ha terminado de dar de comer a su hijo pequeño y ha salido al patio.

—Un pequeño contratiempo, señora —dice Triana señalando el pozo.

—¿Contratiempo? —repite Isabel con cara de susto.

—La otra se ha caído dentro —suelta Dylan con una sonrisa divertida.

Isabel corre hacia el borde del pozo y se asoma, comprobando horrorizada tras conseguir fijar la vista, que Verónica está en el agua.

—¡Dios mío! —exclama tapándose la boca mientras que Dylan no deja de reírse.

—No se preocupe, está todo controlado —dice Triana—. ¿Tiene algo para inflar esto más rápido que soplando a pleno pulmón? —pregunta mostrándole el flotador.

—Sí, claro, la bomba.

La dueña de la casa corre hacia el mismo trastero donde el pequeño Dylan ha estado buscando el flotador y, en cuestión de segundos, vuelve con una bomba de pie que coloca en el suelo. Triana enchufa la manguera en la boquilla del flotador y en menos de un minuto, lo tiene inflado.

—Perfecto —dice atravesando a Dylan con la mirada.

El niño la mira impasible, disfrutando del espectáculo que hay montado en el patio de su casa después de que él haya tirado el peluche de su hermano dentro del pozo. Su cabeza da muchas vueltas planeando su próxima gamberrada, sin duda está siendo un día muy divertido.

—Vero, ahí va un flotador, cógelo —dice Triana dejándolo caer—. Con eso no tendrás que esforzarte por mantenerte a flote, ahora voy a buscar la manera de recuperar la cuerda para sacarte de ahí.

A la detective el flotador le cae en la cabeza, pero esta vez no se queja, tiene frío y está muy agobiada. Desde hace un rato, su mente no deja de jugarle malas pasadas haciéndole pensar en que algún cocodrilo podría llegar hasta ella a través de las corrientes subterráneas y está cagada de miedo.

—Señora, ¿tiene más cuerdas por aquí? —le pregunta Triana a Isabel.

—No, esa era la única, pero puedo ir a casa del vecino y preguntarle —dice nerviosa—, si no, me puedo acercar al bazar del final de la calle, allí seguro que tienen.

—Pues vaya, vaya —la insta Triana.

—Tú no te muevas de aquí —le dice Isabel a Dylan—, y pórtate bien.

El niño asiente en silencio y Triana pone los ojos en blanco. Decide ignorarlo y se va hasta el trastero a ver si, mientras espera, encuentra algo que le sirva para lanzárselo a Vero y que esta pueda atar la cuerda para recuperarla y así sacarla por fin de ahí.

El trastero es grande y está muy desordenado, como si la familia metiera allí todos

los trastos que no saben dónde guardar, de cualquier manera. Triana abre las puertas de dos armarios, en ninguno ve nada que le resulte útil y suelta un bufido de desesperación hasta que de pronto recuerda la manguera que ha visto cerca del pozo.

Sale corriendo del trastero mientras se seca el sudor de la cara con la mano y, en efecto, la ve ahí, colgada perfectamente en el soporte.

—¡Ajá! —exclama victoriosa, tan fuerte, que la detective la escucha.

—¿Qué pasa? —pregunta Vero con la voz de ultratumba que le proporcionan las paredes del pozo.

—Ya sé cómo sacarte de ahí.

Vero tiene ganas de aplaudir durante un instante, pero le duran muy poco porque las ideas de Triana suelen ser muy disparatadas y no está segura de que lo que se le haya pasado por la cabeza vaya a funcionar.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta tensa—, por favor, intenta no caerte tú también.

Triana niega con la cabeza sin contestar, ni por un momento se le ha pasado por la cabeza nada que implique tener que meterse en el pozo ella también.

—Aquí hay una manguera —Triana ya la ha cogido y desconectado del grifo, no sin antes darse un manguerazo para refrescarse—. Al menos mide cinco metros, así que llega de sobra. Te la tiro con el extremo que tiene la pistola para echar agua y tú atas ahí la cuerda para que pueda subirla.

—¡Vale, sí! —Vero tiene los ojos muy abiertos, sorprendida porque la idea no solo es buena, sino que, no le parece peligrosa como todo lo que se le suele ocurrir a Triana.

—Pues allá voy.

Triana, sintiendo que el agua se le evapora del cuerpo y que pronto acabará cocida como un huevo, comienza a dejar caer la manguera con cuidado. Esta vez no piensa cagarla.

—Vale, ya la tengo —dice Vero desde abajo.

La detective, temblando de frío, pasa un brazo por al agujero del flotador para no hundirse y así tener las manos libres. Busca el extremo de la cuerda tirando de la parte que hay atada a su pecho para así encontrarlo, mientras lo hace, se da cuenta con angustia de que se ha formado un nudo. No le parece grave, pero, por si acaso, lo deshace por miedo a que eso complique su rescate. Cuando por fin tiene el extremo que Triana ha soltado, lo ata lo mejor que puede.

—¡Ya está!

—¿Lo has apretado bien? —pregunta Triana desde arriba.

—Pues no lo sé, porque tengo los dedos congelados y he perdido el tacto —se queja Vero.

A Triana le parece que exagera. Sabe que el agua del pozo está fría porque no le da el sol, pero tampoco cree que sea para tanto. Aun así, se calla lo que piensa para no llevarse otro grito histérico de la detective.

—Vale, pues la subo.

Triana comienza a tirar de la manguera poco a poco. Mientras lo va haciendo, llega Isabel con otra cuerda que le ha dejado el vecino.

—He improvisado —explica Triana mientras sigue subiendo la manguera.

—Ah, sí, perfecto —asiente Isabel—, cuanto antes la saque, mejor, que la pobre debe estar muy asustada, no me quiero imaginar lo que debe ser estar ahí abajo, con esa agua tan fría y los bichos que debe haber.

—¿Qué bichos?! —grita Vero, que la ha escuchado.

—Ninguno, amor, ya te he dicho que no hay nada. Señora, donde no hay luz, no hay vida, esa agua está limpiísima —le dice Triana fulminándola con la mirada.

—Ah, sí, sí. Eso es verdad.

Isabel se queda callada y Triana por fin recupera la cuerda.

—Vale, la tengo —dice emocionada.

La desata de la manguera y la tensa hasta que Vero se nota bien sujeta. Ahora viene lo difícil, subir.

CAPÍTULO 9

—Vale, ahora tienes que colocarte como antes, en oposición, y comenzar a subir. No te preocupes que esta vez ya puede pasarme un lagarto por al lado que no suelto la cuerda —dice Triana.

—¿Te importa no hablar de reptiles mientras yo siga aquí abajo? —le pide Vero.

—Sí, claro, nena, perdona.

—¿Sois pareja? —la pregunta indiscreta de Isabel, hace que Triana gire la cabeza con un movimiento tan rápido que Dylan se sobresalta.

—Sí.

Triana no da más explicaciones, pero sigue mirando a Isabel, que baja la cabeza abochornada cuando comprende que se ha pasado.

—¿Puedes tensar más la cuerda? —pregunta Vero, a la que le cuesta colocarse en oposición sin ayuda.

Triana tira y hace fuerza hasta que la detective le dice que es suficiente. La tensión que ejerce con la cuerda le mantiene los hombros fuera del agua y le permite pegar la espalda a la pared con facilidad. Verónica estira una pierna hasta que logra colocarla en el otro extremo y hacer presión. Sonríe, solo ha de colocar la otra y podrá comenzar a subir.

—No te olvides de Papaya —dice Triana de repente.

Vero se queda inmóvil.

—Mierda —sisea y tantea el agua hasta que da con él y se lo coloca sobre los muslos.

—Y del flotador —añade Dylan muy indignado.

Las dos lo ignoran. Una vez preparada, Vero avisa a Triana para que mantenga la tensión de la cuerda y comienza a subir, pero no ha dado ni dos pasos cuando se da cuenta de que cada vez que mueve las piernas, Papaya se tambalea sobre ellas y es cuestión de tiempo que acabe cayendo al agua.

—No tires —le dice a Triana.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—El puto peluche, se me va a caer —dice con fastidio—. Te juro que voy a odiar estos muñecos para siempre.

—¿Por qué se te va a caer? —Triana se asoma sin comprender el problema.

—Porque lo tengo sobre las piernas y cuando las muevo, va de un lado a otro.

—Aaah —Triana comprende—, pues eso es un problema.

—¡No me digas!

—¿Y si lo coges con los dientes?

—Mira, Triana, cuando suba más vale que salgas corriendo porque te juro que te tiro aquí dentro para que sepas lo que es. No pienso morder ese peluche mojado que a

saber la de bacterias que tiene.

—Pues métetelo debajo de la camiseta...

—¿Y que me salga un sarpullido? —protesta Verónica asqueada.

—Pero no podemos dejarlo ahí, Vero —dice Triana pensando en los quinientos euros.

—Pues claro que no —la detective también piensa en el dinero e inmediatamente traza un plan—. Afloja la cuerda, voy a dejarme caer.

—¿Lo dices en serio? —pregunta Triana perpleja.

—Claro.

—Nena, creo que eres un poco bipolar —Triana afloja la tensión y escucha el chapoteo del cuerpo de su mujer en el agua.

—Joder, qué fría —lamenta Vero con un castaño de dientes.

Mientras patatea como un perro para no hundirse, logra sacarse la cuerda que tiene alrededor del pecho sin deshacer el nudo deslizante que hizo Triana, básicamente porque ella no sabe hacerlo. Se agarra al flotador apoyando la parte interior de un brazo y cierra el nudo alrededor del peluche sin poder creerse que esté dando prioridad a la salida de semejante espanto antes que a la suya propia.

—¡Vale, súbelo! —grita satisfecha.

—¿Qué tengo que subir? —Triana no entiende nada.

—A Papaya, y date prisa que ya no me siento los dedos de los pies.

Triana comienza a tirar de la cuerda como si le fuera la vida en ello y en cuestión de segundos, Papaya aparece por la boca del pozo.

—¡Ay, Dios mío! —Isabel se pone las manos en la cara y da dos saltos encantada de la vida, como si recuperar al peluche fuese un asunto de vida o muerte para ella.

—Espero que lo vigile mejor a partir de ahora, porque este espanto cuesta un dineral —dice Triana desatándolo de la cuerda.

—No lo perderé de vista —asegura Isabel sin apenas mirarla, cogiendo a Papaya para escurrido e inmediatamente irse al tendedero para ponerlo a secar.

Triana pone los ojos en blanco y vuelve a hacer bajar la cuerda por el pozo, esta vez con cuidado de no asustar a Vero.

—Ahí va, amor.

La detective ni siquiera se molesta en mirar hacia arriba, cada vez que lo hace solo puede distinguir la silueta de Triana porque el sol la ciega, así que no espera ver la cuerda y solo mira la pared frente a ella hasta que por fin aparece. Agotada, vuelve a mover los pies con rapidez para no hundirse y se pasa el nudo por el cuerpo hasta que coloca la cuerda alrededor de su pecho como la tenía antes.

—Vale, ya puedes tensarla.

Triana hace lo que le pide y, muy despacio, comienza a subir del mismo modo que ha bajado.

—Señora, ¿nos puede prestar una toalla? —pregunta Triana sin perder de vista a su mujer.

—Sí, por supuesto, faltaría más.

Isabel, muy solícita, se encamina hacia la entrada trasera de la casa.

—Y de paso puede ir preparando el dinero y lo dejamos todo *averiguao* —añade Triana.

La dueña de la casa se detiene y se gira.

—Sí, por supuesto, quinientos, ¿verdad?

Verónica ya asoma la cabeza y apoya la palma de la mano en la base superior del pozo. Triana corre hasta ponerse detrás para cogerla por debajo de los brazos y ayudarla a salir.

—Quinientos cinco —dice e Isabel parpadea confundida—. He de recuperar los cinco euros que me ha robado el extorsionador de su hijo.

Dylan abre la boca sorprendido de que lo hayan delatado.

—¡Dylan! —su madre lo reprende, indignada y avergonzada, pero no sorprendida—. No se preocupe, yo se los doy, ya hablaré con él después.

Isabel corre a por la toalla y Triana abraza a Vero para ayudarla a entrar en calor.

—¿Y mi flotador? —pregunta Dylan cruzándose de brazos como un matón.

Triana sonríe y le señala el fondo del pozo.

—¿A qué jode que se deshagan de tus cosas?

—Triana... —la reprende Vero en un susurro—, es solo un crío.

—Y una mierda, eso es lo que parece, pero tiene a Satanás dentro.

Isabel aparece con la toalla y Triana envuelve a Verónica con ella. Por suerte, fuera hace tanto calor, que la detective no tarda mucho en recuperar su temperatura y sentirse bien.

—Aquí solo tengo doscientos en efectivo —dice Isabel con cuatro billetes de cincuenta en la mano—, si me dais un número, os hago un Bizum con el resto.

—Claro que sí —Triana enumera el de Vero de inmediato y, después de tapan el pozo, las dos se disponen a marcharse en cuanto Isabel les muestra la confirmación.

—Ha sido un placer, señora —dice Triana.

—El placer habrá sido para ti —bufa Vero en voz baja.

—Muchas gracias por todo, no sabéis el favor que me habéis hecho —dice Isabel, sorprendentemente agradecida a pesar del sablazo que acaban de pegarle.

—Para eso estamos —dice Triana—, que tenga suerte —añade mirando a Dylan.

CAPÍTULO 10

A Triana la despierta un ruido que al principio no identifica, pero ya no la deja seguir durmiendo. Abre los ojos y tantea hasta que encuentra la luz de la mesilla, son las siete y cuarto de la mañana y le parece tan temprano que solo puede bostezar y estirarse hasta que varias articulaciones del cuerpo le acaban crujiendo. Mira hacia el otro lado de la cama y descubre que está sola, aunque no se sorprende porque Verónica acostumbra a levantarse muy temprano. Entonces vuelve a escuchar el mismo ruido y esta vez sí que lo identifica sin ningún género de duda; es un estornudo de la detective, seguido de una protesta que hace que Triana se siente de golpe.

—Me cago en el pozo y en la que soltó la cuerda.

Triana aprieta los labios con una sonrisilla traviesa y se frota los ojos por si hay alguna legaña.

Mientras se despereza, escucha otro estornudo que sigue al anterior hasta convertirse en un ataque de varios seguidos en los que Triana se pregunta si Vero tendrá tiempo de respirar. Se levanta para ver cómo se encuentra y lo primero que ve son dos pañuelos de papel sobre la mesilla de noche. Encuentra otro en la mesa auxiliar del salón y, siguiendo el rastro de pañuelos, llega hasta la cocina, donde encuentra a la detective sentada a la mesa con el rollo de servilletas de papel delante y la nariz roja como un tomate.

—Madre mía, qué mala cara tienes —dice Triana atusándose un poco el pelo.

Verónica está pálida, tiene escalofríos y está segura de que también algunas décimas de fiebre.

—¿Y qué esperabas si me tuviste en esas aguas gélidas una hora? —bufa y pone morritos, en el fondo, solo quiere mimos.

Triana le da un beso en la frente y otro en la cabeza.

—Eres muy exagerada, estuviste como mucho veinte minutos. Te voy a hacer un café con leche caliente y te tomas un Paracetamol, que yo creo que tienes un poco de fiebre.

—No pienso hacerte caso nunca más —Vero se cruza de brazos de manera teatral.

—Yo no te obligué a bajar, lo hiciste porque querías los quinientos euros.

Triana sabe que jugar la carta del dinero le da ventaja. Vero la mira de reojo y se le escapa la risa.

—Pues odio este pueblo, solo nos encargan cosas raras.

—En eso no te voy a quitar la razón —dice Triana mientras mete la taza en el microondas—, pero mira el lado bueno, son cosas rápidas, un par de horas y nos llevamos lo de más de una semana.

—Me da igual, la pringada siempre soy yo.

—Y una leche, ¿quién tuvo que coger a la serpiente? —protesta Triana.

—Eso da igual, yo también estuve allí, expuesta a su mordisco.

—Pero si te subiste en la mesa a la mínima de cambio.

Triana saca la taza, la coloca delante de Vero y se sienta a su lado con un café solo.

—No voy a discutir, prométeme que no aceptaremos más casos así de extraños —dice Vero antes de sonarse los mocos—, o mejor todavía, prométeme que no tratarás de convencerme, que tú siempre me lías.

—¿Yo? —a Triana las cejas se le arquean y los ojos se le abren de forma exagerada.

—Sí, tú. Eres una embaucadora, me dices cuatro cosas y al final me acabas convenciendo de cualquier disparate. Deberías ser comercial, serías capaz de vender arena en el desierto, estoy segura.

Triana se ríe y se levanta a buscar un paquete de pañuelos y protector labial.

—Toma, deja de sonarte con esas servilletas o te arrancarás la piel —dice y le da un beso en la mejilla, después coge la barra de protector y le pone un poco por debajo de la nariz—, para que no se te pele ni te escueza.

Vero se deja mimar hasta que tiene que sonarse los mocos otra vez.

—Está muy bien que me cuides, de hecho, es lo mínimo que puedes hacer después de haberme tirado al pozo —exagera la detective—, pero no me ignores, prométeme que no insistirás cuando los tarados de este pueblo nos pidan algún disparate —le pide mirándola a los ojos.

—Está bien, te lo prometo, ahora vamos al sofá y te echas un poco a ver si se te pasa el malestar.

Triana esta vez le da un beso en los labios. Vero le sonrío y se levanta. Las dos caminan al salón y se sientan en el sofá. Triana ha sido sincera cuando ha hecho la promesa, está dispuesta a cumplirla y Vero lo sabe, lo que no sabe ninguna de las dos, es que muy pronto se encontrarán en medio de otra situación extravagante y que encima no cobrarán ni un euro por ella.

LA SOMBRA

CAPÍTULO 1

Triana está profundamente dormida cuando nota un cosquilleo muy agradable por la pelvis. Le recorre la cadera de manera muy suave y sube y baja por su abdomen aumentando ese placer que termina por despertarla. Todavía necesita unos segundos para entender lo que pasa. Al principio piensa que se trata de un sueño, que se encuentra en esa especie de estado de duermevela en el que no sabes si estás despierta o dormida, por lo que todo lo que sucede a tu alrededor, suele ser muy confuso y cuesta mucho distinguir lo que es real de lo que tu mente imagina.

El cosquilleo aumenta y con él la satisfacción. Triana, que estaba de lado dando la espalda a Vero, se gira y se queda bocarriba todavía un poco atolondrada, pero extasiada y encantada con lo que siente. Esa agradable corriente se desplaza por su cuerpo muy despacio, abandonando el zigzag que hace unos segundos sentía por el vientre para, finalmente, avanzar sobre su pubis hasta que se le escapa un suspiro de placer y sus ojos se abren de golpe.

Triana ladea la cabeza sobresaltada y trata de enfocar a Vero en medio de la oscuridad. Ahora tiene claro que todo ese hormigueo que notaba, son los dedos de su mujer, que la está acariciando en su zona más íntima. El corazón de Triana se acelera como nunca, porque se le mezcla la excitación del momento con la inquietud de no saber si su mujer es consciente de lo que hace o está dormida y su mano se mueve porque sueña.

—Ay, madre —jadea Triana, no solo porque la mano se acaba de colar por debajo de su ropa interior, también porque se le acaba de pasar por la cabeza la idea de que Vero pueda estar soñando con alguien que no sea ella, y eso la perturba.

La mira fijamente, tratando de percibir en su silueta alguna muestra de que está despierta, pero Vero no se mueve, lo único que mueve es esa mano que ahora está al completo entre sus piernas, llenándola de placer.

—Vero —dice suavemente—. ¿Estás despierta? —pregunta entre aterrorizada y excitada.

Silencio.

—¿Vero? —Triana comienza a tensarse mientras se pregunta si está bien dejar que la folle así, sin ser consciente de que lo está haciendo.

—Estoy muy cachonda, Triana, quítate los pantalones —suelta Vero de repente.

La sonrisa se ensancha en los labios de la cordobesa, aunque Vero no pueda verla.

—Sí, vale. Joder, qué alivio —dice obedeciendo de inmediato.

Es la primera vez que Vero la despierta en medio de la noche para tener sexo y, aunque estaba profundamente dormida, está deseando que lo repita más veces. Triana se deshace de su ropa y, tras un primer orgasmo, se ocupa de quitarle el pijama a Vero con las prisas de comérsela entera.

—¿Qué te ha pasado? ¿Soñabas algo? —pregunta Triana muerta de intriga, en plena faena.

Verónica suspira contra su boca y niega con la cabeza al mismo tiempo que hace botar los hombros.

—No lo sé —jadea—, solo sé que estoy muy caliente, así que deja las preguntas para luego.

—Sí, sí, preguntas después.

Triana se dedica en cuerpo y alma a satisfacerla en la que probablemente es la mejor sesión de sexo que han tenido. A las dos se les ha olvidado el sueño y ni siquiera saben la hora que es, pero tampoco les importa. Están en medio de un orgasmo conjunto cuando alguien intenta quemar el timbre de su casa llamando tres veces seguidas.

Las dos lo escuchan, pero ninguna se inmuta hasta que no terminan de correrse y el timbre vuelve a sonar, esta vez acompañado de unos cuantos golpes con la palma de la mano.

—¡Abrid! ¡Abrid de una vez! —grita alguien con voz desgarrada.

—¿Esa es Loli? —pregunta Vero sentándose a horcajadas sobre Triana.

—Sí, joder, parece que la persigue alguien —Triana se ha asustado y lanza la mano sobre la mesilla para encender la luz.

Ambas entornan los ojos al mismo tiempo. A pesar de llevar un buen rato despiertas y de que la bombilla emite una luz muy tenue, todavía necesitan unos segundos para acostumbrarse. Verónica sale de la cama y se cubre el cuerpo con un batín mientras que Triana enciende la pantalla del móvil para comprobar la hora.

—Joder, no son ni las seis de la mañana, algo ha debido pasarle —dice poniéndose nerviosa.

El timbre deja de sonar cuando Verónica iba a salir de la habitación para ir a abrirle. Por un instante, las dos se quedan quietas tratando de escuchar algo.

—¿Crees que es sonámbula y se le ha ido la olla? —pregunta Triana terminándose de poner un pantalón corto.

Verónica pone cara de circunstancias. Ella es muy cabal y en cualquier otro momento le diría a Triana que se deje de tonterías, pero está descolocada, por el sueño y por los orgasmos que acaba de tener, por lo que todavía no piensa con claridad.

—Pues no sé.

Las dos sueltan un grito y se suben en la cama de un salto cuando Loli, en lugar de aporrear la puerta de la entrada, decide aporrearles la persiana de la habitación.

—¡Que os despertéis! —grita histérica—. Es una emergencia.

—Joder con la loca —espeta Triana bajándose igual de rápido que ha subido—. ¡Ya va! —grita y corre hacia la entrada.

Vero todavía necesita unos segundos para que se le pase la cagalera que le ha entrado con el susto.

—¿Qué pasa? —pregunta Triana en cuanto abre la puerta.

Se encuentra a Loli en la acera, vestida con un pijama espantosamente feo y el pelo alborotado como si hubiera dormido con un gato.

—Necesito que me ayudéis, hay algo horrible en mi salón —dice con el rostro desencajado.

—¿Cómo de horrible? —pregunta Vero, que acaba de aparecer detrás de Triana.

—No lo sé, es muy grande y oscuro.

—¿Un negro? —Triana se rasca la cabeza, descolocada, y dice lo primero que se le ocurre.

—No es un negro, ¿qué te pasa? ¿Eres tonta? —bufa Loli y la coge de la mano para que cruce la calle hacia su casa.

Vero las sigue, pasmada.

—Espera, para —Triana se detiene en seco—. Si alguien se ha colado en tu casa, hay que llamar a la Guardia Civil y cruzar los dedos para que no te mareen como le hicieron a la señora de la serpiente.

—No es una persona, es una sombra —dice Loli.

—¿Una sombra? —Vero contiene unas repentinas ganas de reír—. ¿Llamamos a los cazafantasmas entonces?

—Una es tonta y la otra imbécil —masculla Loli irritada.

Estos días su marido tampoco está en casa y las únicas a las que puede recurrir para que la ayuden, son sus amigas, sin embargo, o ella no se explica o ellas son idiotas. Tras reflexionarlo unos segundos, se da cuenta de que se dan las dos circunstancias.

—Creo que ha entrado un águila en mi salón.

—¿Un águila? ¿Te has dejado la ventana abierta? Creía que tenías mosquiteras —piensa en voz alta Vero.

Triana suelta un exabrupto que acompaña de un resoplido.

—Aquí no hay águilas, nena, y conociendo a esta —señala a Loli—, seguro que ha visto un mosquito y se piensa que es un pájaro. Anda, vamos dentro a ver qué es eso tan terrorífico que te hace salir de casa a las cinco de la mañana —decide Triana señalando la puerta de Loli, que ha dejado abierta de par en par con la esperanza de que lo que sea que ha entrado, salga.

—Espera —Vero detiene a su mujer cogiéndola por el brazo.

—¿Qué?

—Quizá deberíamos tener más cuidado, que a ti te gusta mucho quitarle importancia a las cosas. ¿Qué es exactamente lo que ha pasado, Loli? —se centra Vero.

—Pues me he despertado porque me meaba viva —explica sin tapujos en medio de la calle—, he encendido la luz del salón para no matarme de camino al baño y cuando volvía a la habitación, me ha parecido que algo me sobrevolaba la cabeza. ¡Ay, qué asco! —grita de repente y se sacude todo el cuerpo, Triana y Vero también lo hacen, contagiadas de su repelús.

—No vuelvas a hacer eso, leches —le espeta Triana cuando siente un repentino escalofrío.

—Sí, vale, pues eso. He visto la sombra sobrevolándome y he alzado la cabeza para ver qué era, y tenía unas alas enormes.

—Vale, ¿y qué era? —pregunta Vero muerta de curiosidad.

—No lo sé, solo he visto la sombra en la pared y he salido corriendo a buscaros. No querrás que me quede ahí dentro yo sola, ¿no? —pregunta espeluznada.

—A ver si yo me aclaro —incide Triana con las manos en la cintura—. ¿Has interrumpido un polvo épico solo porque un bichito está volando en tu salón y ni siquiera sabes lo que es?

Loli la mira y parpadea varias veces antes de responder.

—¿Estabais follando? —pregunta mirando su reloj.

—Esa no es la cuestión —dice Vero ruborizada.

—Claro que lo es. ¿Sabes cuánto hace que yo no follo de buena mañana? — pregunta Loli con gesto melancólico.

—No es por la mañana, ni siquiera ha amanecido —apunta Vero.

—Vale, se acabó la conversación. Vamos dentro —decide Triana plantándose bajo el quicio de la puerta de su vecina.

—¿No sería mejor coger un palo? —opina Vero detrás de ella.

—Mejor un arco con flechas —suelta Loli—, que mis techos son muy altos y no se llega con cualquier cosa.

CAPÍTULO 2

—Ten cuidado, Triana —sisea Vero, que va tan pegada a su espalda cuando entran, que Triana nota un corrientazo entre las piernas.

—Todavía estoy sensible, nena, apártate o no respondo —dice cuando se gira para mirarla.

—Sois unas guarras —masculla Loli con cara de espanto.

Vero le sonríe a Triana mientras se la come con la mirada y, por un momento, se olvida del motivo por el que están ahí, hasta que una sombra cruza el techo del salón haciendo que las tres se sobresalten.

—¿Lo veis? Ahí está —señala Loli, que se ha quedado en último lugar, cerca de la puerta por si hay que salir huyendo.

—Joder, ¿qué es eso? —Vero vuelve a pegarse a Triana, esta vez, agarrada a su camiseta mientras retuerce la tela entre las manos y sigue la sombra que las sobrevuela con la mirada.

Triana también mira hacia arriba y entorna los ojos. Lo que sea que ha entrado en el salón de su amiga, vuela de un lado hacia el otro demasiado rápido. Al principio piensa que es un pájaro, hasta que enciende otra de las luces para tener mejor iluminación y consigue distinguirlo.

—Es un murciélago —dice sin dejar de mirarlo.

—¿Un murciélago? —repite Loli descolocada—. Es imposible, no puede haber entrado por ningún sitio a no ser que me haya roto una mosquitera.

La dueña de la casa, algo más tranquila al haber identificado a la bestia, recorre todas las habitaciones comprobando las ventanas mientras que Verónica y Triana se miran y se ríen.

—Tanto rollo por un bichito —dice Triana rodando los ojos.

Verónica estira los labios para reírse, pero la sonrisa se le congela cuando, de manera repentina, el murciélago desciende y les sobrevuela la cabeza. Las dos gritan y se agachan espantadas, lo que provoca que Loli, que no sabe lo que pasa, pero se contagia de su miedo, comience a gritar como una histérica desde la habitación.

—¿Quieres parar? —le sugiere Triana—. Si sigues así vas a despertar a todos los vecinos de la calle.

—Mejor —dice Loli asomándose al salón desde la habitación en la que se encuentra. Mira a un lado y al otro del techo y, cuando ve que el murciélago está en la otra punta, corre hasta sus amigas y se resguarda tras ellas—. Que se despierten y vengan a ayudarnos.

—Sí, claro, seguro que no tienen nada mejor que hacer —espetea Triana—. ¿Has descubierto ya por dónde ha entrado?

—Ni idea, he comprobado todas las mosquiteras y ninguna está rota.

—Pues debió entrar contigo por la puerta la última vez que la abriste —teoriza Triana.

El murciélago las sigue sobrevolando en círculos.

—Imposible —dice muy segura—, lo habría visto.

—Pero si estás medio cegata.

Loli empieza a tener dudas.

—¿Insinúas que he dormido toda la noche con ese vampiro sobrevolando mi techo? —pregunta horrorizada.

Triana encoge los hombros, a ella le da igual, lo único que quiere es volver a su casa con Verónica y seguir donde lo habían dejado.

—Me parece que sé por dónde ha entrado —dice la detective con la mirada clavada en el aparato del aire acondicionado.

Loli y Triana también miran hacia arriba, aunque la dueña de la casa no entiende el comentario de Verónica.

—¿Qué tiene que ver el aire acondicionado?

—Mucho si tienes ese boquete en la pared —dice Triana señalando el agujero por el que los tubos pasan al otro lado de la pared.

Loli lo mira y cabecea negando con rotundidad. Los tubos ocupan la mayor parte del agujero, dejando solo un paso hacia el exterior que, según sus cálculos, no debe medir más de un centímetro.

—Imposible que haya pasado por ahí.

El murciélago sigue campando a sus anchas muy pegado al techo.

—¿Imposible? —Triana la mira con las cejas levantadas—. Esos bichejos pasan por cualquier hueco. ¿Desde cuándo tienes el agujero ese así? No recuerdo haberlo visto antes.

—Claro que no, porque el aparato es nuevo. El viejo se rompió y ayer vinieron a cambiarlo, por lo que tuvieron que despejar el agujero para poder pasar los nuevos tubos —explica Loli.

—¿Y por qué no te lo han sellado de nuevo? —pregunta Vero.

—Me dijeron que esperase un par de días para comprobar que todo funciona correctamente antes de taparlo.

—Genial, pues ahí tienes la respuesta. Ya puedes poner un trapo para bloquear el agujero hasta que te lo arreglen si no quieres encontrarte más sorpresas, como murciélagos, lagartijas o serpientes.

—¿Qué? —se espanta Loli—. Voy a buscar un trapo y la escalera ahora mismo.

Loli corre a la cocina y vuelve de inmediato con el trapo en la mano.

—¿Qué miras? —pregunta Triana cuando se la encuentra mirándola sin pestañear.

—Que yo pongo el trapo, pero antes hay que sacar a ese bicho de mi salón —dice y lo señala—. No pienso subirme a la escalera con esa cosa por ahí volando.

Triana y Vero se miran con resignación, sabiendo que no pueden marcharse de casa de su amiga sin sacar a ese murciélago antes.

—Está bien —dice Triana tras meditar unos segundos. Sus ojos se clavan en la puerta que da al patio, donde la oscuridad al otro lado todavía es absoluta—. Vamos a abrir esa puerta de par en par. Quitamos esa cortina hortera que tienes para que no entren moscas y a ver si hay suerte y con la corriente de aire que se forma con la de la entrada, se orienta y sale solo.

—¿Eso funcionará? —pregunta Loli justo en el momento en que el murciélago se detiene en una esquina entre la pared y el techo.

Las tres lo miran embobadas.

—Pero si es un bebé —dice Vero enternecida—. Es muy pequeño.

—Pues cuando despliega las alas parece Batman —masculla Loli.

—Vamos a aprovechar que está quieto para abrir y quitar la cortina, después lo haremos moverse con una escoba, a ver si hay suerte.

Loli cruza los dedos de ambas manos.

—Tú no lo pierdas de vista, Vero —le ordena Triana—. Que con lo enano que es, como se meta en un hueco, nos costará encontrarlo.

—Dios mío —se escandaliza Loli—. Voy a cerrar todas las habitaciones.

Su amiga corre por la casa como una loca mientras ellas dos se ríen y se miran divertidas un instante.

—Venga, quita esa cortina —la insta Vero—, que quiero volver a casa —añade y le guiña un ojo.

Triana por poco se tropieza con las prisas. Lo primero que hace es encender la luz del patio, lo segundo; gritarle a su amiga.

—¿Por qué ilumina tan poco esta bombilla, Loli?

La dueña de la casa se gira hacia ella con la boca abierta.

—Ah, eso. Ayer se fundió la que había y no tengo de recambio, puse esa para salir del paso, es como la que tengo en la mesilla.

—Esto y nada es lo mismo, casi no se ve —farfulla Triana mosqueada.

—¿Hay algo más que tengamos que saber? —le pregunta Vero a su vecina con tono irónico.

Ella se encoge de hombros y va hasta la puerta del patio con Triana. Loli abre las dos hojas y aparta un poco la cortina para salir y descolgarla. La bombilla que tiene fuera, es de tan baja potencia que apenas ilumina un metro por delante y difumina sus sombras en el suelo.

—Qué porquería, podrías habernos pedido una —chasquea la lengua Triana.

—Después me la dejas —Loli pasa al otro lado y los ojos de Triana se clavan en el suelo después de que su cuerpo se haya puesto en alerta.

Le ha parecido ver algo que se movía junto a los pies de Loli, pero la cortina ha vuelto a su sitio y ahora no ve nada.

—¿Has visto eso? —pregunta Triana metiendo la mano entre las tiras de plástico de la cortina para abrir un hueco.

—¿Ver el qué? —se gira Loli hacia ella asustada.

—Me ha parecido ver algo por el suelo cuando has salido.

—¿Algo!? —Loli chilla y comienza a dar saltos sin prestar atención al suelo, movida por un pánico repentino.

De nuevo, a Triana le parece ver una sombra redonda que se mueve por delante de la puerta hasta que se detiene, pero la dichosa bombilla emite tan poca luz, que le resulta imposible identificarlo.

—Vero, pásame la linterna del móvil —pide extendiendo la mano hacia atrás, sin apartar la vista de esa mancha negra que hay en el suelo.

Loli también acaba de verla y se queda paralizada al otro lado, con el corazón latiendo desbocado a la espera de poder identificarlo.

Vero enciende la linterna de su móvil y camina muy despacio hacia Triana, mirando al suelo y al techo de manera alternativa para no perder de vista a su objetivo principal.

—Toma —Vero le pone el móvil en la mano a Triana y corre lejos de la entrada del patio, por si acaso.

Triana gira el móvil, saca la mano y la cabeza a través de la cortina y se inclina hacia delante para enfocar la mancha negra. Cuando la luz blanca se posa sobre ella, las dos sueltan un grito de pánico al descubrir una araña enorme que, con las patas extendidas, Triana calcula que tiene más diámetro que una pelota de Pin Pon, con un cuerpo extrañamente redondo y grande, más que una canica.

—¡Hostia! —grita espantada.

Loli experimenta una mezcla de terror y asco que la tiene paralizada al otro lado de la puerta, pero la parálisis se le pasa cuando, de manera repentina y rápida, la araña se mueve en dirección al interior de la casa.

CAPÍTULO 3

Triana se echa hacia atrás cuando Loli casi la arrolla al dar un salto acrobático y lanzarse al interior de la vivienda. Histéricas, se entorpecen entre ellas para intentar cerrar las dos hojas de la puerta antes de que la araña —de patas demasiado extensas para su gusto— se cuele. Loli logra cerrar la primera hoja, pero el arácnido no se detiene y recorre el borde para entrar por la que todavía está abierta. Triana saca un pie y trata de aplastarla con la suela, pero el bicho se ha pegado al marco y le resulta imposible hacerlo.

—¿Qué coño pasa? —pregunta Vero, que presencia toda la escena a dos metros de distancia sin tener muy claro el motivo de su miedo. Ella solo puede verlas, gritándose la una a la otra que la maten mientras dan pisotones sobre el suelo de manera histérica.

—Hay una araña más grande que el murciélago intentando entrar —explica Triana mientras sigue en su batalla por matarla.

Vero no sabe cómo sucede, pero cuando se da cuenta, está subida de cucullas encima de una silla mientras mira al vampiro de reojo.

—De verdad que desde que me vine a este pueblo, solo me pasan cosas raras —masculla sintiéndose atrapada entre la que anda por el suelo y el que le sobrevuela la cabeza.

Triana y Loli no le hacen ningún caso, su principal preocupación, es que la araña no entre, porque como lo haga y se meta en algún rincón al que no puedan acceder, no podrán matarla.

—No dejes que entre —le exige Loli a Triana mientras el arácnido sigue moviéndose pegado al marco en busca de un hueco para colarse.

Triana cierra la puerta dejándolo al otro lado y trata de recuperar el resuello, agotada.

—¿Por qué cierras? —pregunta Loli con mirada exigente.

—Has dicho que no la deje entrar, ¿no? —dice Triana—. Pues bien, ella está fuera y nosotras dentro —añade resuelta.

—¡Y él también! —grita Loli, que estira un brazo y señala hacia el techo del salón, donde el murciélago permanece agazapado en una esquina.

Triana suelta un resoplido y se gira hacia Vero en busca de ayuda, encontrándola sobre la silla mientras las observa con ojos entornados.

—¿Qué haces ahí? —pregunta Triana a punto de estallar de la risa.

—No pienso bajar hasta que no matéis a la araña, me dan mucho asco —declara Vero.

—A mí también, no te jode —suelta Loli.

—Ya, pero la casa es tuya, por lo tanto, la araña y el murciélago, también —se mofa Triana, que solo quiere irse a su casa y meter a Vero en la cama.

—Y una mierda, vosotras no me vais a dejar aquí sola con estas bestias, ayudasteis

a Amparo con la serpiente y os metisteis en un pozo con a saber cuántos bichos.

—Ya, pero ahí nos pagaron por ello —apunta Triana.

Loli se pone los brazos en la cintura y frunce el ceño.

—Yo soy tu amiga, zorra, y te ayudé a repartir carteles con este calor infernal.

Triana se ríe, solo quería chincharla.

—Bueno —la ignora y enfoca con la linterna a través del cristal sin conseguir ver nada.

—¿Crees que se habrá marchado? —pregunta Loli.

—¿Con las ganas que tenía de entrar? No lo creo, pero no lo sabremos hasta que no abramos otra vez. Este es el plan —Triana mira a Loli mostrándose tan segura, que su vecina queda convencida de que van a tener éxito.

—¿Cuál? —pregunta con intriga.

—Tú coges una escoba y te preparas ahí —le señala una posición a un par de palmos de la puerta—. Yo abro la puerta y esperamos a que entre y, en cuanto lo haga, la aplastas con la escoba, con lo grande que es, es imposible que falles.

—No sé —Loli duda—. ¿Y si no se muere?

—Hombre, si le haces una caricia claro que no se va a morir, se trata de que le des con todas tus fuerzas, pero ahora que lo dices, vamos a añadir un plan de contraataque por si acaso. ¿Tienes insecticida?

—Sí, claro, con lo pesadas que son las moscas, como para no tener.

Loli sale disparada hacia la cocina y, al momento, vuelve con la escoba en una mano y el bote de insecticida en la otra.

—Vale —dice Triana—. Pues tú le das bien con la escoba y por si acaso, cuando la apartes, yo la rocío bien con esto, así nos aseguramos de que no sale corriendo con su último aliento.

—Dios mío —a Vero la recorre una corriente fría solo de pensarlo.

—Me parece un buen plan —dice Loli, que agarra la escoba como si fuera una lanza y flexiona las piernas como un neandertal a punto de clavársela a su presa.

Triana no puede contener la risa, pero se muerde la lengua, le quita el tapón al bote de insecticida y deja el dedo encima del pulsador, preparada para presionar cuando llegue el momento.

—¿Lista? —pregunta Triana.

Vero saca el móvil y decide grabar la escena. Le da un asco tremendo la araña, pero ver a esas dos preparadas como si por la puerta fuese a entrar un batallón de mercenarios, no tiene precio.

—Vale, abre —ordena Loli.

Triana gira la maneta y tira de la puerta hacia dentro. Las dos mujeres clavan la mirada en el suelo, expectantes y con el pulso disparado. Durante varios segundos que se les antojan muy largos, no sucede nada.

—Se me están secando los ojos de no pestañear —se queja Triana, con la mirada fija en la base de la cortina.

—Cállate, que me desconcentras —dice Loli sin moverse ni un centímetro.

Vero se está descojonando mientras graba y mira de reojo hacia el techo, ahora solo falta que al vampiro le dé por moverse y empezar a dar vueltas otra vez.

—Pues a lo mejor sí que se ha ido —comenta Triana, que comienza a cansarse de esperar.

—¡Ahí está! —grita Loli dando un salto que hace botar también a Vero y a Triana.

—Joder —Triana se fija y, en efecto, las patas largas del arácnido comienzan a asomar por encima del marco de aluminio de la puerta.

Las dos se quedan quietas esperando a que cruce del todo, pero cuando lo hace, el bicho hace algo con lo que no habían contado, quedarse pegado al marco por el interior y caminar hacia la izquierda, donde Loli tiene una enorme chimenea en la que si se mete detrás, no podrán sacarla.

—¡Joder, qué cabrona! —dice Loli dando escobazos histéricos contra el marco.

El ángulo estrecho no le permite pillar a la araña, que sigue su camino hasta que aparece Triana y la rocía con el insecticida. Entonces hace un movimiento repentino y extrañamente rápido que ninguna de las dos puede prever, la araña va hacia Loli, y Loli, que no se lo esperaba y se impresiona con la manera de correr del bicho, comienza a gritar mientras retrocede hacia el centro del comedor.

—Pero machácala —le pide Triana con los ojos muy abiertos.

Vero está espeluznada, pero no deja de grabar.

—¡Me va a morder! —grita Loli histérica.

—¿Cómo te va a morder? Tú tienes la escoba y ella no —le dice Triana.

Loli se detiene en seco como si hubiera tenido una revelación y, de sopetón, lanza un escobazo contra el suelo y la pilla de lleno.

—¡Ja! —dice con ojos de psicópata, sin apartar la mirada de la escoba.

Triana se acerca y examina alrededor por si aparece, pero no la ve.

—Vale, yo creo que la has matado, levanta la escoba —le pide a Loli.

—¿Segura?

—Bueno, si quieres nos tiramos aquí todo el día esperando, pero no sé tú, yo empiezo a tener mucha hambre —dice mirando de reojo hacia el patio. Ya está amaneciendo y su mente ahora mismo solo puede pensar en comerse un montón de churros calentitos.

—Está bien —Loli acepta—, a la de tres —dice suspirando, pero no hace la cuenta y levanta la escoba.

Las tres necesitan un par de segundos para procesar lo que están viendo, sus mentes, todavía un poco adormecidas y nada acostumbradas a tratar con una araña de ese tamaño descomunal, se quedan bloqueadas cuando ven centenares de puntos negros diminutos que se extienden con rapidez, saliendo del cuerpo de la araña.

—¿Son más arañitas? —pregunta Vero atónita.

—Cielo santo, estaba embarazada —dice Loli sacudiéndose el cuerpo como si las tuviera encima.

La única con la mente lo suficientemente fría como para actuar antes de que todo ese montón de arañas invada la casa de Loli, es Triana, que coge el insecticida y casi lo vacía rociando toda la zona hasta que ya no existe movimiento alguno.

—Joder —dice aliviada—, no había visto nada igual en toda mi vida. ¿Cuántas podía tener dentro? ¿Mil?

—Es asqueroso —añade Vero, que no puede apartar la vista de esa mancha negra que hay en el suelo.

—Voy a tener pesadillas el resto de mi vida —dice Loli sin poderse quitar ese repelús del cuerpo.

—Yo lo que tengo es hambre —concluye Triana—. Anda, limpia eso y tira los

cadáveres a la basura, yo voy a quitar la cortina para ver si el señor murciélago decide marcharse por voluntad propia y podemos irnos a desayunar. Por cierto, ¿dónde está?

CAPÍTULO 4

—¿Lo has perdido de vista? —le recrimina Loli a Vero con cara de susto.

La detective, todavía subida en la silla y con el móvil en la mano, abre mucho los ojos revelando en su expresión la culpa por haber olvidado su cometido durante unos segundos.

—Lo siento, me he despistado —dice bajando de la silla al mismo tiempo que se guarda el teléfono en el bolsillo.

—¿Y ahora qué hacemos? —Loli se pone las manos en la cintura con gesto de exigencia.

—Oye, no te olvides de que somos nosotras las que te estamos ayudando a ti —salta Triana defendiendo a su mujer como una leona—, que estábamos mucho mejor enredadas en la cama.

—Sí, perdón —Loli baja el tono—, es que me da mucho asco, además, los murciélagos tienen la rabia, ¿y si me la contagia?

A Vero le entran ganas de salir corriendo hasta su casa, no había pensado en eso.

—Bueno, no nos alarmemos que es muy chiquitín, seguro que es inofensivo. Vosotras dos buscad por el salón a ver si lo veis mientras yo descuelgo la cortina. Todo está cerrado, no puede estar en otro sitio.

Al decir eso, la mirada de las tres mujeres va directa hacia la puerta de la entrada, abierta de par en par desde que han accedido a la vivienda.

—A lo mejor se ha marchado mientras nosotras matábamos a mamá araña y sus doce mil crías —teoriza Loli esperanzada.

—Ojalá —farfulla Vero—, yo también empiezo a tener mucha hambre.

—Pues venga, cada una a lo suyo.

Triana sale al patio y por fin descuelga la cortina mientras Vero y Loli —con mucho cuidado y un poco de asco mezclado con miedo— escudriñan cada rincón del salón en busca del invitado inesperado. Triana deja la cortina sobre la mesa que hay delante de la barbacoa y vuelve dentro para ayudarlas.

—¿Nada? —pregunta mirando al techo.

—Yo creo que se ha ido —dice Loli frotándose las manos, cada vez más convencida.

—Siento aguarle la fiesta —suelta Vero frente a la ventana—. Está ahí.

La detective señala la parte alta de la cortina, donde el murciélago parece haberse detenido a descansar de tanto vuelo.

—¿Y si lo cogéis con un trapo? —dice Loli situada detrás de Triana, que lo mira con interés.

—¿Cogéis? —pregunta Vero clavándole la mirada.

—Sí. Ya habéis cogido una serpiente y un peluche que bien podría haber tenido

vida propia dentro de ese pozo, este es solo un bicho más.

—Mira, guapa —Triana se gira de manera abrupta—, una cosa es que te ayudemos y otra que abuses, si quieres cogerlo, ahí lo tienes, busca una escalera y te subes a por él.

—Ay, no, no, qué asco, además, que me puede morder.

—Claro, y que nos muerda a nosotras no te importa, ¿verdad? —pregunta Vero ofendida.

—No he dicho eso, con un trapo... —empieza Loli de nuevo.

—Ni trapos, ni leches —la corta Triana—. Mira, ¿sabes lo que puedes hacer para ser útil? Coge el coche y vete a comprar churros con chocolate, yo no puedo trabajar con el estómago vacío y ya me están empezando a fallar las piernas —dice y mueve las rodillas como si le temblaran.

Verónica suelta una carcajada.

—¿Lo dices en serio? —Loli está que salta de alegría, en realidad, está deseando salir de su propia casa.

—Muy en serio.

—Vale, pues ahora mismo voy.

—Sé generosa con las raciones —le dice Triana antes de que se vaya—, que hoy estoy quemando mucha energía.

Loli las mira espantada, pero asiente y sale de su casa.

—Qué pesada es, con ella orbitando por aquí, es imposible trabajar —dice Triana.

Vero vuelve a reírse, aunque cabecea.

—Sí, bueno, pero ahora el marrón lo tenemos nosotras, ¿cómo lo bajamos de ahí?

—Fácil —dice Triana dando una palmada con las manos.

A la detective se le ponen los pelos de punta cuando la escucha, cada vez que su mujer dice algo así, ella acaba pringada.

—A ver, sorpréndeme.

—Con la escoba, ve a buscar la del patio. Nos armamos con una cada una y cuando eche a volar, lo vamos guiando hacia la puerta.

—¿Y ya está? —pregunta Vero.

Triana la mira con gesto interrogante, sin comprender.

—¿No quieres que me suba en una escalera y haga acrobacias? ¿O que me ponga un poco de su comida favorita en el pelo para atraerlo y que tú puedas cogerlo? —pregunta la detective con los ojos entornados.

La cordobesa suelta una carcajada contagiosa y abraza a Vero por la cintura antes de besarle la mejilla.

—Sabes que yo jamás te pondría en riesgo.

Vero, divertida, eleva una ceja y pone los brazos en jarras.

—No conscientemente, al menos —puntualiza Triana.

—Anda, suelta, que estás tú muy tierna desde que nos hemos levantado —Vero le devuelve el beso y sale al patio para coger la escoba.

Cuando entra, se prepara colocando el cepillo hacia arriba y le hace un gesto de asentimiento a Triana, que sacude la cortina hasta que el murciélago reemprende el vuelo trazando círculos muy cerca del techo. La pareja comienza a perseguir al vampiro con la escoba, elevando el cepillo para bloquearle el paso y tratar de dirigirlo hacia la puerta, pero se encuentran con dos inconvenientes: el primero es que la casa de Loli —al igual que la de Triana— es de las antiguas y los techos son muy altos —a tres metros veinte

desde el suelo para ser exactos— por lo que Triana y Vero apenas llegan con la escoba. El segundo inconveniente es que cuando llevan cinco minutos con los brazos en alto, sus músculos se resienten y el aguante no es el mismo, por lo que cada pocos movimientos, tienen que bajar la escoba para descansar.

—Joder, es imposible —se queja Vero agotada—. Siempre va pegado al techo, si no baja, va a ser muy complicado guiarlo hasta la puerta.

—Alguna manera tiene que haber —Triana se detiene y lo mira suspirando—. Otra opción es esperar a que vuelva a detenerse y tratar de matarlo.

—¿Matarlo? ¿Te has vuelto loca? —pregunta Vero horrorizada—. Es una cría, Triana.

—Una cría que muerde y transmite la rabia, a lo mejor se te ha olvidado.

Vero da un paso atrás y detiene el discurso que iba a soltar.

—Pues yo no pienso matarlo, me da mucha pena —dice la detective.

—Yo tampoco, que lo mate Loli, que para eso es suyo —suelta Triana.

Las dos se miran y sueltan una carcajada sabiendo que eso no es una opción porque Loli no sería capaz ni de matar a una mosca.

—¿Y si lo intentamos bloquear con la red de limpiar la piscina? —propone Vero—. Eso es más ancho que una escoba y está lleno de agujeritos diminutos, a lo mejor ese radar tan sofisticado que tienen para orientarse, no lo detecta y se lo come de lleno. Caerá aturdido, lo cogemos con un trapo y lo sacamos al patio.

—Buena idea —dice Triana señalándola con el dedo.

En menos de un minuto, la cordobesa sale al patio y vuelve con la red de limpieza. La eleva todo lo que puede y trata de interrumpir el vuelo del murciélago, pero su plan falla porque la esquivo con la misma facilidad que a la escoba.

—Vaya fracaso, como no se nos ocurra algo, lo único que vamos a conseguir es que suelte una plasta y nos caiga en la cabeza —dice Triana provocando una mueca de asco en Vero.

—Ya están aquí los churros —anuncia Loli alzando la bolsa.

CAPÍTULO 5

—¿Todavía sigue aquí? —pregunta Loli levantando la vista.

El murciélago, que da vueltas alrededor de las paredes junto al techo, de repente se detiene en una esquina.

—No hay manera de hacerlo bajar —explica la detective—, es como si no notase la corriente de aire. Se mantiene en esa altura todo el rato y si tratamos de reconducirlo cortándole el paso con la escoba, la esquivo con destreza y vuelve a tomar su ruta como si diera vueltas en un circuito.

—Joder, ¿y qué hacemos? —pregunta Loli con angustia.

—Pues aprovechar que está ahí quietecito para comernos esos churros antes de que se enfríen —propone Triana.

—¿Tú estás loca? —bufa Loli—. ¿Pretendes comer con esa bestia por ahí? ¿Y si se caga y te cae en la taza de chocolate?

Vero se estremece, aunque eso no le quita las ganas de atacar esos churros.

—No se va a cagar en ningún sitio, él está en el salón y nosotras en la cocina —explica Triana, que le quita la bolsa de la mano y va directa a la cocina.

—¿Es que no vas a decirle nada? —le pregunta Loli a Vero.

La detective frunce el ceño como si pensara, sin embargo, después sonrío y esquiva a Loli para seguir a Triana.

—Yo también tengo hambre —suelta relamiéndose—, y deberías ir pensando en llamar al ayuntamiento cuando abran, seguro que hay alguna empresa que se dedique a estas cosas y te pueden dar el número, porque va a ser imposible bajarlo de ahí y nosotras no podemos quedarnos aquí todo el día.

Loli la mira ceñuda.

—No, claro, tenéis que volver a vuestra casa para follar.

—Por ejemplo —dice Triana con una sonrisilla socarrona—. Pero Vero tiene razón, hemos probado todo lo que se nos ha ocurrido y no hay manera de que se marche, y no puedes dejarlo dentro de tu casa. Hay que buscar a alguien que sepa cómo sacarlo de aquí, no creo que sea la primera vez que pasa esto en el pueblo.

—Imposible que lo sea —Vero se sienta mientras Loli sirve el chocolate en las tazas y Triana saca los churros—, en este pueblo parece que los bichos se pasean por las casas como si fueran suyas.

—Ahora que lo decís, al lado de la tienda de muebles hay una ferretería donde pone que se dedican también al control de plagas. Quizá ellos sepan de alguien, que esta gente se conocen entre ellos —dice Loli.

—Pues venga —Triana se sienta, moja un churro en el chocolate y le da tal mordisco que le chorrea por los labios—. Busca el número y llama —dice con la boca llena.

—Joder, qué guarra eres —Loli le entrega una servilleta de papel.

Triana la coge y la deja a un lado sin usarla, nadie va a estropearle un momento como ese, así que repite la operación más despacio, para que Loli vea con cara de espanto como el chocolate le resbala esta vez por la barbilla.

—Dile que se limpie —exige la vecina mirando a Vero.

Ella niega, divertida y trastornada porque desearía estar en su casa para lamerle ese chocolate con la lengua. Loli lanza un resoplido y, mientras come churros con una mano, con la otra busca en su teléfono el número de la ferretería.

—Qué bien, ya está abierta —dice la dueña de la casa—, llamo ahora mismo.

Está a punto de pulsar el botón de llamada cuando una sombra repentina entra por la puerta de la cocina. Loli apenas tiene tiempo de reaccionar cuando el murciélago pasa justo por encima de sus cabezas antes de alzarse hacia el techo. Las tres agachan la cabeza al mismo tiempo y tratan de protegerse el pelo con las manos, haciendo aspavientos que se mezclan con los gritos que todas van soltando de manera histérica.

Las tazas de chocolate son lo primero que acaba volcado. La primera le cae a Vero sobre las piernas, provocando que, al sentir el calor abrasador de ese líquido que Loli ha recalentado en el microondas, se levante de un salto y se lleve por delante la mesa. Su silla cae al suelo con un ruido estrepitoso y la mesa se desplaza hacia delante atrapando a Loli entre esta y su silla. La vecina, al verse acorralada y expuesta a que ese murciélago le muerda, comienza a gritar de forma tan histérica que Triana, que ha observado toda la escena con perplejidad, se tapa las orejas tratando de amortiguar tanto escándalo.

—Joder, cómo quema —Vero comienza a dar saltitos mientras se abanica las piernas con las manos.

Triana, que reacciona entre los gritos de Loli, se levanta y se apresura a pasarle un trapo por encima para quitarle el chocolate.

—Qué desperdicio —chasquea la lengua mientras utiliza los dedos para separar la tela de las piernas de la detective, que se ha adherido como una ventosa.

—Uff, qué alivio, gracias —suspira Vero.

—*Averiguo* —concluye Triana tirando el trapo en la pica.

Loli sigue haciendo aspavientos con las manos y soltando todo tipo de improperios.

—¿Te quieres callar ya? —le exige Triana—. Nos vas a dejar sordas, menudos pulmones tiene la soprano.

Loli detiene su verborrea y se queda quieta, con los ojos cerrados con tanta fuerza, que tiene cara de estreñida.

—¿Sigue aquí? —pregunta sin atreverse a mover ni un dedo.

Vero y Triana se miran entre ellas. La primera estaba muy ocupada tratando de no quemarse y la segunda lamentando no tener chocolate donde mojar los dos churros que le quedan, por lo que ninguna ha prestado atención al murciélago desde ese momento. Triana coge un churro y le da un mordisco antes de levantar la vista hacia el techo.

—Aquí no está —dice con la boca llena y una tranquilidad que asombra a Loli, aunque no se fía.

—Tú eres una mentirosa, seguro que lo tengo cerca del pelo —dice sin abrir los ojos—. Vero, ¿de verdad no está?

La detective —antes de contestar— coge el móvil y le saca una foto con la cara de estreñida. Triana suelta una carcajada repentina y los trozos de churro salen de su boca disparados como misiles.

—Tranquila, debe haber vuelto al salón, aquí no está —le confirma Vero.

Loli abre los ojos muy despacio y lo primero que ve, son un montón de trocitos de masa diminutos esparcidos al lado de su plato.

—¿Qué es eso? —pregunta sintiendo como el asco le invade todo el cuerpo—. ¿Se ha cagado aquí? —sus ojos se abren con espanto.

—Qué va —Vero se ríe—, eso ha sido Triana, que te ha bombardeado con sus babas y sus churros.

Loli la mira a punto de gritarle que es una cerda, pero cuando le clava la mirada, Triana, que estaba masticando, abre la boca y le enseña la comida provocando que se ponga pálida y Vero estalle en una risotada.

CAPÍTULO 6

—Bueno, vamos a dejarnos de cochinadas y a centrarnos —dice Triana, que esta vez sí que se limpia bien con la servilleta—. Ya que me habéis fastidiado el desayuno, vamos a ver dónde se ha metido ese bicho. Y tú —añade señalando a Loli—, ve llamando a ese sitio a ver si saben de alguien que pueda venir y sacarlo de aquí.

Triana y Vero se ponen en pie mientras que Loli, que mira con horror la que tiene liada sobre la mesa de la cocina, coge su móvil y busca el número de la tienda de control de plagas. Esta vez sí que pulsa el icono de llamada sin que nada interrumpa su proceso y, mientras espera a que contesten, se levanta y empieza a quitar tazas y platos de la mesa para poder limpiarla.

—¿Lo ves por algún sitio? —pregunta Triana, plantada como un pino en el centro del salón, con las manos en la cintura y la cabeza alzada hacia el techo.

—No —Vero niega rotunda al mismo tiempo que sacude la cortina por si se ha parado ahí.

—A lo mejor se ha ido —dice Triana poco convencida.

Vero hace una mueca, ella tampoco está muy segura de eso después de haber hecho mil intentos para hacer bajar al murciélago. Las dos, en un silencio tenso, se acercan a la puerta del patio —abierta de par en par— y salen para tener otra perspectiva del interior. De manera irremediabilmente absurda, ambas miran al cielo y otean todo el patio por si ven al murciélago, después se miran entre ellas y acaban riendo a carcajadas.

—Vale —dice Vero roja de la risa—, es evidente que si se ha ido, ya no vamos a verlo.

—Sí, eso está claro, aunque no estoy muy segura de que haya salido de la casa, parecía demasiado torpe como para eso.

Vero suspira hondamente y se pega a Triana hasta quedar hombro con hombro.

—¿Y qué hacemos? —pregunta susurrando muy cerca del oído de Triana, que todavía está sensible por lo de esta madrugada—. ¿Nos vamos a pasar toda la mañana aquí buscando al bicho?

Triana suelta el aire por la nariz de manera exagerada y guarda silencio unos segundos mientras piensa.

—Vale, haremos esto: entramos de nuevo, hacemos una batida rápida por la casa y si no lo vemos, la convencemos de que se ha ido y nos marchamos.

Vero esboza una sonrisilla malévola y la mira divertida.

—¿Y qué pasa si aparece después? Se dará un susto de muerte —cuestiona, aunque sin la menor intención de convencer a Triana para quedarse.

—Si se asusta, que grite —espeta Triana esbozando una sonrisa cuando se imagina la escena.

—Sí, eso, que grite —la apoya Vero y las dos vuelven dentro de la vivienda.

Con gesto malévolo, ambas van dando tumbos por el salón y la entrada en busca del murciélago, pero no lo ven por ningún sitio y las dos esbozan una sonrisa de satisfacción porque eso significa que por fin podrán marcharse.

—Yo creo que se ha largado, Loli —anuncia Triana en voz alta.

Loli sale de la cocina con el móvil en una mano y un trapo húmedo manchado de chocolate en la otra.

—¿Estáis seguras? —pregunta con los ojos muy abiertos y un claro gesto de emoción.

—Sí, yo no lo veo por ningún sitio —Triana encoge los hombros y Loli la examina con recelo antes de girarse hacia Verónica.

—¿Tú también piensas que se ha marchado? —le pregunta a la detective.

Verónica traga saliva cuando, por un segundo, se siente mal por mentirle a su amiga, pero tampoco se lo están afirmando.

—Bueno, hace rato que no le vemos, tal vez ha salido despavorido con todo el jaleo que hemos armado en la cocina.

—Ay, ojalá, ese bicho me da mucho repelús. Entonces, vamos a cerrar las puertas, ¿no? No vaya a entrar de nuevo.

—A mí me han dado más asco la araña y sus doce mil hijas —suelta Vero.

Loli se estremece.

—Sí, claro, las cerramos —dice Triana antes de que su amiga vuelva a ponerse histérica.

Ella va directa hacia la entrada de la casa y cierra de un portazo mientras que Vero cierra la cristalera que da al patio.

—¿Y ahora qué hago? ¿Le digo al de control de plagas que ya no hace falta que venga? —pregunta Loli dubitativa.

—Ah, ¿pero va a venir? —se sorprende Triana.

—Sí, me ha dicho que tienen a un chico que se ocupa de estas cosas, que ahora viene, pero si ya se ha marchado, mejor lo llamo y le digo que no venga, que no estoy yo para gastos y estos seguro que me quieren sacar un ojo de la cara —farfulla alzando el teléfono para volver a llamar.

—No, si esta querrá que vengan y trabajen gratis como nosotras —masculla Triana.

—Vosotras sois mis amigas, es vuestra obligación —asegura Loli.

Triana y Vero ponen los ojos en blanco.

—En fin, los llamo para cancelar.

—No, espera —le pide Vero.

A Triana se le abren mucho los ojos y Loli se queda petrificada.

—¿Qué pasa? ¿Lo tengo encima?

Sin esperar respuesta, comienza a darse manotazos en el pelo y a saltar como una histérica ante la risa divertida de la pareja.

—No es eso —la tranquiliza Vero.

Loli se detiene en seco.

—Y si no es eso, ¿qué es?

—Eso, ¿qué es? —secunda Triana, que la mira con gesto interrogante y cara de impaciencia.

Vero acaba de tener un ataque de arrepentimiento y no se siente cómoda asegurándole a Loli que el murciélago ya no está en su casa.

—Es que ninguna lo hemos visto salir, no sé —dice dudosa—, quizá es mejor que ese tipo venga, por si acaso.

—Sí, tienes razón —concierda Loli—, mejor lo esperamos.

—Bueno, lo puedes esperar tú sola, para eso no nos necesitas —dice Triana.

Loli le dedica tal mirada que Triana siente que la ha atravesado.

—¿Pretendes dejarme aquí con ese bicho? ¿Y si aparece de repente y me muerde? —pregunta dramática—. Podría morir.

—Seguro que se muere el murciélago antes que tú —bromea Triana.

—Qué graciosa. Menuda cara tienes, tú has venido solo para que te invite a comer churros —suelta sin pensar.

—Oye, que me has sacado de la cama a horas indecentes cuando estaba en un momento de vital importancia para mí —protesta Triana ofendida—, la próxima vez te espabilas tú sola. Vamos, Vero.

Triana se da la vuelta dispuesta a marcharse y Loli la persigue hasta la puerta.

—No puedes irte —le dice suplicante.

Triana se gira y se cruza de brazos alzando la cabeza con fingida dignidad, a la espera de una disculpa que en realidad no necesita. Loli aprieta la mandíbula y Vero las mira cabeceando, calibrando cuál de las dos le parece más infantil en ese momento.

—Ya está bien, dejaos de chorradas —pone paz la detective—. ¿Ese tipo te ha dicho que viene ya?

Loli mueve los labios para contestarle, pero su voz se ve opacada por el sonido irritante del timbre de la puerta, que deja medio sorda a Triana.

—Joder —dice asustada, apartándose de un salto.

—Ay, qué bien, ya está aquí —aplaude Loli, que esquiva a Triana y abre la puerta.

CAPÍTULO 7

Al otro lado, aparece un joven de unos veintitantos al que tanto Triana como Loli conocen de oídas. El chico es popular en el pueblo por ir siempre fumado y atontado por la marihuana.

—Hola, vengo a por un murciélago —dice sonriente.

—¿Tú? —pregunta Loli estupefacta.

El chico encoge los hombros y les dedica una sonrisa demasiado exagerada, como si se riese de algo que solo está en su cabeza. Al moverse, su ropa desprende un ligero tufo a hierba que le llega a las dos mujeres haciendo que se miren con asombro.

—Madre mía, creo que viene colocado y no son ni las diez de la mañana —sisea Triana junto a Loli.

—¿Y qué hago? —masculla ella entre dientes, mirando al chico como si en el bolsillo trasero de ese pantalón caído, escondiera un cuchillo para asesinarlas.

—Yo qué sé, es tu casa —Triana escurre el bulto y camina hasta donde se encuentra Vero.

—¿Por qué no lo deja entrar? —pregunta la detective, ajena a los rumores sobre el joven.

—No sé, creo que el chaval viene un poco colocado —dice divertida.

—¿De verdad? —Vero ladea la cabeza para tratar de verlo mejor, porque Loli lo tapa con su cuerpo.

—Bueno, señora, ¿me deja entrar y *averiguamos* esto rápido? Tengo que irme hacia otro sitio —dice impaciente, aunque no pierde esa sonrisa tonta.

Loli se gira hacia Triana y Vero y les suplica ayuda con la mirada.

—Venga, mujer —dice de repente Triana, que en el fondo ha de reconocer que se lo está pasando bien—, deja al chaval que haga su trabajo y busque al bicho.

Loli tiene ganas de gritarle por el compromiso en el que acaba de ponerla.

—Es que creemos que se ha marchado —explica la dueña de la casa—, le habíamos abierto todas las puertas y hace rato que no lo vemos, seguro que se ha ido.

—No lo dé por sentado, señora, que estos animalejos se paran en cualquier rincón y usted no se da ni cuenta. Ya que estoy aquí, déjeme mirar —insiste el joven, que cambia la postura de los pies y se balancea cargando el peso de uno a otro.

Después de mirar a sus amigas y ver que estas no parecen tener intención de ayudarla a echarlo de allí, a Loli no le queda más remedio que apartarse y dejarlo pasar. Cuando le pasa por al lado, se siente mareada con el tufo a hierba y se toca la nariz mirando a Vero y Triana mientras camina detrás de él hacia el salón. Las dos se ríen, y no tardan en percibir el olor penetrante en cuanto llega junto a ellas.

—Si le parece, voy echando un vistazo —dice el joven dirigiéndose a Loli.

—Tampoco hay mucho a dónde ir, hemos cerrado todas las puertas, así que solo

puede estar en el salón o en la cocina —le indica nerviosa.

El chico asiente y decide comenzar por la cocina.

—Sois unas cabronas, me podrías ayudar a echarlo —bufa Loli sin quitarle el ojo de encima—, seguro que este lo único que quiere es robarme cosas de valor para cambiarlas por drogas.

—No veas tantas películas —se ríe Triana—, que el chaval fuma porros, no crac.

—Y parece que sabe lo que hace —añade Vero señalándolo con la cabeza.

Todas miran al joven, que solo busca en los lugares más recónditos de la cocina, justo todos esos donde a ellas jamás se les habría ocurrido mirar.

—Los murciélagos son muy escurridizos —explica el chico saliendo de la cocina y comenzando a buscar por el salón—, se meten en cualquier hueco incluso cuando parece que sea imposible que pasen por ahí.

El muchacho se agacha frente a la chimenea y abre la puerta para mirar dentro.

—En casa de mi madre encontramos uno en el cajón de la ceniza —el joven lo abre y lo encuentra impoluto—. Estaba muerto, claro, debió entrar por el tiro de la chimenea.

Las tres se miran sorprendidas por la claridad con la que habla, a pesar de que, a esas alturas, el olor a marihuana en el salón es tan intenso que hasta ellas se notan colocadas.

—Este suponemos que ha entrado por el agujero del aire acondicionado, era pequeñito —Triana lo señala y el chico mira hacia arriba.

La claridad del sol que ya entra a raudales por la puerta del patio lo ciega y se pone la mano en la frente a modo de visera.

—Sí, seguro, por ahí cabe hasta uno grande —asegura y suelta una risotada tan repentina, que Verónica se contagia y estalla en una carcajada tonta.

El chico la mira y aumenta la intensidad de su risa hasta tal punto, que los cuatro acaban riendo sin saber por qué lo hacen.

Vero se seca las lágrimas que le corren por la cara con los dedos y Loli se pone la mano en la barriga porque le duele del esfuerzo.

—Esa mierda que fumas tiene que ser muy buena —espetea Triana.

El chico asiente con insistencia, sin que le importe en absoluto sentirse descubierto, y los cuatro siguen riendo.

—¿Quieren que haga uno? —pregunta llevándose la mano al bolsillo trasero del pantalón—, ayuda a relajarse un montón.

—No, no hace falta —Loli deja de reírse de repente y le hace un gesto con la mano para que no saque la hierba—. Te aseguro que estas dos ya están muy relajadas —añade sin controlar su lengua.

Él deja de reír unos segundos, los que necesita para que su cerebro ralentizado por la droga le permita deducir, y después vuelve a reírse con la complicidad de Triana y Vero que, en lugar de ofenderlas, el comentario hace que aumente su ataque de risa tonta.

Tras varios segundos, todos comienzan a calmarse y el chico sigue con la búsqueda.

—Ay, joder, qué calor —se abanica con la mano Loli, que está roja del esfuerzo.

—Y tú no lo querías dejar entrar, con lo gracioso que es —le recrimina Triana.

—Pero si no sabes ni de qué te ríes —rezonga la vecina y las tres vuelven a reírse de manera absurda.

—¡Aquí estás, cachondo! —dice el joven, detenido frente a una estantería que Loli

tiene llena de libros.

Las tres enmudecen y lo miran. Loli sintiendo un alivio indescriptible por tener la certeza de haberlo encontrado y saber que el chico lo va a sacar definitivamente de su casa. Triana sorprendida porque ese muchacho haya sido capaz de hacer su trabajo con el colocón tan evidente que lleva, y Vero pensando que ese chico es la quinta persona a la que escucha utilizar la palabra cachondo para referirse a algo o alguien en ese pueblo.

—¿Quieren verlo antes de que lo coja? —pregunta el joven.

Sin mediar palabra, las tres se acercan como tres chismosas y ladean la cabeza para observar el hueco que señala el chaval. El murciélago está en una de las estanterías, agazapado en uno de los rincones superiores, tan diminuto y oscuro, que Triana está segura de que no lo hubiera visto ni aunque se le hubiera ocurrido mirar ahí.

—Se podría tirar horas ahí y usted ni se entera —explica el joven—, y después sale de repente y ¡zas! —el chico da una palmada que las sobresalta a todas—, se caga usted del susto.

—Creo que ya me he cagado ahora —exagera Loli provocando nuevas risas—. ¿Cómo lo vas a coger?

—Si me da un trapo, me sirve.

—No irás a matarlo, ¿verdad? —se preocupa Vero.

—No, mujer —dice él con su sonrisa permanente—, lo llevo al fondo del patio y lo dejo allí, ya se irá.

Loli vuelve con el trapo y se lo entrega. El chico, con mucho cuidado y explicándole algo en susurros al murciélago que ellas no son capaces de entender, lo coge con mimo y se dirige hacia el patio para soltarlo tal y como ha dicho.

—¿Lo ves? Tantos prejuicios y mira qué eficiente es el muchacho —dice Triana mirando a Loli.

—Oye, que yo no he dicho nada.

—No mientas, pensabas que venía a robarte —apunta Vero.

—No cantemos victoria, que todavía no se ha ido, seguro que ahora me pide tanto dinero que tengo que ir al cajero para pagarle. Él me seguirá y...

—Ya vale —la interrumpe Triana antes de que se monte una película—. Ahí viene.

—Pues esto ya está *averiguao* —dice el joven entrando al salón.

Loli cierra la puerta del patio con ahínco, considera que ya ha recibido bastantes intrusos por un día.

—Bueno, ¿qué te debo? —pregunta con miedo.

—Nada, mujer, esto ha sido un momento.

Loli parpadea unas diez veces mirando a sus amigas, después lo mira a él fijamente.

—¿Nada?

—Nada —confirma el joven y camina hacia la puerta—. Eso sí, tape ese agujero o no le extrañe que mañana se encuentre aquí con otro de esos —le aconseja llevándose la mano al bolsillo para sacar el tabaco con el que piensa liarse otro porro en cuanto salga.

—Espera —le pide Loli con voz firme.

El chico se gira con gesto interrogante, pero Loli sale corriendo hacia su habitación y lo deja en medio del pasillo, ante la mirada sorprendida de Vero y Triana.

—Me ha dicho que espere, ¿verdad? —les pregunta él, que no está muy seguro de si ha sido real o está muy colocado.

—Sí, sí, tú quédate quieto ahí —le dice Triana.

Loli vuelve con las mismas prisas que se ha ido y se planta frente a él, poniéndole un billete de veinte euros en la mano.

—No hace falta, señora —dice mirándose la mano con los ojos abiertos todo lo que puede.

—Claro que sí, no sabes el favor que me has hecho —dice agradecida.

El joven se mete el dinero en el bolsillo y amplía su sonrisa.

—Pues muchas gracias —dice y se despide.

Loli cierra la puerta a sus espaldas y camina hacia sus amigas.

—Bien hecho —le aplaude Vero complacida.

—Sí, muy bien, aunque ya sabemos dónde va a acabar ese dinero —añade Triana.

—Que haga lo que quiera, es joven —dice Loli para no pensar en ello.

—¿Y a nosotras no nos pagas? —Triana extiende la mano con la palma abierta y hacia arriba.

Loli la mira como si tuviera un bicho en ella.

—¿Habéis sacado al murciélago? —pregunta la dueña de la casa.

Triana y Vero cruzan una mirada.

—No —responde Triana.

—Pues eso —zanja Loli.

—Pero hemos matado a la araña —le recuerda Vero.

—¿Vosotras no teníais que follar?

Loli pone los brazos en jarras y les señala la puerta.

—Ten amigas para esto —se ríe Triana, cogiendo de la mano a Vero para arrastrarla hacia la salida.

—Seguro que lo vais a pasar muy mal —ironiza Loli antes de cerrar la puerta.

Vero y Triana se miran y esbozan una sonrisa antes de cruzar corriendo hasta su casa.

CAPÍTULO 8

Las dos cierran la puerta y se quedan pegadas a ella como si al otro lado hubiera un asesino en serie intentando darles caza. Después se miran y se ríen hasta que no pueden más.

—¿Es muy temprano para una cerveza? —pregunta Triana como si pidiera permiso, después de la mañana que han tenido en casa de Loli, le apetece salir a su patio con Vero y disfrutar de un rato de calma.

—Para nada —dice la detective y echa a andar hacia la cocina, sorprendiendo a Triana, que esperaba que le dijera que es demasiado pronto para beber.

Verónica coge dos cervezas y Triana desplaza la mesa del patio hacia la zona soleada, donde las dos se sientan de cara al sol y cierran los ojos agradeciendo los rayos calientes.

—¿Sabes? —dice Vero mirando a Triana, que abre los ojos y le dedica toda su atención—, en lugar de detective, empiezo a sentirme como el Flautista de Hamelín.

Triana parpadea confusa y necesita pensar en esa historia de un muchacho al que siguen un montón de ratas cuando toca la flauta. De repente, estalla en una potente carcajada y Vero se une a ella.

—Entre la serpiente, el murciélago y las siete mil arañas de la casa de Loli, tengo la sensación de que los animales y los insectos me persiguen.

Las dos saben que es una conversación absurda, pero ninguna puede dejar de reír.

—¿Crees que algún día nos entrará un caso normal? —pregunta finalmente Vero.

—Lo de Loli no ha sido un caso, nena, básicamente porque no le hemos cobrado, pero sí —Triana le pone una mano sobre el brazo

con cariño—. Estoy convencida de que pronto entrará uno de los que te gustan —asegura Triana, preocupada porque Vero no se sienta cómoda con su nueva vida.

—No me importa —sonríe la detective y Triana tiene la sensación de que le ha leído el pensamiento—, la verdad es que, en el fondo —Vero arruga la nariz con una mueca burlona—, me divierto mucho con estos casos, y son muy rentables.

—¿A qué sí? —se emociona Triana y brinda su cerveza con la de Vero.

—Sí, pero eso no es lo que más me gusta.

—Ah, ¿no? —Triana se sorprende y frunce el ceño. Con lo agarrada que es Vero, no es capaz de imaginarse qué puede gustarle más en ese trabajo que las facturas abultadas que están cobrando—. ¿Y qué es?

—Poder trabajar contigo, eso me encanta —declara Vero y se inclina sobre Triana para besarla.

La cordobesa siente un temblor por todo el cuerpo y la mira emocionada cuando rompen el beso. El mayor temor de Triana era que Vero no se adaptase a su nueva vida en el pueblo y quisiera marcharse, pero se acaba de dar cuenta de que se ha adaptado a los cambios sin que ella apenas se dé cuenta.

—Pues ve preparándote, porque contigo estoy dispuesta a cualquier cosa que nos pidan —dice y esta vez la besa ella.

—No llores al mal tiempo, que con la suerte que tenemos, igual nos piden que escondamos un cadáver.